EUGENIO DIAZ CASTRO

EL REJO DE ENLAZAR

BIBLIOTECA

BANCO POPULAR

OBRAS PUBLICADAS

1 Hermógenes Maza. (2ª edición agotada). Alberto Miramón.

2 y 3. - Francisco Antonio Zea. Roberto Botero Saldarriaga.

4 La Civilización Chibcha. Miguel Triana.

5 y 6. - Comentos Críticos sobre la Fundación de Cartagena de Indias. Enrique Otero D'Costa.

7 y 9. - Peregrinación de Alpha. Manuel Ancízar.

8 El Jeroglífico Chibcha. Miguel Triana.

10 11, 12 y 13. - Maravillas de la Naturaleza. Fray Juan de Santa Gertrudis, OFM.

14 Romancero Bolivariano.

15 Memorias de un Abanderado. José María Espinosa.

16 Lecciones de Historia de Colombia. La Colonia. Arcadio Quintero Peña.

17 Lecciones de Historia de Colombia. La Gran Colombia. Arcadio Quintero Peña.

18 Lecciones de Historia de Colombia. Nacimiento de la República. Arcadio Quintero Peña.

19 y 20. - Manuel José Castrillón. Diego Castrillón Arboleda.

21 Congreso de Cúcuta de 1821.

22 Diego de J. Fallon. Poesía.

23 La Conjuración Septembrina y otros Ensayos. Roberto Liévano.

24 Memorias sobre las Antigüedades Neo-Granadinas. E. Uricoechea.

25 Los Trabajadores de Tierra Caliente. Medardo Rivas.

26 Los Chibchas antes de la Conquista Española y Atlas Arqueológico. Vicente Restrepo.

27 y 28. - Orientación Republicana. Carlos E. Restrepo.

29 La Melancolía de la Raza Indígena y Glosario Sencillo. Armando Solano.

30 La República en la América Española. Sergio Arboleda.

31 Artículos Escogidos. Emiro Kastos.

32 Los Amigos del Poeta Eduardo Carranza.

33 Reminiscencias Tudescas y Cuentos a Sonny. Santiago Pérez Triana.

34 Colombia en la Guerra de Independencia. Cornelio Hispano.

FUERA DE SERIE:

Panamá y su Separación de Colombia. Eduardo Lemaitre.

Hacia el Pleno Empleo (Estudio de la OIT sobre Colombia). Agotado.

Informe Musgrave (Bases para una reforma tributaria en Colombia).

GUTIÉRREZ
GIRARDOT

EL REJO
DE
ENLAZAR

IMPRESO EN COLOMBIA
IMPRENTA BANCO POPULAR

EUGENIO DIAZ CASTRO

EL REJO DE ENLAZAR

BIBLIOTECA
BANCO POPULAR
VOLUMEN 35

Bogotá - 1972

INDICE

Página

El señor Eugenio Díaz 7
Las dos haciendas 13
Las dos familias 21
El domingo 35
La trilla 51
Cacería de buitres 67
Los estudios 85
Las vueltas que da el mundo 103
Los rodeos 115
El toro Colorado 131
La siega 147
El anteojo 161
La Revolución. El gobierno provisorio 179
La situación 193
Fernando y el coronel Ardila 211
El combate de La Calera 231
El guando 243
Explicaciones 259

EL SEÑOR EUGENIO DIAZ

En un artículo que publicó en la Biblioteca de El Mosaico *a principios del año 1865, cuenta el gran escritor José María Vergara y Vergara, cómo un día de diciembre de 1858 llegó a su cuarto de estudio un hombre cuya edad estaba entre los cincuenta y los sesenta años, «pero cuya vivaz mirada que atravesaba poderosamente los lentes de sus espejuelos, le daba un aspecto juvenil que contrastaba con su cabeza cana».*

Su aspecto general era el de un campesino, aunque impresionaban su aseo esmerado y sus modales, que demostraban que era un hombre educado, así como su blanca piel y la finura de sus manos.

Presentóse el señor don Eugenio, enviado por Ricardo Carrasquilla, con los originales de una de sus novelas, la Manuela, *que reunía una colección de cuadros de costumbres del campo, y ante cuya lectura se entusiasmó tanto Vergara, que no dudó en atribuírle el mérito de ser uno de los fundadores de* El Mosaico, *importante periódico literario que contó con la colaboración de los más ilustres escritores de la época.*

«Díaz nació en el pueblo de Soacha en 1804», continúa el relato, «y pertenecía a una honrada y antigua familia de Bogotá. Hizo sus estudios en el colegio de San Bartolomé, a donde iba a cursar facultades mayores, en el tiempo en que estudiaban el doctor Florentino González, el doctor Ezequiel Rojas y otros sujetos de esa generación. Un incidente decidió de su destino. Yendo al

campo a visitar a su familia, cayó su caballo, dándole un golpe terrible en el pecho, que le dejó enfermo por mucho tiempo; por lo cual tuvo que abandonar su colegio en donde, al decir de sus contemporáneos, era reputado como muy buen estudiante. Retiróse a vivir en la hacienda de Puerta-grande, que era propiedad de su familia. Pasó después a tierra caliente, *donde unas veces fue propietario y otras mayordomo. De 1850 para acá dióse a escribir, no porque pensase en publicar sus escritos, sino porque se reveló, aunque tarde, enérgicamente su vocación de pintor de costumbres. Con la mirada del ingenio, que a semejanza de los anteojos, afina e idealiza los contornos de las figuras, descubrió que esos cuadros campesinos que lo rodeaban, y que se miran por todos como cosa vulgar, eran una rica mina de artículos, porque estaban llenos de poesía. Además, don Eugenio tenía ideas políticas, ideas muy sensatas, que constituyeron al fin en su cerebro un sistema político acabado. Viendo nuestras costumbres populares, observando los efectos de nuestra anárquica organización política, y la ligereza que preside a las deliberaciones de nuestros congresos, redujo su sistema a esta fórmula: "La República se debe fundar de abajo para arriba: de la parroquia para el congreso". Con su* Manuela *se proponía mostrar lo vicioso de nuestra organización política, y hacer un cuadro donde los legisladores vieran los resultados buenos o malos que daban sus leyes en el municipio campesino.*

Para pintar esos cuadros necesitaba de pluma, papel y tinta; y en las retiradas haciendas en que vivía ganando apenas lo necesario para sostenerse, no era fácil proporcionarse estos útiles.

Para suplir los libros había leído en la naturaleza; para suplir la pluma, tajó una caña seca de guinea; el vástago de plátano le suministró tinta, y todas las cubiertas de cartas que hubo a la mano se convirtieron en páginas de su novela.

Con estos útiles y con aquella imaginación ingeniosa y artística trazó cuadros admirables: la tierra caliente *que-*

dó trasladada al papel, como si se hubiera empleado para ello el daguerrotipo.

Sus novelas carecen de esas peripecias que abundan en la novela del siglo XIX: no tienen más situaciones dramáticas que las que aparecen en la vida. Sin embargo agrupa los cuadros que quiere pintar, en derredor de su protagonista, de manera que le resulta una trama interesante aunque sencilla. Nunca enreda *como A. Dumas; pero siempre describe como Cervantes y Walter Scott. Su estilo es caluroso y pintoresco, lleno de imágenes de buena ley, graciosas, originales; su lenguaje es incorrecto, pero está exento de galicismos y de neologismos, porque Díaz no conocía la literatura extranjera.*

Excusado es decir, que siendo tan ingenioso y delicado observador, no dio entrada en sus cuadros a lo feo y repulsivo, *es decir a lo inmoral. Por el contrario, un suave tinte de moral cristiana baña sus escritos como la tibia luz crepuscular dora los campos cuando va a ausentarse el sol.*

En 1857 tuvo que trasladarse a Bogotá a acompañar a su madre enferma y anciana. Por modestia, por costumbre, y aun por no tener de sobra los recursos, no quiso vestir traje cortesano. Se exhibió como escritor, pero de ruana: nunca le dio vergüenza no tener levita. Este traje formaba parte de sus virtudes: una de ellas era la de ser tan riguroso republicano, tan riguroso cristiano, que se iba al cuaquerismo. *No tomaba vestido cortesano; no toleraba que los domésticos le llamasen amo; no hallaba a nadie inferior a él. No tenía embarazo ninguno, ni se mostraba encogido cuando hablaba con personas de alta posición; en cambio no tenía orgullo ni manifestaba desdén o tosca familiaridad cuando hablaba con un criado. Eran para él literal y prácticamente iguales todos los hombres. Era fervoroso creyente de los dogmas de la Iglesia Católica con todo el dulce y tierno apego de las almas honradas y de los espíritus rectos; pero sin la intolerancia de las almas incultas o malas. Su programa en*

política era conservador; y a pesar de ser un perfecto republicano, o mejor dicho, por la misma razón de ser un republicano perfecto, no aceptaba la democracia anárquica. En sus amistades era constante y delicado, sin imponer ni aceptar pretensiones, sin cultivar cumplimientos, sin cambiar nunca lo cordial por lo familiar.

Tal era el hombre que conocí entonces como escritor de la bellísima novela que empezó a salir en El Mosaico. *y que no siguió publicándose porque don Eugenio no quería poner en limpio los confusos borradores. Rogábale yo que lo hiciera; y él tomaba papel para obedecer; pero en el acto sentía el convite que la pluma hacía a la imaginación; y en lugar de copiar y pulir la novela que tenía por delante, improvisaba otra no menos larga, no menos ingeniosa, no menos rica. Ya había publicado* Una ronda de don Ventura Ahumada, *y luégo escribió* El rejo de enlazar, La Fiestas de Chapinero *y las* Aventuras de un Geólogo, *tres novelas de no menor mérito*».

En los años de 1859 y 1860 escribió alrededor de treinta artículos, entre los cuales, al decir del señor Vergara, «hay algunos excelentes, pinturas de primer orden, siempre grandes por la verdad y la maestría, y siempre rebajadas por el lenguaje incorrecto. Si el señor Díaz hubiera poseído el lenguaje, como poseía ingenio, hubiera figurado en la primera línea de los escritores castellanos».

Murió Eugenio Díaz, el once de abril de 1865.

Con la publicación de El rejo de enlazar, *la Biblioteca Banco Popular hace honor a este género literario, costumbrista y popular. Sobre esta obra, escribió don Tomás Rueda Vargas al prologar una de sus ediciones:*

«El Rejo de Enlazar *desarrolla su acción en la Sabana de Bogotá, durante la época de la dictadura del general Melo, es decir, cuando la lucha interna del liberalismo asumió su grado más alto de intensidad. Este libro, de escaso valor literario, tiene verdadera importancia histórica y documental, y no deben seguirlo ignorando las*

generaciones nuevas de Colombia. Porque ahora que se habla tanto de sensibilidad social, conviene que se conozca lo que es ella en realidad, y en ninguna otra obra colombiana o extranjera se hallará más viva que en la de don Eugenio Díaz. Ninguno como él sintió más hondamente los dolores y las necesidades de su pueblo, ninguno mejor que él las llevó por los canales de la imprenta a las clases que sabían leer, pero que desgraciadamente eran las que tenían mayor suma de intereses vinculados a la ignorancia y a la servidumbre de los que no podían descifrar los garabatos que emborronaban los papeles de los políticos y los leguleyos. Ni estaban en capacidad de apreciar las leyes que dictaban en las ciudades los gólgotas con la mejor intención y la menor eficacia».

CAPITULO I

LAS DOS HACIENDAS

La Pradera y El Olivo, eran dos haciendas de segunda magnitud en la sabana de Bogotá; pero que a causa de las revoluciones hoy no gozan de importancia.

Algunas páginas tendremos que dedicar a las descripciones de estas olvidadas haciendas, porque sus corrales, huertas, edificios y potreros son el teatro de los cuadros de costumbres que vamos a describir.

La casa de *El Olivo* estaba situada al pie de una loma que se alza de la zona de las gramas y de los arbustos hasta llegar a la del *frailejón* y la paja de *uche,* y a las crestas de los peñascos desnudos, que es lo único que se ve desde algunos parajes de la sabana. Antes de llegar a las puertas de la hacienda se andaba por el lado de las sementeras de cebada, o papas, o de los prados de *pacunga,* grama y achicoria.

Como los cerezos y manzanos sobresalían de las tapias de las huertas y como los sauces y nogales se sobreponían a las ventanas más elevadas, y en parte llegaban a los tejados mismos, el grupo entero del edificio daba una vista encantadora para los transeúntes del camino real, que veían las

casas desde la distancia de siete cuadras y un grupo de treinta o cuarenta montones de trigo formando una especie de población pajiza, todo lo cual semejaba a una isla levantada en medio de un océano de verdura.

Veíanse las tapias de las huertas y corrales y las cercas de las corralejas que se elevaban en forma de murallas o fortificaciones, lo que daba a la casa, capital de la hacienda, un aspecto solemne aunque melancólico, si se contemplaba el total aislamiento que reinaba en los contornos pues no había sino a mucha distancia, una que otra vivienda de los proletarios.

Este era a lo lejos el paisaje de las casas de *El Olivo;* ahora examinemos su interior con un poco de cuidado, para completar la idea de las haciendas de la sabana que van pasando por la reforma lenta de la civilización de la Nueva Granada, que no se presta a los adelantos de verdadero provecho ni en máquinas, ni en crías, ni en nada de las artes que dan el verdadero lucro.

No era casa de balcón la de *El Olivo,* o casa alta como se dice, pero el pequeño declive del terreno le concedía al frontispicio una elevación de tres a cuatro varas, lo cual le daba una fachada magnífica. Sobre este terraplén había un famoso corredor con barandas desde donde se veían los corrales y potreros de la hacienda, y luego las haciendas menos distantes y algunas de las estancias, prolongándose el horizonte por el espacio de muchas leguas. El salón principal de *El Olivo* quedaba en el tramo del fondo y era hermoso y se hallaba muy bien adornado, estando cubiertas sus paredes de papel pintado. La recámara o pieza de las señoras era suntuosa; pero tenía el defecto de estar en los primeros corredores por donde se pasaba al cuarto del dueño de casa, lo cual les

quitaba algún tiempo a las señoras que tenían que entrar algunas veces en comunicación con los que por allí pasaban.

El comedor era grande y estaba guarnecido de una gran mesa de pino y de dos cómodos escaparates; seguía otra pieza para los licores y dulces. Las paredes estaban adornadas con pinturas al temple de diosas casi al estado natural, sobre pedestales que parecían de bulto, y las ventanas que eran muy grandes, daban a las huertas, sucediendo que los pajaritos venían a pararse sobre los atravesaños, las veces que no había mucho alboroto.

Vegetaba en mitad del patio un árbol de acacia que ya se elevaba del tejado y en torno de él fructificaban los ciruelos y membrillos y floreaban las rosas, las dalias, las amapolas y los claveles, en medio de una gran tapicería de fresas que rodeaba los alares del patio. Por todas las barandas estaba prendida una pasiflora de la cual prendían las frutas en diversas sazones.

En otro patio estaba la cocina cuyos fogones altos eran multiplicados y cómodos, porque en *El Olivo* se hacía mucho uso de este importante departamento. Un chorro de agua cruzaba este patio, que estaba adornado de flores de diversos matices.

Seguían las puertas de los graneros de las papas y trigo, y un poco más lejos se veían las pesebreras, que componen un departamento muy importante en la arquitectura de las haciendas.

Las huertas estaban divididas en diversas secciones, y la alfalfa era la planta que más se cuidaba. Había manzanos, duraznos y cerezos dispersos por todas partes y varios curubos que pendían de los cerezos o de los sauces.

Dueño de esta encantadora mansión era don Isidro Sánchez, casado con la señora Josefa Vásquez; de ellos y de su importante familia hablaremos en otro capítulo.

Los potreros que constituían la riqueza de *El Olivo* eran muy espaciosos y estaban todos muy bien cercados de piedra, de cepos y algunos *retazos de tapia.* Había potreros para las yeguas, para las vacas de hato, que eran más de ciento, para los potros y algunos caballos, para las cebas, y dos muy grandes para las sementeras, los cuales servían también para mantener animales. Al oriente, en una cadena de lomas que se prolongaba hasta los bosquecillos que preceden al páramo, había más de mil toros bravos.

La mansión del mayordomo era una bonita casa de paja, que no distaba sino dos cuadras de la de la hacienda. Las estancias que estaban más a la vista eran las llamadas: *Los Alcaparros, La Mana* y *La Cabrera,* que era una de las más bonitas y alegres estancias, pero que no se veía porque quedaba a una legua de distancia entre las peñas y los barsales. Allí había una manada de cabras y un corral para un hatajo de ganado de cría.

La Pradera, quedaba a una media legua al occidente de *El Olivo.* Esta casa se hallaba en el plano general de la sabana pero a uno de sus lados bajaba el terreno hasta la orilla de un riachuelo, que corría lentamente por una hondonada de vegas engramadas y separaba aquella parte de sabana como en dos continentes, el uno que constituía la hacienda de *Los Arrayanes* y el otro *La Pradera;* aunque la casa de *Los Arrayanes* quedaba muy separada, como a legua y media de las casas de *La Pradera.*

La casa de ésta, aunque de balcón, no era hermosa como la de *El Olivo,* que por ser baja y muy

bien distribuída, gozaba de todas las cualidades de una verdadera casa de campo.

Había en *La Pradera* un corredor muy ancho, frente de las corralejas, y el espacio de abajo que le correspondía estaba destinado a recibir los caballos de los que llegaban. El patio era muy grande y se alzaban en la mitad cuatro nogales antiguos, a cuyo rededor había un cercado de varitas, tupido de doncenones, que encerraba unas matas de ciruelos colocados en pequeñas calles. Todo el patio estaba ceñido de un corredor continuo, correspondiente a los corredores del piso alto, sostenido por columnas de chuguacá y adornados con plantas diversas, que subían por cada uno de ellos, hasta tocar con las barandas de arriba.

En las piezas bajas estaban los graneros y cuartos de sillas y de herramientas. El medio tramo interior, opuesto al gran corredor que tenía vista a la calle que formaban los ciruelos, componía la sala principal de la casa, a la cual se subía por una escalera muy ancha y cómoda que tenía en comunicación el piso bajo con el alto. La sala y cuartos de las señoras estaban en el costado fronterizo y llegaban a ellos los parientes o señoras, o personas conocidas que eran de mucha intimidad, y para las visitas de poca confianza o de mero cumplimiento, salían las señoras hasta la sala. El cuarto de don Gaspar, dueño de esta casa, era digno de visitarse por la multitud de objetos que contenía, a manera de museo. Libros, rejos de enlazar, muchos fierros curiosos, palos de guayacán para *zurriagas*, cuchillos, escopeta, municiones semillas exquisitas, tiras de cuero tallado, leznas, agujas, aparte de todas las curiosidades de los tres reinos que se hallaban en los cajones y alacenas, separados en las clases debidas.

El comedor era grande, pero menos claro que el de *El Olivo* y tenía por adorno algunos cuadros tomados de la Biblia, como *la Samaritana hablando con Jesucristo, El hijo pródigo presentándose en las puertas de la casa paterna* y otra media docena de estas pinturas, llamadas antiguamente paisajes, de unos colores vivísimos y sombreadas con rayitas, que fueron tan comunes en el siglo pasado, las que no había querido quitar don Gaspar por conservar un recuerdo de sus abuelos.

Otro recuerdo de sus antepasados se hallaba intacto en la casa de *La Pradera,* a pesar de las composiciones que se habían ejecutado, y era el oratorio, que permanecía intacto con todo el aparato del culto, y donde se decía misa, a la cual asistían todos los arrendatarios. El altar era sencillo y sus efigies eran un Crucifijo y una Dolorosa. Algunas noches rezaba el rosario don Gaspar con toda la familia, y doña Mercedes, su esposa, hacía en el año algunas novenas.

Antiguamente las haciendas de la sabana tenían una capilla con su puerta al exterior de la casa, y en muchas había capellán fijo y establecido. Hoy no existen esas capillas y el culto se ha centralizado en las parroquias.

A las huertas de *La Pradera* se podía ir por recreación, como ir a los paseos públicos de algunas ciudades de Europa, de que nos hablan los viajeros. Fuera de los tablones de alfalfa había casi todo el año habas, papas de semillas exquisitas, matas de maíz, arvejas, repollos muy grandes, lechugas, rábanos, alcachofas y zanahorias, había, en fin, cuanto existe en el ramo de las hortalizas. En cuanto a frutas había duraznos, manzanos, curubos, frutas de chil, cerezas, ciruelas y pepinos. Flores las había muy preciosas, y el principal adorno de las huertas era una alame-

da de cerezos, manzanos y sauces, por la cual iba el camino desde la casa hasta la orilla del río, yendo a terminar al lavadero y cogedero de agua. Los rosales entreverados en los espacios de los árboles, y los curubos enredados por encima, le daban a la alameda las ventajas de la sombra, de la belleza y de los aromas más exquisitos.

El orden, la conservación y los adelantos de las huertas se debían a la señora. Era el instinto de la maternidad el que impulsaba todos los adelantos, seguramente porque doña Mercedes se gozaba como de un triunfo al ofrecer a sus hijos una fruta nueva o un plato de papas desconocidas por su hermosura y su calidad. Después de los cuidados de la lactancia continúan otros muy tiernos y delicados en el ramo de la subsistencia, que sólo conocen los corazones de las madres. Doña Mercedes fue muy feliz en prodigar por mucho tiempo sus cuidados sobre sus hijos reunidos. ¡Cuánto más felices serían ellos!

Los corrales de aves eran otra curiosidad muy digna de una matrona como doña Mercedes. Pavos, gallinas, palomas y patos; todas estas crías se cuidaban con el mayor esmero. Tenía la señora tres clases de patos: ganzos, patos caseros, que son nativos de nuestras tierras cálidas, y patos del norte. Tenía la mejor cría de marranos *La Pradera,* y hubo marranos de ceba que dieron hasta ocho arrobas de manteca.

El fuerte de la hacienda de *La Pradera* consistía en cría de yeguas y en ceba de ganados. Había cien yeguas de muy buena raza y se cebaban cuatrocientas reses por año. Fuera de ésto se sembraban 50 o 60 cargas de trigo y otras tantas de papa. No había en *La Pradera* sino los arados comunes de un tronco de palo, en el cual se halla ensamblado un timón de una vara, que son los

que se usan en toda la sabana; con 25 de éstos, tirados por bueyes no muy grandes, se hacía el barbecho en algunos meses consecutivos para sembrar en el mes de febrero 60 o 70 cargas de trigo. En *La Pradera* no había más máquina para las operaciones de campo que una *seguiñuela* de batir mantequilla y unos carros de transporte, sin embargo de haber viajado a Europa el propietario en clase de comerciante. El trigo se sembraba con los arados coloniales y se trillaba con la recogida de las yeguas; se aventaba con los brazos de las arneadoras y se limpiaba con las manos de las peonas, haciendo pasar todos los granos de una cosecha por los dedos de las arneadoras, como pasa por los dedos de un tesorero y sus adjuntos toda la plata de los campesinos que se absorben las tesorerías del gobierno.

Como se criaban potros en *La Pradera,* y muy famosos muletos, las pesebreras tenían grande cubierta y había ocasiones de sostener ocho o diez caballos.

Las ochenta vacas que se ordeñaban allí producían catorce o diez y seis botijas de leche, que se reducían a quesos de gavera y del suero se sacaba requesón para vender en la capital.

Había en *La Pradera* una pequeña tropa de perros de cacería, que seguramente cumplían su destino bajo las órdenes del amo de la casa, porque en las columnas del corredor externo se veían algunas cabezas de venado en testimonio de que se ejercitaba la profesión con provecho.

CAPITULO II

LAS DOS FAMILIAS

Don Isidro Sánchez, propietario de *El Olivo,* tenía 40 años en el de 1845, y su esposa, doña Josefa Vásquez no pasaba de 32 y tenían cinco niños, cuyas edades entonces eran las siguientes: Carlos, el mayor, tenía catorce años; Isabel, doce; Justiniano, diez; Rosalía, siete, y Pepita, que iba a entrar en diez meses.

La familia de don Gaspar y doña Mercedes se hallaba en el orden siguiente: Fernando, de trece años; Margarita, de once; Justino, de diez; Secundino, de nueve y Elisa, de trece meses.

Las criadas de *El Olivo,* eran Marcelina y Matea, del distrito parroquial, y Susana, de Bogotá. Las criadas de *El Olivo,* y las de *La Pradera* no salían a servir a otra casa, algunas solían casarse y tomar estancias en las mismas haciendas y se iban sustituyendo con muchachas de las vecindades que se criaban en las casas, de manera que eran reputadas como de la familia, y su educación moral era atendida por la señora como se atendía la educación de las propias hijas.

Las parejas de que hemos hablado habían sellado la historia de sus días gloriosos cubriéndola con el velo del matrimonio y una gran parte de su amor se había fijado en los renuevos, que por

cierto eran muy dignos de fijar su atención, y hablaremos de ellos principiando por los de *La Pradera.*

Fernando era un niño hermoso y aunque no era demasiado locuaz, no carecía de la viveza que tanto agrada en los muchachos, era entendido, ágil y vigoroso, de facciones amables aunque no muy risueño. Margarita era una muchacha locuaz, traviesa y antojadiza; no se veía entre todos sus contemporáneos una fisonomía más expresiva; su sonrisa y su mirada eran un relámpago que iluminaba de repente sus preciosas facciones; sentía mucho la más leve contrariedad y un regaño la hacía derramar lágrimas amargas. Justino, muy parecido en el rostro a Fernando era muy impetuoso y muy inclinado a vengar por sus manos todo lo que le parecía ser un ultraje a su augusta persona. Pepita era la amabilidad misma.

Los muchachos de *El Olivo* eran primorosos. Carlos era insinuante y amable con todos; Isabel era un ángel de bondad y de belleza; sus ojos negros y rasgados, pero en extremo apacibles, su sonrisa frecuente, hallándose de buen talante a todas horas del día y de la noche, pues al despertar sonreía cuando la levantaban de algún canapé o cama. La niñera que la crió había dicho varias veces que Isabelita no había sido empalagosa ni tonta; pero Isabel se asustaba de los ruidos súbitos o repentinos y la vista de algunas figuras extravagantes la hacían temblar a las veces; era obediente, y las caricias de sus padres la llenaban de gratitud y de regocijo. Había ocasiones en que Isabel lloraba de ternura, cuando doña Mercedes le hacía volver atrás de cualquiera de sus antojos o proyectos de infancia. Rosalía, igualmente bella, era más resuelta y solía encolerizarse cuando no le daban gusto en alguno de sus caprichos.

No hay un teatro más apropiado para la familia que se levanta de un matrimonio feliz que una bonita casa de campo. El llano que rodeaba *El Olivo* no era sino una alfombra verde que por tiempos se cubría con las flores amarillas de la *pacunga,* sobre la cual se desplegaban en guerrilla por las tardes los niños y la criada niñera, jugando con un perro de aguas, llamado *Cupido,* que hacía de *toro bravo,* acometiendo a las criadas y los niños, siendo de advertir que a estas diversiones se agregaban algunos *chinos,* que empezaban a desempeñar pequeños servicios en la hacienda y andaban a las parejas en edades con los niños. Su juego más divertido era arrojar una bola de madera para que *Cupido* la alcanzara corriendo.

Las huertas eran un encanto para los niños, pero este goce tenía sus restricciones, que formaba un artículo del Código prohibitivo; es decir, que la libertad principiaba a ser entrabada con las ordenanzas y las leyes.

Hemos hablado de los *chinos,* y es necesario explicar este sustantivo desde su etimología. Tal vez llamaron los españoles así a los muchachos muizcas, por su analogía de colores con los súbitos del celeste imperio. Hoy son llamados *chinos* en Bogotá y en los campos inmediatos los muchachos de la clase descalza, de mala traza por su pobreza, entre los cuales se suele hallar mancomunidad, en especial en Bogotá, en donde se asocian, atraídos por las novedades, la música o los cohetes, y hay ocasiones que por muy poco precio, o por su espontáneo gusto, aplauden o vituperan, respondiendo a los vivas y mueras de los voceros de los partidos.

Los *chinos* de las haciendas no se reúnen nunca en grandes partidas y su traje sujeto a las contra-

dicciones de la pobreza los hace parecer ridículos, las más de las veces; pero desempeñan funciones que los hacen necesarios. Daremos una idea de los *chinos* de las dos haciendas.

La *china* Fulgencia, de doce años de edad, desempeñaba el oficio de cuidar unas ovejas, y aunque sus enaguas de frisa estaban muy remendadas y su mantilla deshilachada y su sombrero descopado, sus mejillas retocadas de carmín, sus ojos negros como el azabache y sus labios de coral le daban pronósticos de dicha para el tiempo de su juventud. Su hermano Martín, de diez años y medio, comenzaba a servir en los trabajos del aseo de las pesebreras y en cortar pasto para los caballos. Estos dos *chinos* eran hijos de la lavandera llamada Petronila, la cual vivía en la estancia de *Los Alcaparros*. Lorenzo era hijo de Juan Bautista, y este individuo, con toda su familia, era el concertado que ordeñaba las vacas del hato todos los días del año, lloviera o tronara.

Había simpatías invencibles entre los *chinos* y los niños, es decir, entre los niños calzados y los niños descalzos. El acero y el imán no se adhieren con más fuerza de atracción. No había juego de los niños en que no estuviera presente uno de los *chinos* si no eran todos. Los niños leían, las niñas leían y cosían, los *chinos* a duras penas ejecutaban algunos oficios; pero en los ratos en que los primeros tenían alguna vacante legal o ilegal, se estaban buscando *uchuvas,* nidos o moras.

Había un teatro en que se hallaban juntos los *chinos* y los niños, precisamente todos los días, y era el corral de las vacas. Entre las seis y las siete, después de tomar el chocolate, salía la niñera, y algunas veces la señora misma, presidiendo la encantadora compañía, sacando de la casa, pan o bizcochos, y tazas o *totumas* muy aseadas,

y se apoderaban de la barrera o cercado de *talanqueras* con la inquietud que era del caso. Carlos sacaba en sus manos un *rejo* de enlazar muy delgadito, que el mayordomo le había regalado, que no abandonaba a ninguna hora del día, pues cuando leía en la sala lo tenía junto, cuando se sentaba a comer lo había de mirar desde el asiento, y cuando se acostaba a dormir lo ponía debajo de la almohada.

La ordeñadura se ejecutaba de este modo: Fulgencia, Martín u otro hacían la guardia de la puerta del *chiquero* en donde estaban encerrados ochenta o cien terneros, todos empeñados en salir. Cuando gritaba *ñor* Juan Bautista, o su seposa, o los otros concertados: *ternero, ternero,* se le daba puerta a uno, el más solícito y emprendedor, y salía corriendo, exhalando uno que otro berrido. La madre, que no lo había perdido de vista entre la confusión y el tumulto, apuraba los bramidos, a tiempo que el concertado, llevando en las manos un tarro y un lazo de *fique* o con una correa de cuero, llamada el *ponteador,* gritaba: «*Leche, leche, leche*» llamando por su propio nombre a la vaca, y así que llegaba el ternero donde la madre, el concertado le ataba las patas a la vaca y se ponía en atisba a ver el momento en que el ternero sacaba la leche, lo cual se conoce por el movimiento de la cola; y viendo que ya era tiempo ataba el ternero al brazo, si era chico, o le daba palo en la frente y las narices si era grande, y comenzaba a esprimir las fuentes del primer alimento con ambas manos, y a poco rato estaba rebosando la espuma sobre la superficie del tarro, brillante como la nieve que corona la luminosa cumbre del Tolima, que se divisa desde algunos puntos de los contornos de la sabana en los días más claros del año.

Esta operación se ejecuta a la vez por varios de los concertados, y el clamor de vacas y terneros era infinito, interrumpido solamente por algunos gritos: *leche, leche, leche.*

Corría por el corral un ternero pintado, a tiempo que los concertados gritaban:

—*¡Petaca! ¡petaca!*

—Esa es la mía, gritó Isabelita.

—¡Afuera con ella! gritó Carlitos, porque papá dice que nosotros no entremos al corral.

—Afuera con la vaca de mi señorita, dijo *ñor* Juan Bautista, y abrió la puerta, poniendo quién atajase las otras vacas.

No hay un símbolo que exprese mejor la tolerancia que la vaca *Petaca* de *El Olivo* dejándose ordeñar por una familia entera. Era tan mansa la vaca de Isabelita que nunca la maneaba con la correa o lazo que se acostumbraba.

Todos los niños de *El Olivo,* estaban rodeados como avispas que zumban en los contornos de una vasija que tiene miel. Todos tenían pan y una taza en la mano. Todos querían que les ordeñasen a un mismo tiempo, y hasta la niñera abría la boca para que le ordeñasen algunos chorros. Todas las mañanas se dirigían al mismo punto, estando todos rodeando a la *Petaca.* Dos de los *chinos* más chicos estaban agregados a los explotadores de la *Petaca,* y la escena era de lo más interesante.

Todos los niños sacaron sus tazas llenas; los dos *chinos* lograron algo al lado de los *amitos,* Ildefonsa recibió sus chorros, a *Cupido* le participó Isabelita de la porción que le había tocado, y no contento el concertado se arrimó y escurrió

medio tarro, entre tanto que el hijo de la *Petaca* miraba la función sin acercarse, porque las veces que lo había intentado había sufrido contusiones en la frente y aun en el propio hocico.

Pero así que las fuentes de la abundancia se quedaron exhaustas, dejó el concertado arrimar al ternero para explotar el *saque,* y en efecto, a fuerza de chupones y topes hizo reproducir éste la leche, y entonces pegándole unos palos el concertado al hijo de la *Petaca,* éste se retiró para que ordeñasen la *postrera,* la cual fue guardada en vasijas distintas para más tarde.

Después de ésto se dejó libre la vaca, la cual se retiró para la sabana, por dar lugar y tiempo a su propio hijo de extraer las últimas gotas de la leche que la naturaleza había destinado solamente para él.

Aquellos preciosos niños brillaban por lo robustos y sanos, en los contornos del corral que es siempre saludable, por los aires libres de la sabana, y por las exhalaciones del ganado, señaladas por la higiene como buen preservativo contra las pestes.

De esta manera los *chinos,* los niños y los terneros tenían por la edad muchos puntos de contacto en el gran teatro social del corral de *El Olivo,* agregándose la *enlazadura* a todo lo dicho, que es seguramente la primera pasión de los muchachos de las haciendas.

Cuando los niños de *El Olivo* se escapaban de la vigilancia paterna, se agregaban a los *chinos* en sus oficios. Así fue que una tarde los acompañó la niñera a recoger las vacas para encerrar los terneros, y cuando estuvieron sumidos en una vega que no se divisaba de la casa, ni del resto del llano, cogieron los concertados terneros para

montar. Enlazar era la gloria de Carlos; y le echó el lazo al ternero que Lorenzo y Fulgencio le designaron, y montó Martín. El ternero se había sometido al dominio y autoridad de los *chinos*. Lo montaban en pelo, uno a uno o ancados, sin que se molestase por nada, aunque es verdad que esta conquista magna les había costado porrazos y contusiones que estaban en secreto.

Montó Carlos y cayó muy pronto, pero la grama de la vega estaba muy crecida y no sintió novedad alguna. En seguida comprometió a Isabel a montar, encareciéndole lo agradable de la caída sobre la yerba. Isabel rehusaba, y para comprometerla, montó Fulgencia y le fue muy bien en la caída. Montó al fin la bella Isabel, y al cabo de media cuadra cayó, porque el ternero comenzaba a trotar; pero la caída fue de lo más delicioso; finalmente, montó la niñera y cayó también. Este espectáculo en una ensenada de la vega, a las cinco de la tarde del día más bello de enero, hollando con los pies el pasto crecido de la vega, habría sido digno de un pincel como el del bogotano Espinosa. Los niños estaban más alegres que el pueblo pobre en unas fiestas de toros. Este triunfo glorioso de Isabel y sus hermanos se quedó en un eterno secreto. Ildefonsa, la niñera, era la menos interesada en descubrirlo. De estos y aun de mayor entidad hay secretos en todas las familias. Estas escenas se repetían con suma frecuencia.

Había ocasiones que los niños y los *chinos* hacían sus excursiones a las zanjas y barrancos y a los rosales de las huertas, a los pajales de los hoyos en las chambas a buscar nidos de *chisgas* amarillas, o las frutas llamadas *uchuvas* en la sabana. Otras veces se ejecutaba en la monto-

nera el juego de las escondidas, y si era en domingo, las criadas se agregaban a la partida. Esta función se ejecutaba yendo uno a escapar y otro a buscar al primero, andando con pasos silenciosos, por todo el ámbito de los montones de trigo, y otras veces corriendo, imponiéndole alguna penitencia forzosa al que se dejaba pescar.

Todos los días había proyectos para llenar las preciosas horas del día. Procesiones de santos, refrescos y meriendas, en que se exhibían las muñecas, ricamente vestidas, juegos de la *mariposa* y del *achachay,* paseos a las sementeras de papas y maíz. El retozo y el juego eran el objeto de la tierna república de *El Olivo.* Los domingos se agregaban las criadas a la partida y los paseos se extendían hasta las lomas y a veces a las estancias. Pero es una fatalidad que para la raza humana no haya dicha completa en ninguna de sus combinaciones sociales. La libertad es el anhelo del individuo, es el instinto de la felicidad que germina en el corazón, es la elección de los medios de ser feliz el individuo, y las trabas que se oponen a la libertad individual constituyen lo que se llama tiranía.

Muy bien se comprendía la verdad de este principio en la tierna república de *El Olivo;* la obligación de leer y de coser algunas horas del día, y la prohibición de recibir los rayos del sol (a cualquier hora del día), la de ir a coger las manzanas o las mazorcas y meterse en el fondo de los zanjones, en persecución de los nidos; esto era un código para los niños, y un código contra todo el espíritu de la libertad individual; y como había tendencias a eludir los mandatos, las penas se habían hecho necesarias, y de aquí la desdicha, la fatalidad para los asociados de *El Olivo;* y de aquí una lucha constante. El instinto

de la libertad por una parte y las prohibiciones por otra: la astucia y la vigilancia en lucha abierta. Y no hay que pensar que este pueblo de niños y *chinos* hubiese recibido de la naturaleza el instinto de conocer su verdadero bien juntamente con el instinto de su libertad individual, porque muchas veces se le vio preferir una indigestión o una insolación al pasajero mal de abstenerse de salir en busca de un nido o de una mazorca tierna de la labranza.

Había niños a quienes les gustaba sobreponerse a los otros, prevalidos de la fuerza o de la astucia, y esta era otra libertad que había necesidad de reprimir en favor de los tímidos y modestos, so pena de mantener la esclavitud disimulada entre los socios de la moderna república de *El Olivo*. Carlos, nada menos, generoso con sus hermanos, afable con todos los *chinos*, tenía caprichos algunos días con que se hacía terrible. Isabel, que era tímida y corta de genio, tenía que pasar por todas las penas de la violencia. Estos males eran remediados por la autoridad paterna, pero la autoridad se dice que es una tiranía, y por cierto que ella causaba lágrimas y pensamientos de disgusto. Entre muchos casos de este género, referiremos una historia, que dejó recuerdos en *El Olivo* para mucho tiempo.

La *enlazadura*, operación que consiste en echar un lazo a un animal, es en el campo una diversión para los muchachos, que se antepone a todas las otras. La pelota, el juego del trompo, del *choclo* y las cometas son nada en comparación del *rejo de enlazar*. Todo juego conduce al triunfo, y por eso es una clase de pasión. El triunfo de la *enlazadura* es el de la cacería de un animal por la industria del lazo, como se hace en otros casos con la *bodoquera*, o con la escopeta.

Entraba un día don Isidro al patio de su casa cuando venía de dar vueltas a los potreros, y notó el silencio sepulcral que reinaba en toda la casa. Ninguno de los niños gritaba ni leía, ninguna de las criadas hablaba en la cocina ninguna de las arneadoras alzaba los ojos a mirar siquiera; y luégo, como pidió *candela* para encender un cigarro, notó que la criada tenía los ojos humedecidos por los restos de un llanto inmediato.

—¿Qué hay?, preguntó a las peonas.

Ellas continuaban calladas su trabajo.

—¿Qué hay mi cielo?, le dijo a Pepita, levantándola en sus brazos paternales.

—*Mató ató nego.*

—¿En dónde, mi bien?

—A *zazo,* papá.

—¿Y cómo ha sido eso?

—*Alito así ató,* dijo la niña, ciñéndose el pescuezo con una liga que tenía en las manos.

—¿Y dónde está Carlitos?

—*Se fe a la veta.*

A este tiempo salió doña Josefa, por un pasadizo que conducía a la huerta, con el dolor de una catástrofe pintado en su venerable rostro, sin atreverse a decir lo que sabía.

Todo me lo ha dicho Pepita, dijo don Isidro. Carlos, ha enlazado uno de los gatos y se ha ahorcado en el zarzo.

Pero esto ha sido de una manera horrorosa. Carlos que no piensa en otra cosa que en el *rejo de enlazar,* con desprecio de la prohibición que

se le hizo el otro día de enlazar gatos y perros, le tiró un *chambuque* al gato negro, y como era tan *engreído,* tan déspota, tan pagado de sí mismo, que jamás consentía que lo tocasen, salió corriendo por todo el patio con el *rejo* arrastrando, y los perros, que lo aborrecían como los tiranos a los escritores públicos, lo siguieron a toda la *furia de la carrera,* con un alboroto que se llenó el patio de muchachos, de cocineras y de peonas, y hallando el gato negro parada la escalera de los albañiles contra un agujero que va a parar al zarzo general de la sala y las alcobas, trepó por ella, y pronto se advertía por los maullidos, que se había internado en las concavidades más profundas del techado de las alcobas. Los gritos se aumentaban por el eco de las piezas cerradas, y todo el mundo temía la catástrofe de una muerte la más desgraciada, pero no había un hombre que saliese de pronto, y de todas las criadas no hubo sino la niñera que quisiese subir, y esto, después que miró para todos lados, y que hizo mil aspavientos y *dengues.* Ya el infeliz se hallaba en las agonías de la muerte, porque el *rejo* se había enredado en las varas del zarzo y se conocía que tiraba con rabia, lo que le traía una muerte segura por causa de su mismo orgullo, porque al haberse dejado coger en el patio nada de eso hubiera sucedido. Ello fue que cuando Ildefonsa llegó al lugar de la escena, tonteando en la oscuridad, y tropezando a cada momento, el gato negro estaba exhalando los últimos alientos de su miserable vida. Toda la gente esperaba la razón y el caso fue de lo más trágico al ver a la niñera cubierta de telarañas y de polvo, mostrando desde la portecilla del zarzo el cadáver del *misingo* con los ojos saltados y con la lengua afuera, cogido del pescuezo con el *rejo de enlazar* de Carlitos. Las criadas, que lo aborrecían por expropiador

de pichones y pollos, fueron las primeras en llorarlo, los perros amainaron en sus odios de raza luégo que lo vieron muerto, y Carlos salió corriendo a la huerta horrorizado de su obra.

Esto es lo que ha sucedido hoy en la casa de *El Olivo.*

A este tiempo apareció Carlos, que había sentido la llegada de su papá, don Isidro, y esperaba el perdón de su desvío, porque su tierna conciencia le acusaba que había procedido mal.

—¿No ve usted en el conflicto que Carlos ha puesto toda la casa por enlazar al gato, a pesar de que hay un mandato expreso de no enlazar gatos ni perros?

—Es necesario que no lo vuelva a hacer, dijo don Isidro.

—Seguro que no volverá a matar al gato negro, contestó con viveza doña Josefa, porque esa fama de las siete vidas de los gatos no es otra cosa que una fábula de los criados. Pero se necesita que Carlos sufra su castigo por la infracción de la ley. Que aguante unas horas de encierro en la alacena del cuarto oscuro.

—¿Y con esto vive el ahorcado?

—Seguro que no; pero a Carlos se le quedará impresa en la memoria la idea de los malos resultados de la infracción, y para los otros muchachos, será una viva prevención que no los dejará incurrir en la misma falta.

—Tal vez no estamos de acuerdo, dijo don Isidro conmovido, pero yo imploro el perdón para mi Carlitos.

—Sea, dijo doña Josefa, aunque soy de parecer que la pena que sufre toda la familia con una

de estas infracciones es mayor que la pena de una hora de encierro.

Doña Josefa no le contrariaba las ideas a don Isidro, porque se había propuesto conservar la paz en el matrimonio. Don Isidro tena más consentido a Carlitos que a todos los otros niños, porque le quería más y le había concedido mayores fueros, no obstante la adhesión que tenía a la igualdad.

En *La Pradera* pasaban las cosas poco más o menos lo mismo que en *El Olivo*. Los mismos juegos, la misma dicha para los niños, aunque los códigos eran un poco más apretados, porque don Gaspar era menos tolerante que su vecino, don Isidro. Por lo que hace al *rejo de enlazar,* todo iba lo mismo, los *chinos* y Fernando eran émulos en estas diversiones, y hasta Margarita enlazaba terneros por las mañanas en el rato que les era permitido a los niños asistir a la escena divertida y agradable de la ordeñadura. Allá los *chinos* socios eran Genara, José María y Casimiro, fuera de otros de segunda magnitud.

CAPITULO III

EL DOMINGO

En Nueva Granada, como en cualquiera otra parte, el día domingo es una festividad religiosa que ofrece mayor facilidad para el comercio social. Las funciones del culto son un llamamiento al corazón y un recuerdo de la historia del Salvador del mundo. Las campanas congregan en un solo punto a los fieles de una sola creencia para guardar la unidad que es la esencia de la religión católica romana. En la misa se ofrece el sacrificio del pueblo sobre el ara santa del tabernáculo. El sacerdote le recuerda al hombre el cumplimiento de los deberes que le obligan acerca de su Dios, de sus prójimos y de sí mismo. La explicación que hace un cura de la doctrina cristiana es la enseñanza social, única que hay para nuestros pueblos.

Inundada la parroquia de repente por todos los vecinos de los sitios o partidos, que son como las tribus de un territorio dispersas a grandes distancias, se verifica de una manera espléndida la verdadera asamblea del pueblo. Se abrazan los parientes y los amigos, se ejecutan los contratos, se someten a la autoridad los negocios de la administración pública, se toman algunas noticias de la política, y de las cosas raras de las parroquias y de las estancias. Se comunican las volun-

tades, se aviva el amor, o nace por primera vez entre los predestinados. Se toman ideas de los usos que empuja la mejora lenta de la civilización. Se verifican los cambios de algún pequeño mercado y se oye el canto y el tiple. Este es el domingo de las parroquias.

En las haciendas y las estancias hay un cambio el domingo, que es consiguiente a la gran fiesta de la parroquia. No hay trabajo y las gentes amanecen engalanadas, mudadas, lavadas y respirando los aires del descanso y de la dicha.

Hablemos de *La Pradera* en un domingo señalado entre los fastos de su historia. El primer domingo de marzo de 184...

Los concertados y el mayordomo habían echado al corral la recogida de los caballos desde muy temprano. Los niños, levantados a las cinco, se habían hecho mudar con todo el esmero posible. La niñera estaba de *tiros largos*, y principiaba a prepararse el almuerzo.

El corredor principal no estaba ocupado sino por una mesa y una silla. Esta estaba acupada por don Gaspar, que separaba monedas, sobre la mesa, junto del tintero y de varios cuadernos. El mayordomo parado, con el sombrero en la mano, contestaba de vez en cuando alguna consulta. Los cuadernos tenían las siguientes inscripciones: *Desyerba de papas, Arada, Trilla, Cercas.* En otro corredor Isabel, y Rosalía acostaban las muñecas con intención de no despertarlas hasta la una de la tarde. Fernando aprontaba sus zamarros y sus espuelas, cantando oraciones de la misa.

El espectáculo de fuera era una cosa admirable. Comenzaban a entrar algunos peones al zaguán. En el llano venían por diversos caminos,

de dos en dos o de tres en tres, los peones y las peonas que habían trabajado en la semana. El camino era una huella de media vara de anchura marcada por la ausencia de la grama como los caminos de las hormigas arrieras. El llano no estaba verde sino blanco como una lámina de cristal, porque había helado y se veía el horizonte cubierto de escarcha. Eran blancos los montones de trigo, los árboles de la huerta, los techos de las casas pajizas, y los palos de las *corralejas*. Es magnífica la vista de la sabana de Bogotá en los días de las más grandes heladas.

Los peones se acercaban con ruana puesta, los sombreros comunes de palma, calzón de manta, y algunos con alpargatas, llevando todos el *rejo de enlazar* ensartado en el brazo izquierdo. Se notaba la robustez y la salud en aquellas fisonomías curtidas por el rigor de todas las intemperies. Las peonas venían con traje de color azul, y sombrero alón de palma por el estilo de los que usan las estancieras de los llanos del alto Magdalena. Sus pies blancos y pequeños tocaban de prisa la tierra salpicada con las partículas de la escarcha, y tanto las que llevaban una pequeña ruana, como las que tenían puesta únicament ela mantilla, sacudían el brazo al tenor de sus pasos, lo cual daba a sus cuerpos una elegancia muy digna de la salubridad de los campos. Entre todas estas peonas se contaban más de diez hermosuras completas, que eran el lujo del partido. Entre ellas venía Genara, de doce años de edad, al lado de su hermana Inocencia, que era mirada con ojos codiciosos hasta por los ricos dueños de las haciendas circunvecinas. Tenía ojos flameantes, brazo muy grueso, pies finos y muy pequeños.

Entraban por grupos a los corredores, y a la voz de don Gaspar respondía el peón a quien llamaba, y a la voz de «cuántos días», contestaba,

cinco o seis o lo que fuese, y recibía su plata en muy buena moneda.

Después de esto seguía una función de *rejo de enlazar,* porque había que coger los caballos para ir a misa la familia, y dos o tres potros para enjaquimar, lo que era un grande espectáculo de fuerzas humanas y bestiales y tenían que ensillar los potros para amansar en el viaje a la parroquia. Los peones y peonas miraban con gusto esta lidia, y luego se esparcían por los contornos de la casa, o se iban para las suyas o para la parroquia.

Don Gaspar recomendaba la obligación de oír misa en los días de fiesta, siempre que fuese posible. Muchos de los domingos había misa en la capilla de la casa, y entonces era grande la concurrencia de los estancieros de toda la circunferencia.

En el domingo de que hablamos, que no hubo misa en la hacienda, las gentes, resueltas a ir a la parroquia, tomaron muy pronto el camino real, en donde se juntaban con gentes de otros partidos, reían y conversaban alegremente hallándose en aquellas sociedades ambulantes la belleza natural de las estancieras mejorada por el aseo y el adorno que les era posible.

Después del almuerzo montó la familia.

Don Gaspar, en un famoso castaño, criollo de la misma hacienda, llamado el *Junín.*

Doña Mercedes en el *Sultán* que era un moro muy manso y andón.

Fernando, en un caballito blanco, llamado el *Confite.*

Margarita, en la yegua baya, sumamente mansa, y que tenía por nombre la *Uchuva.*

El mayordomo llevaba en la cabeza de la silla a Justina y uno de los concertados a Secundino.

Cuando a la familia de *La Pradera* le faltaba media legua, toda de camino plano, para llegar a la parroquia, se oyó un largo repique de las campanas, y las estancieras apuraban el paso. Este repique dio origen a una disertación muy larga de don Gaspar, en la cual dijo a su esposa mil curiosidades acerca de las campanas más notables del mundo, y terminó con estas palabras:

—En mi concepto, las campanas de una parroquia son el símbolo más expresivo de la sociedad política y religiosa. A su voz se congregan los feligreses al lado del magistrado y del sacerdote. Una cruz y una campana fueron los instrumentos principales de la erección de las parroquias de América.

—Yo no puedo negar, dijo doña Mercedes, que he sentido cierto grado de placer religioso desde que oí las campanas que suenan a lo lejos. En esa iglesia donde están repicando me bautizaron, en ella me casé, y allí será donde hagan las exequias por mi alma y por mis restos mortales, si Dios no tiene destinada mi muerte para otro lugar; las relaciones que me ligan con esa iglesia son infinitas.

A este tiempo se acercaba la familia de don Isidro, que había salido un poco más tarde de la hacienda. Fue un grito de alegría el saludo de los chicos, de los criados y de los amos de ambas haciendas. Los niños particularmente se regocijaron de una manera que no es fácil describir. Carlos y Fernando se pusieron hombro a hombro, y lo mismo Isabel y Margarita. Justina había llevado una muñeca pequeña en el seno y la mostró a sus vecinitas de *El Olivo*. Carlos

tenía un rejo nuevo, lo desató del arzón para que lo viera Fernando. Doña Josefa era la que sufría en todas estas evoluciones, temiendo que algún caballo se espantase. Hay un adagio que dice que ningún hombre es cuerdo a caballo, ¿qué diremos de los muchachos? Mucho es lo que una madre tiene que sufrir con la equitación de los hijos; ¿pero cuándo es que las buenas madres tienen un momento de quietud? ¡Felices las que no pierden sus cuidados!

Se habían quedado atrás los dos hacendados.

—Es mucha satisfacción, dijo don Isidro, cumplir con el precepto de oír misa, siempre que se puede.

—Yo lo cumplo lo menos que puedo, contestó don Gaspar. ¡Es un trabajo arrancar con toda la familia! Le confieso a usted que yo no lo hago sino por darles gusto a Mercedes, que se querrá desahogar un poco, y a los muchachos que les gusta lucir los caballitos y los trajecitos. Francamente hablando: el catolicismo tiene graves defectos, y yo como buen liberal querría verlo sustituído por el protestantismo, ya es tiempo de que el partido liberal ejecute la evolución, con medios eficaces, porque si nos estamos esperando a que esto suceda espontáneamente, duraremos trescientos años y otros trescientos debajo del poder del Papa de Roma, y todo esto es lo que no deja progresar a la nación. Yo no soy hipócrita. Esto que le digo a usted es el credo de todo el que sea buen liberal. Lo que tiene es que muchos no lo manifiestan por no perder con los clientes, con los vecinos, o con los electores. Ya usted me conoce.

El diálogo continuó hasta el fin del camino, rodando sobre el mismo asunto. Don Isidro, que era católico, discutió y salió triunfante, sobre don

Gaspar, hombre muy anticatólico, inclinado al protestantismo y por tanto nada instruído en materias religiosas.

La entrada de las familias aliadas de *Èl Olivo* y *La Pradera* era un suceso de llamar la atención en una parroquia pequeña. Pero eran los niños sobre todo los que se atraían las miradas de la mayor parte de la gente. Los caballitos, las monturas, los trajes, la belleza de las criaturas, todo era digno de curiosidad, de amor y de simpatía en un pueblo sencillo, pobre y lleno de gratitud por los ricos amos que se portaban bien con los peones y arrendatarios.

Carlos, Fernando, Isabel y Margarita pasaron en triunfo por la mitad de la plaza a la hora misma en que salía del campanario el alegre sonido de dos campanas.

Se desmontaron las dos familias en la casa de una señora que tenía tienda, y daba de almorzar y de comer a los parroquianos que lo solicitaban. De allí, con la transformación correspondiente de trajes, se encaminaron a la iglesia.

Estaba el altar mayor adornado con sencillez. Cuatro ceras, una docena de velas y unos tantos ramilletes de flores al pie de las efigies y de las columnas: esto le daba la importancia de la santidad y de la perspectiva, delante de un pueblo sencillo, devoto y de costumbres sanas y laboriosas, como lo son en general los de toda la sabana.

Era cantada la misa, y el órgano y las voces humanas no desdecían del gusto civilizado de la gente culta que se hallaba en la iglesia, lo que sucede donde quiera que hay buen cura, porque el buen cura se ocupa en darle al culto la mayor importancia posible más bien que en

entretener las horas desocupadas en los vicios comunes de la humanidad.

El cura predicaba una plática muy sencilla y muy clara a sus feligreses, consultando los grados de su inteligencia. No usaba las fanfarronadas literarias de los que por lucirse delante de media docena de oyentes ilustrados, dejan al pueblo en ayunas de la palabra dulce, popular y agradable del Evangelio. El sermón fue sobre el séptimo mandamiento de la ley de Dios. Nada dejó que desear el apóstol de Jesucristo sobre el verdadero conocimiento y uso de la propiedad, sobre la caridad de los ricos, sobre los hábitos laboriosos de todos, y sobre la obligación que los gobiernos tienen de fomentar la industria general de la nación. El cura pintó al ladrón con los colores más degradantes para la sociedad, y las más aterradoras amenazas para la otra vida; en fin, lo mejor que tuvo el sermón fue que todos lo entendieron.

A la voz imperativa del *ite, missa est,* se levantó la asamblea general de la parroquia, y se notaba en su salida al altozano, la paz y la alegría, de que rebosaban sus corazones. Entre los vecinos habría dos calzados por doscientos descalzos, constituyendo los zapatos la aristocracia, y el pie descalzo el pueblo llano, o pueblo común si se quiere.

La familia de don Eulogio estaba también en la parroquia, y los niños, aunque muy poco afectuosos, se saludaron con los de las haciendas confederadas. No era el señor don Eulogio tan popular en sus maneras como lo era en sus discursos. Era un aristócrata con ínfulas de liberal.

Doña Mercedes y doña Josefa visitaron al señor cura mientras que los esposos se desocupaban de

sus negocios en el cabildo y en la alcaldía parroquial. El cura ofreció de almorzar a las señoras; pero éstas no aceptaron sino unas frutas y dulces secos que él repartió a los niños por su propia mano, porque los trataba con el mayor cariño. Jesucristo también amaba a los niños, como consta en el Santo Evangelio. Puso fin a la visita la presencia de los dos esposos. Se habló de la plática del día, y doña Mercedes la aplaudió diciendo:

—Yo he quedado muy contenta del sermón de hoy, aunque a los ricos nos ha caído nuestro ramalazo.

—Y yo le suplico al señor cura que lo repita el domingo, interrumpió doña Josefa.

—No se puede, contestó el cura con suma modestia.

—Es un favor muy especial que yo me atrevo a solicitar del señor cura, suplicándole que me dispense. Porque ha de saber que me robaron una marrana muy gorda en la semana pasada.

—Lo siento mucho, dijo el señor cura, pero no puedo variar el orden.

—Es mucha lástima, porque yo iba a mandar que viniesen a la misa del domingo todos mis arrendatarios.

—Es del octavo mandamiento, que toca la explicación: «No levantar falso testimonio ni mentir».

—También les aprovecha, porque la averiguación de mi marrana se ha oscurecido con un tejido de mentiras que no hay procedimiento civil que las pueda disipar. Y es una lástima, porque mi marrana no dejaba de tener cinco arrobas de manteca. Los niños y los chinos la han sentido

mucho, pues las orejas y el rabo les pertenecen de derecho por una costumbre inveterada.

Justiniano e Isabel se miraron, se pusieron colorados y se rieron.

—Y yo voy a hacer que vengan a misa todas mis criadas, porque están dando en no decir ni una sola verdad.

La niñera se puso muy colorada.

—Y que no hay recurso, dijo doña Mercedes, porque no hay ley que les alcance.

—A donde la ley no alcanza, alcanza la religión, como lo indicó el mismo Voltaire, observó el señor cura.

—Pues ojalá que me les hable del robo, aunque sea como por modo de apéndice, dijo don Gaspar, porque esta marrana me la habían regalado y tenía para mí cierto valor de aprecio.

Convino el cura en el apéndice, o nota, y después de agregar otros pocos minutos a la conversación del ilustrado cura de la parroquia, se salieron a la plaza las dos familias.

Al primer golpe de vista se descubrían grupos de gentes descalzas, de mantilla de bayeta todas las mujeres, y de ruana todos los hombres. Había tres familias calzadas. He aquí el cuadro de la fotografía social de la parroquia. En cuanto a razas estaban los blancos en mayoría. Las hermosas hijas de las biznietas de los conquistadores y colonizadores, sin echar de menos los zapatos y los camisones, se paseaban por la plaza y las dos únicas bocacalles, y entraban a las tiendas luciendo sus buenas mantillas y más que todo sus buenos colores, sus buenos ojos, sus buenos cuerpos, y sus delicados pies, tan blancos como

las manos. Había estancieras que se atraían las miradas cariñosas de los caballeros de zapatos, y tal vez las amorosas, porque la aristocracia tiene fueros de que carecen los galanes descalzos, los que no ponen sus ojos sobre las hermosas de la clase privilegiada.

Entre las indias no se veía sino una que otra vestida de *chircate,* es decir, la manta de las chibchas ceñida en rededor de la cintura. La perpetuidad de esta moda prueba la miseria de esas infelices mujeres, y produce un sentimiento de veneración por los usos de sus mayores. ¡Pobres de los muiscas! No se veían en la parroquia vestigios ningunos de la raza africana, raza menos inteligente que la americana, como lo prueban los monumentos de las antigüedades de los cafres comparados con las antigüedades de los mexicanos.

Al medio día salieron las dos familias de la parroquia en dirección a *El Olivo.*

La gente de las estancias no pernocta en las parroquias sino en algunas fiestas y por una rareza. En tierra caliente se quedan los peones y los estancieros bajo cualquier pretexto. Claro está que la costumbre de los sabaneros es la mejor.

La familia de *El Olivo* siguió para *La Pradera,* convidada para la comida de ese día. Estas visitas mutuas eran unas fiestas solemnes para los niños. En aquel día hubo refresco de muñecas en la huerta, debajo de la enramada que formaban los bejucos de un curubo, cayendo de las ramas de un cerezo muy coposo. Este pabellón vegetal era de lo más bello que cabe idearse, porque todo lo que pudiera darle la pintura lo tenía de la naturaleza. Se sabe lo hermoso que es el follaje de esta lindísima pasiflora, y el encanto que producen sus flores y sus frutos col-

gados a merced del aire que los empuja para todos lados. Al levantar por algún lado la cortina de damasco verde, y mirar los ocho niños alrededor de una mesa de tres cuartas de alto, lo que se veía era un grupo de ángeles bellamente adornados. A manera de sirvientes se hallaban allí los chinos: Genara, José María, Ignacio y Martín.

Se hablaba poco y se reía menos, porque había sumo interés en conservar el orden más estricto de la gente de alto tono. La vajilla era de magnitud correspondiente a las señoras, y las más altas no pasaban de doce pulgadas de longitud, pero está visto que tampoco eran liliputienses. Carlos y Fernando miraban con desdén aquella función y Pepita y Elisa la irrespetaban a su vez, pero Justina y Rosalía le daban toda la importancia que se merecía. Ambas tenían once años y días, edad propia de muñecas, y bien se notó su disgusto en un desacato que tuvo Carlos quitándole un brazo a una muñeca, de lo cual provino el llanto de las dos amigas. Las muñecas son una verdadera pasión para las niñas, en ciertos tiempos, y desde aquí comienza la coquetería; pero una coquetería de mera pantomima. ¡Dichosa edad!

Al tiempo de la comida tuvieron que abandonar el pabellón los niños aliados. Tenían su mesa separada en el comedor, y el desorden y los gritos no cesaron hasta el fin de la comida. Las madres no quitaron la vista de tan primoroso cuadro.

Después de la comida convidó Fernando a toda la corte infantil a que viesen su molino de agua, obra que había terminado en la semana anterior.

El sitio estaba oculto detrás de unos rosales y matas de caña. La toma de agua se había saca-

do del chorro principal que regaba el tablón de las cebollas por una zanja que medía cinco pulgadas y otro tanto de profundo, y corría por en medio de un pequeño prado de carretón blanco salpicado de bellísimas flores. Una ramada de paja construída a la ligera, cubría la rueda principal que en sus vueltas levantaba algunas cantidades de agua que brillaban con el sol de la tarde. La gran rueda de seis pulgadas de ancho que había sido construída de una rebanada de papa y de astillas de caña, movía otra pequeña que estaba fija en el mismo eje; ésta despolvoreaba una materia que parecía arena fina. La ramada tenía media vara de altura y estaba construída con varas delgadas de tuno.

Esta maravilla dejó aturdidos a todos los niños. Máquinas, altares, caballitos, armamentos, y otra multitud de empresas rivalizaban de parte de Carlos y Fernando; lo que más llamaba la atención de Isabel y Justina, y Margarita y Rosalía, era la exhibición de las muñecas.

Después de esto, se dispersaron los aliados a coger flores y a jugar con el agua del chorro. Hubo un grito que atrajo toda la multitud al solo punto donde Isabel se lavaba sus lindas manecitas. Vio un pescadito que subía a despecho de la corriente, y llamó a los compañeros. Acudió Fernando, que era el primero en todos los casos arduos, y vio tres o cuatro pescaditos; llamó éste a su amigo Carlos, y pronto estuvo toda la confederación allí; acudieron también los chinos, que nunca dejaban de tomar su parte en todas las empresas, y al ver los pescaditos se armó una gritería general, y todos por un instinto común se lanzaron con furor a la pesca, pero sin tino, sin arte y sin previsión. Ya los vestidos estaban mojados, ya corría un pañuelo por el cauce

de la toma, ya los zapatos estaban negros de barro y la pesca no había dado sino miserables resultados.

Fernando, más reflexivo que todos, corrió a quitar el agua en la cabecera de la toma, donde se repartían los riegos para la alfalfa y las cebollas; entonces quedaron los pescaditos más a la mano en algunos pocitos con una tenue corriente, y los pobrecitos, sin refugio, no se escapaban con tanta facilidad, sino que eran atrapados por las preciosas manos de los niños; y esta lucha producía los gritos más agudos de los pescadores, que no reparaban en trajes nuevos, ni en medias finas, ni en botines de charol, ni hacían caso de las caídas que daban en los barriales. Escena más sorprendente, más animada, y más bulliciosa no se ha visto otra vez donde haya una docena de muchachos.

Era una *subienda* de *guapuchas* que viniendo del río se habían dirigido por el chorro de la huerta que desembocaba en él. Las *guapuchas* son unos pescaditos de dos a tres pulgadas de largo, y es una de las dos especies que hay en la sabana de Bogotá. La otra es la del pescado *capitán,* el cual crece hasta doce pulgadas, y no tiene escamas; y es el que se vende en el mercado por los pescadores del Funza. La *subienda* es la emigración de los pescados. Los del Magdalena suben dos ocasiones por todos los afluentes, y los del Bogotá llegan hasta frente a las haciendas de Junca y de Pacheco, aunque no en toda su aglomeración. Es un prodigio el número de pescados que sube, viniendo los ejércitos separados, remontando chorros y corrientes con una furia que admira. Se observa que en los tiempos de *subienda* se ponen las aguas olorosas a pescado. Entre las muchas especies que suben hasta

Anapoima por el Bogotá, se ha notado el *camarón*. No sabemos si la *subienda* de las *guapuchas* en la sabana es en los mismos tiempos que la de los pescados del Magdalena.

Volvamos a nuestros pequeñuelos. Era tanta la magnitud de *guapuchas*, que Pepita y Rosalía, las menos aptas, habían cogido algo más de dos docenas. Todo el mundo estaba contento; pero con la retirada del agua no había ya más pescados que los asegurados por tantas manos. Los niños llenos de gloria necesitaban de aplausos. Todos se fueron en tumulto hasta la sala en donde estaba la gente juiciosa conversando sobre asuntos de política.

—Madre mía y señora, exclamó doña Mercedes cuando vio entrar a los pescadores en la sala, ¿qué desgracia les habrá sucedido a mis hijos?

—¡Pescaditos, mamá!

—¡Miren cómo se han puesto de barro!

—Yo también cogí, dijo Pepita, señalando su sombrero de paja italiana.

—¿Dónde está el zapato, Rosalía?, dijo doña Josefa.

—Se quedó metido entre un pozo de barro, contestó la niña; pero los cogí todos.

—Miren el trajecito de seda y los botines nuevos de Isabel. Estos muchachos están locos.

—¡Fernando!, dijo don Gaspar, ¿qué es lo que ustedes han hecho?

—Una pesquería muy buena, papá. Estaba llena de *guapuchas* la acequia y yo les quité el agua. Hemos tenido muchísimo gusto.

—Hay que castigarlos, dijo doña Mercedes.

—No me parece, dijo don Gaspar.

—La pesca y la cacería se hacen por una fuerza del instinto que no se puede resistir. Somos cazadores como las gatos, y pescadores como los cuervos, porque la naturaleza nos tenía destinados para nuestra manutención los pescados y los animales terrestres. Yo he visto señoras grandes volverse casi locas en una pesquería de barbasco en las orillas del Funza.

Sin embargo, los regaños fueron demasiado fuertes. Habían perdido las niñas un zarcillo, dos zapatos y un prendedor, y los trajes nuevos estrenados ese día estaban llenos de barro. Las criadas se apoderaron de todos los niños para mudarlos.

La luna estaba en toda su plenitud y la familia de *El Olivo* no se fue hasta las ocho.

Los arrendatarios de ambas haciendas se habían reunido en una venta desde por la tarde a jugar al *palmo,* juego que se hace tirando a veinte varas de distancia unos tejos de piedra, del peso de una libra, a un hoyo de algo menos de una cuarta de diámetro, formando las distancias a que caen los puntos la ganancia, que son veinticuatro unidades. Los que pierden hacen el gasto de la chicha, mistela, mantecadas y otras golosinas de la tienda. Por la noche tocan tiples y algunas veces cantan y bailan, pero estas orgías no pasan de las diez o las once de la noche, y no alcanzan a las nueve muchas veces, porque los campesinos no gustan de perder el lunes. No deja de haber en estas funciones, que en tierra caliente llaman *gastos,* estancieras muy bien parecidas, pero el galanteo es únicamente entre la gente descalza.

A la media noche todas las familias estaban en sus propios campamentos, y así terminó la fiesta del domingo.

CAPITULO IV

LA TRILLA

Era un día completo de fiestas la operación de la trilla para los niños de *El Olivo* y *La Pradera,* y a no ser porque las leyes de la lectura y costura estorbaban la libre voluntad de los tiernos ciudadanos, ellos se hubieran pasado los días enteros sin sentir los rigores del sol, mirando correr las yeguas en el circo, y asistiendo a todas las operaciones de limpiar el trigo. Con este motivo vamos a dar campo en los capítulos de la historia de la vida del campo, en esta primera parte que trata de la infancia, a una de estas funciones que son tan ruidosas en las haciendas, como son de silenciosas en Europa y en los Estados Unidos, en las partes donde se cosecha el trigo.

Desde las seis, que se fueron despertando los niños de *El Olivo,* comenzaron a informarse de que había trilla por el rebuzno de los burros, por los relinchos de todas las yeguas, y por los gritos de los peones que hacían el turno de arrear en el trilladero. Con este indicio se fueron después de la escena del corral, a echar su primera visita sobre el trilladero de la hacienda.

Ochenta yeguas corrían por un circo de setenta varas de circunferencia sobre una capa de trigo, que a sus espaldas habían comenzado a pasar los

peones desde la montonera hasta el suelo del trilladero, desde las tres o cuatro de la mañana, es a saber, todo lo que constituía el material de un montón como de catorce varas de altura. La capa de trigo tendría una vara de profundidad, y con lo que corrían las yeguas por encima, iba bajando, porque en el principio tenía dicha capa más de vara y media, con hoyos y profundidades en que suelen caer las yeguas más débiles, para sufrir las pisadas de toda la tropa, si no hacen un esfuerzo soberano para ponerse en pie. El suelo era de greda muy bien pisada.

Dos arrieros con zurriaga de muesca, sumamente largas, arreaban a toda carrera la recogida de yeguas, dándoles su merecido a las menos ligeras, y haciéndoles dos mil injurias de palabra, y poniéndoles apodos, que para ellas valían tanto como si fuesen elogios.

Los peones no pasaban de diez, y fuera de los dos perreristas, los restantes estaban, unos acostados encima del tamo de las anteriores parvas, y otros se ocupaban en ensillar un potro violento para que se fuese domando con el objeto de montarlo ese día. Carlos, que no soltaba el rejo ni un solo momento, se puso a enlazar los potricos que daban vueltas por fuera de la cerca del trilladero, al lado de las madres, y cada vez que enlazaba uno los peones se lo soltaban. Esta diversión no fue muy dilatada, porque don Isidro llamó a los niños para que principiasen los oficios de todos los días.

El que hacía de jefe de la trilla gritó a los peones para que fuesen a *meter orilla,* y acudieran en el acto con sus horquetas de dos varas y cuarta de alto, a empujar el tamo y los manojos de trigo que se iban extendiendo por las márgenes hasta salirse de la cerca; después de empujarlo

hasta muy adentro siguió a toda furia la carrera de las yeguas.

Al fin sacaron los peones toda la recogida de las yeguas fuera de la era para *volver*. Esta operación se ejecuta levantando con las horquetas el tamo para que venga a quedar debajo el que estaba encima. Esto se hace en espirales, comenzando desde el centro y terminando en las orillas.

Cuando las yeguas volvieron a correr en el circo, algunas no podían vencer los cerros de tamo y manojos que se habían levantado. Pero el rejo, que no vagaba, acompañado de muy malas razones, por supuesto, las hacía brincar sobre los oleajes del tamo a pesar de todas las dificultades; así como nuestros soldados entran al combate, algunas veces, arreados por los planazos que les dan los oficiales. Los gritos no cesaban, y como los niños los alcanzaban a oír, no pudieron resistir la tentación de ver trillar. Se informaron por conducto de la niñera de que doña Josefa estaba ocupada en el amasijo, y de que se había ido don Isidro al potrero, y se fueron trasladando a la huerta de uno en uno, citados para juntarse en el pabellón del curubo que colgaba de los gajos de un corpulento cerezo, y cuando estuvieron todos juntos, sin faltar la niñera, que fue convidada en secreto, se fueron, ocultos, por entre las matas del maíz, hasta entrar en la mitad de la montonera, de allí pasaron al trilladero que estaba oculto para los de la casa por las mismas montoneras.

Al momento de llegar Carlos a la era, enlazó el potrico más lindo de todos, hijo de una yegua castaña, y se le ocurrió la idea de que Martín lo montase. Pericón, el Sancho Panza de *El Olivo*, le apoyó el proyecto, y llamando al chino por engaños, lo cogió Fulgencia, que había dejado las

ovejas desde que vio a los niños en el trilladero, se unió a todos ellos, y se interesó con su hermano Martín para que montase en el potrico de la hermosa castaña, que ya lo tenían muy bien asegurado dos de los peones ociosos, y Pericón puso al equitador sobre los lomos del potro.

Los ojos de todos los niños y de los peones estaban puestos sobre Martín. Soltaron el potrico, y a los tres o cuatro saltos cayó el chino encima del tamo, y la risa dio a conocer lo agradable del espectáculo. Había muchas *sacudidoras,* que así llaman a las indias pobres que asisten, como las palomas silvestres, a recoger los granos que se van entre las escorias del tamo, y éstas también se rieron mucho del golpe, y el mismo Martín no quedó desagradado de su porrazo, pues había caído como sobre diez colchones, atendida la elasticidad y la blandura del tamo que rodeaba el trilladero.

Uno de los peones le dijo a Carlos que montara, y Pericón observó que para eso se necesitaba que su amiguito se pusiera los calzones de Martín lo que hizo al momento, y no fue menester más porque de un brinco se puso encima del espinazo del potrico, y mandó que lo soltasen.

Se tuvo mejor que el chino, pero al fin cayó sobre los colchones de tamo, y el público quedó satisfecho. Carlos se levantó hecho un gusto pero con un proyecto que iba a llenar de amargura todos los recintos de *El Olivo.*

—¡Ahora Rosalía!, dijo Carlos, y fue acercando a la hermana al sitio donde estaba el potrico.

—Yo no, dijo la niña, porque va y me voltea, y mi mamá se pone brava.

—Pero cae en el tamo, mi señorita, le dijo Pericón; y yo le traigo mañana un nido de mirlas

que tengo visto en la orilla del pantano, en una mata de rodamonte.

—¿Y si me lastimo?, dijo la niña casi llorando.

—¿Cómo cayó su merced del ternero que montó el otro día y no le sucedió nada?, añadió el hermano de Fulgencio.

—Que monte Rosalía con la china Fulgencia, dijo Carlos. Montas, ¿Fulgencia?

—Yo monto si me dan un cuartillo, dijo la china.

—Corriente, contestó Pericón; y le mostró un cuartillo nuevo, que sacó de su bolsa, y depositó en manos de Isabelita.

Pericón alzó a la china y la montó en el potrico, el cual sujeto de las orejas y del rabo por dos de los peones, no se movía para nada.

—Monte mi señorita, dijo Fulgencia, y se tiene de mi cintura. No sea tan floja.

—Y si no monta, voy a echarles tinta en la cara a todas las muñecas, dijo Carlos.

Calló Rosalía, y tomándola Pericón en los brazos la colocó a las ancas junto a la china Fulgencia de cuya cintura se prendió la niña con todas sus fuerzas.

—Téngase, Rosalía, gritó Carlos, y los peones soltaron el animal.

Seguramente estaba aturdido por la opresión de las toscas y pesadas manos de los trilladores, y salió poco a poco; la gente aplaudía a las dos equitadoras; pero a la distancia de doce varas, cuando estaba saliendo del terreno tapizado de tamo, hizo una explosión, y dio un salto, echando

a volar a las dos equitadoras y el público sin caer en la cuenta de los resultados prorrumpió en una terrible algazara.

Fulgencia y Rosalía no se movían, porque habían caído en la tierra dura, y estaban atolondradas. Corrieron los peones a levantarlas, y hallaron a Rosalía privada y a su compañera con una rotura encima de las cejas. Ildefonsa corrió a traer agua de una mana inmediata en una de las totumas de dar la chicha a los peones y en el conflicto acertó Pericón con la maliciosa medida de alzar en sus brazos a las dos equitadoras para llevarlas a esconder en la mitad de la montonera; y en efecto, fueron conducidas y puestas al pie de un montón, entre unas matas de nabo; allí se les administraban los socorros temporales, cuando se apareció Cupido olfateando a un lado y a otro, y en pos de él llegó la desventurada madre de Rosalía.

—¡Virgen de las Mercedes!, exclamó la señora, ¿qué le ha sucedido a la niña?

La cogió en los brazos, y la puso encima de sus rodillas. Le echó el agua que había llevado Ildefonsa, y la movió en todos sentidos.

—Pero díganme, qué les ha sucedido a estas muchachas, suplicaba la pobre madre.

—Un porrazo mamá, dijo Isabel temblando de miedo, y llorando más que doña Josefa.

El cuadro era de lo más doloroso: los peones iban llegando a descifrar el enigma delante de la señora; las lágrimas de la madre caían a torrentes, y sofocada por los sollozos no daba órdenes ningunas. La palidez de la muerte velaba el rostro de las dos enfermas, y el reflejo amarillento de las infinitas flores de nabo hacía más pálidos sus semblantes, aunque era cierto que

Fulgencia no estaba de riesgo, a pesar de la sangre que le bañaba la cara.

Al fin volvió en sí Rosalía, y mirando fijamente a su madre derramó algunas lágrimas, que tal vez la aliviaron.

—¿Qué tiene mi hija?, le dijo la señora; ¿qué es? ¿qué le ha sucedido?

—Nada, respondió la bella criatura; no me ha sucedido nada.

—¿Qué le duele? Rosalía.

—Nada, mamacita, estoy enteramente buena.

—¿No tiene dolor ninguno?

—No, señora, fue que me dí un porrazo.

—¿Y de dónde se cayó mijita?

—De encima de un potrico, mamá.

—¿Cómo? Rosalía, dígame pronto.

—Fue que Pericón nos montó a Fulgencia y a mí y nos caímos; pero no me ha sucedido nada, mamacita.

—¡Qué temeridad! ¿Y para que fueron a montar?

Rosalía estaba ya buena, porque no era sino una privación muy pasajera lo que había tenido, y antes trataba de consolar a su afligida madre, cuando llegó *ñuá* Petronila.

—Quién sabe, mamá.

Ildefonsa, cómo fuíste a dejar montar a la niña en el potrico. ¡Vagabunda! ¿Ese es el cuidado que tienes de los niños? Ahora ajustaremos las cuentas; ¿y Carlos y la bobona de Isabel no estaban ahí que no lo impidieron?

Llena de ira regresó a la orilla del río, donde había estado lavando, informada, por uno de los peones de lo que había sucedido, y con un pedazo de rejo que traía en la mano le acomodó seis lapos de patente a Fulgencia, relatando al tiempo de la aplicación las siguientes palabras:

—Toma, vagabunda, para que otro día no te vuelvas al trilladero a montar en los potros... Machota, alborotada, sinvergüenza, que podías tener juicio porque ya estás tamaña de grande, toma, toma.

Fulgencia se fue a cuidar sus ovejas llevando por delante de los ojos un chichón tamaño grande, y seis azotes a la retaguardia. Ildefonsa desapareció en el momento, pensando tal vez en aquel adagio que dice: cuando veas afeitada la barba de tu vecino echa la tuya en remojo; y Carlos tampoco parecía en el lugar de la escena, seguramente inspirado de la misma prevención. Isabel le pidió perdón a su mamá de la parte que tuvo por su aquiescencia, no sin derramar muchas lágrimas de arrepentimiento, porque era tierna, compasiva y comprendía bien sus faltas.

Doña Josefa salió de en medio de aquellas pirámides funerarias en el silencio con que se abandona un cementerio, seguida de Isabel, de Rosalía, de Justo, de Pepita, y del cariñoso Cupido, que fue el que llevó a la señora a la montonera. Informaremos al lector esta peripecia del *amigo de los niños.*

Las madres gozan del privilegio de la doble vista. Ellas ven con el corazón. Doña Josefa estaba de amasijo, como ya lo teníamos dicho, y notando que había mucho silencio en la sala, se le presentó una desgracia delante de los ojos. Pasó al lugar de la lectura, y lo encontró aban-

donado como un campo que ha sido evacuado precipitadamente por un ejército aterrado.

Plumas y gises regados sobre la estera, la nueva muñeca tendida en el canapé, libros y cuadernos tirados acá y allá.

Inquieta la señora por un presentimiento secreto, llamó a los niños por las ventanas que caían a las huertas, los preguntó a gritos a la lavandera que se hallaba en su oficio tendiendo la ropa sobre la yerba, y no teniendo quién le diera noticias, le mostró a Cupido el rastro de uno de los niños, marcado en el polvo, y le dijo:

—¡Busca a tus amigos, mi buen Cupido! ¡Bus ca, busca!

El perro se dirigió a la huerta exterior que estaba sembrada de habas y maíz; llegó al pabellón del curubo, en donde se juntaban los niños de costumbre; dio varios aullidos, como perdido en la inmensidad de rastros que estaban marcados sobre la polvosa tierra, y doña Josefa se encontró con la muñeca de Pepita.

¡Busca, busca!, le dijo la señora con extremado afán al fiel amigo de sus hijos.

Partió el inteligente animal por el medio de dos surcos de habas, entró al maizal, y saliéndose de la cerca de palos se encaminó a los montones de trigo, que era por donde los niños habían pasado.

Doña Josefa siente un ligero murmullo en el centro de la solitaria población de los montones, le palpita el corazón, y redobló la prisa que llevaba, y al doblar la circunferencia de uno de aquellos edificios de trigo se halló con el cuadro de su hija moribunda, como antes lo habíamos descrito. Cuando la señora volvió a la casa con

Rosalía y la cándida Isabel, se halló con don Isidro, el cual se impuso de todo lo sucedido en el trilladero. Por instancias de la señora condenó a Carlos a media hora de prisión en la alacena del cuarto oscuro y a Isabel a sufrir la pena del costal; y se propuso castigar a Pericón con la pena del talión, que no está del todo abolida entre nosotros, pues las represalias están en uso. Doña Josefa torció la llave de la puerta de la sala dejando encerrados a los niños, y se fue a continuar su amasijo.

Habían sacado por dos ocasiones tamo en el trilladreo, operación que se hace levantando suavemente una capa de tamo sumamente dócil que se desprende de la capa inferior de las espigas y cañas de trigo que no están suficientemente estrujadas por el casco de las bestias, y haciendo pilones, que los peones llaman *muertos*, los sacan entre dos en una parihuela provisional formada de los brazos y de las horquetas ya mencionadas. A las once del día la capa de tamo había bajado considerablemente y ya se agarraban manotadas de trigo desgranadas en el suelo, pero mezclado con las raspas y el polvo de la era.

Al medio día se *aventaba*, operación que se hace levantando gruesos turbiones de tamo y trigo con las horquetas para que el aire se lleve las fracciones más leves.

Remoler es pasear la tropa de yeguas a un paso moderado por encima del trigo, para acabar de refregar las espigas y descasquillar los granos que se hayan resistido al estropeo de las primeras vueltas de las yeguas; a este tiempo el piso de la era es ya de una capa compuesta la mitad de trigo y la mitad de raspas y de tamo menudo.

Después de la *remolida* se soltaron las yeguas a su potrero, y se procedió a limpiar el trigo

con ayuda del aire. Se recogió el trigo de toda la éra en un segmento cortado en ángulo recto por la corriente del aire, y allí se aventó con las horquetas, pasando los peones de uno en uno, o de dos en fondo de una punta a otra, hasta que las horquetas no cogían nada, por haber salido el tamo menudo con el impulso del aire, y esta especie de cordillera de granos de trigo se llama *el caimán*. Llegando a este estado recogieron con las palas el trigo regado por la era, y barrieron muy bien el suelo para empezar le traspaleo en el mismo segmento que antes. Todo esto supone que el aire sea favorable a la empresa que, de lo contrario, los hombres se cruzan de brazos, y le dirigen sus votos a San Lorenzo, abogado del aire, y miran los árboles lejanos a ver si se mueven. Hay veces que una calma de éstas viene seguida de un aguacero, y entonces la trilla es una completa revolución, no quedando otro arbitrio conocido que juntar en una pila todo el trigo, y taparlo con cueros y toldos, y dejar la operación para el día siguiente, si es que San Lorenzo se muestra entonces propicio.

Pero en el día de que nos tratamos todo iba bien. El cielo estaba despejado, *el viento de arriba* soplaba maravillosamente, y la operación de traspalar se hacía con todo esplendor. Levantado el trigo con las palas volvía a caer como aguacero, limpio del polvo y de la paja menuda, y las *valeadoras* recorrían con escobas ásperas la superficie para barrer suavemente los pedazos de tamo gruesos que el aire no había podido llevar y las inmundicias naturales que las yeguas no habían podido menos que dejar encima de la era, lo que se llama cagajón en el idioma de los peones.

Ya estaban todos los niños en el trilladero, con licencia de doña Josefa; ya estaba doña Ildefonsa

que había sido indultada, ya nadie pensaba en porrazos, y el final de la trilla era un espectáculo de verse, a la luz de una bellísima tarde, trabajando en el teatro los preciosos niños de *El Olivo* los sabaneros más robustos de la peonada, y algunas estancieras gordas, coloradas, y buenas mozas, que agitaban sus escobas alargando unos brazos tan carnudos que no correspondían a la extremada pequeñez de sus pies colorados, que a veces se hundían entre los dorados granos de trigo que llovían a la luz de los rayos amarillentos del sol que estaba muy cercano del ocaso. Es muy deliciosa la vista del *traspaleo* a tiempo que en *ran, ran, ran* de las palas le da todo el complemento de la animación.

Al fin se halló la horqueta que se había puesto para conocer cuándo se completaba toda la vuelta al pilón, y se dio por terminada la trilla. Se procedió a enconstalar el trigo para echarlo al carro, dando las paladas a las peonas valeadoras, y algunas otras que habían prestado sus servicios a la trilla, y resultaron diez y seis cargas de trigo limpio y dos de trigo delgado, mezclado con vallico, llamado granza, y tres con canutos de tamo grueso y trigo encasquillado. Pero el establecimiento perdió ese día un agente en una de las mejores yeguas de la recogida.

Después que todo estuvo concluído, llamó don Isidro a Pericón y le dijo:

—¿Tú sabes qué fue lo que le sucedió a una de mis hijas esta mañana?

—No, mi amo: le respondió con frescura el Sancho Panza de *El Olivo*.

—¿Con que no sabes que se dio un porrazo tu señorita Rosalía?

—¡Ya se me había olvidado! Dijeron que se había caído, de veras.

—¿Y tú no sabes cómo fue para caer?

—No, mi amo, como uno está ocupado a ratos en su trabajo...

—¿No dicen que fue un potro el que la hizo caer?

—Tal vez, mi amo, porque como se ponen a enlazar los amitos, quién quita que se enreden y se caigan, porque como dice el dicho, en donde están los niños está el diastre.

—¿No sabes tú si los niños montarían en los potricos?

—Quién sabe, mi amo; porque son tan traviesos a ratos.

—¿Y tú no los ayudaste a montar?

—¿Yo...? Para qué es eso... Ave María.

—¿No alzaste a Rosalía, y la montaste en el hijo de la castaña careta, a la anca de la china Fulgencia?

Se calló Pericón, y se agachó, no pudiendo soportar las miradas de don Isidro, que aunque era muy amigo de las leyes de la República, le estaba exigiendo al ciudadano Pericón una declaración contra sí mismo.

—Todo lo sé, dijo don Isidro, meneando ligeramente la cabeza. Lo raro es que me sostengas una mentira después de haber oído predicar el sermón del octavo mandamiento.

—Yo no he oído nada, mi amo don Isidro, porque hace dos meses que no voy a misa.

—Pues ahora te mando que vayas infaliblemente todos los domingos, y te mando que montes en ese potro, que han dejado por ahí ensillado.

—Iré a misa, mi amo, y me confesaré y rezaré como un santo, y haré todo lo que sumerced me mande, menos montar en el potro, porque es una cosa que jamás me ha gustado.

—¿No? Le contestó don Isidro con rabia.

—No, mi amo; porque dice el dicho que hacer casas, y... amansar potros, eso que lo hagan otros... ¿Y que si va y me voltea?

—Hola, con que tú cuidas mucho tus huesos, socarrón... Pues montas, o te rompo le alma con este palo de guayacán; y esto es sobre la marcha, y sin hablarme una palabra más.

Hizo don Isidro que cuatro de los peones sujetasen el potro, y Pericón se arrimó junto al estribo y se quedó mirándolo. Los peones se sonreían y se miraban con muestras de regocijo, a pesar del miedo que les infundía siempre que veían a don Isidro empuñar el signo de la igualdad en la mano derecha.

—¡Vamos, exclamó don Isidro, o montas por tu gusto, o te suben los peones a la silla... Vamos, arriba!

Viendo Pericón que no había remedio en lo humano, se resolvió a montar, y después de persignarse muy bien, tomó el estribo y se fue acomodando en la silla lo más despacio que le fue posible.

Los chinos, los niños de la hacienda, los peones y las sacudidoras, todos habían rodeado el corral de las yeguas que iba a servir de teatro, y todos se reían con anticipación de ver la figura que hacía Pericón tan mal acondicionado sobre la silla como un fraile, y cogido de la cabeza de la silla con ambas manos como un chiquillo; pero al des-

taparle los ojos al furioso animal todos se quedaron serios por algunos instantes y hubo muchos gritos que decían:

—¡Téngase, ñor Pericón!

El potro saltó del puesto, como un resorte que, sujeto, se deja estallar de repente; pero no se movió Pericón del asiento, aunque perdió los estribos, y con los ojos cerrados, y las piernas muy encogidas, sin quitar las manos de la silla, aguantó dos brincos más, y para su dicha dejó de brincar el potro y comenzó a trotar por la orilla de la cerca, y entonces el nuevo jinete abrió los ojos, y al verse observado de tanta gente y al verse vencedor, se armó muy bien en los estribos y hasta se rió con el público que celebraba el papel tan extraño a su carácter que estaba desempeñando, en justo castigo de haber hecho montar a su señorita en el potrico. Se pensó que el potro estaría encalambrado de hallarse apretado con la cincha desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, y de haber brincado las horas enteras con la silla, y esto fue lo que favoreció al Sancho Panza de *El Olivo* de haber volado como valaron las dos equitadoras de la mañana. La broma, los silbos y las carcajadas que partían de todos los contornos del corral era una cosa muy conforme con el espectáculo, y con los precedentes del equitador que había excusado en toda su vida las ocasiones de exponer su noble figura a los riesgos a que se exponen los toreadores y amansadores de las haciendas de la sabana.

Cuando se repuso Pericón del justo miedo que tuvo al principio, meditó un proyecto para bajarse del potro antes de que le fuesen a dar las ganas de brincar, y fue cogerse de la cerca al pasar por junto de ella, pero como era tan poco

diestro en las obras de agilidad, se cayó del palo al suelo como un cuerpo muerto, y se le formó un chichón en la frente, de lo cual quedó muy contenta la madre de Fulgencia, que se hallaba entre los espectadores.

Todos los peones rodearon a Pericón y la broma que le dieron fue de lo más aparente para terminar aquel singular espectáculo.

CAPITULO V

CACERIA DE BUITRES

Pocas veces había parva en *El Olivo,* sin que muriese o se lastimase alguna de las mejores yeguas. Un día del mes de enero de 1852 se mató una muy corpulenta, y acordándose don Isidro del daño que le hacían los buitres en las crías de las yeguas que comían en las lomas de oriente, se propuso hacerles celada o golpe de Estado, excitándoles el apetito con la famosa yegua. Las tretas y engaños, constituyen parte de la estrategia. Los buitres hacían invasiones fundadas en el gran poder que tienen en los aires, mayor que el de los ingleses en el mar. Estaba en su derecho el soberano de *El Olivo* para engañar a los buitres y darles una batalla en su misma tierra.

Don Isidro hizo llevar en un carro el cadáver de la yegua al potrero que se llamaba el Sosiego, muy aparente para la cacería de buitres, por lo extenso, despoblado y distante de la sementera de trigo. Convidó a la cacería a sus vecinas y vecinos de *La Pradera* avisándoles que a las siete de la mañana del día siguiente debían hallarse en la estancia de *Los Alcaparros,* lugar a propósito, por ser un poco elevado sobre la sabana, y gozar por esta misma razón de una vista general sobre las dos haciendas.

Mandó que se preparase un almuerzo abundante en la estancia de que hablamos, y prohibió que pasasen estancieros por el Sosiego y que los concertados se acercasen al potrero antes de la cacería.

Fernando y Carlos inventaron el plan y lo comunicaron. Los concertados montaron los mejores caballos de vaquería. Fernando ensilló el Huracán, y Carlos el Rifle. A cada uno se le señaló su puesto, y a las siete y media las dos familias estaban en la estancia de *Los Alcaparros*. Carlos se colocó en la estancia de *Los Borracheros* con su concertado Martín, a una distancia proporcionada para que no percibiesen los buitres su presencia. Fernando se situó en los mismos *Alcaparros* y ocultó su caballo entre los chilcos de un zanjón por donde bajaba de las lomas inmediatas un arroyo pequeño y otros tomaron situaciones al lado de oriente.

Recién llegadas las señoras a la estancia se repartieron para uno y otro lado. Pronto dieron con las flores y frutas, con la poceta del lavadero con el altar y sus santos y sus décimas dedicadas a la hija de la dueña de la casa, y no faltó alguna que diera con un par de mazorcas. Por una parte inspiraba confianza la bondad y generosidad de *ñuá* Petronila, por otra las animaba la aristocracia de los zapatos, que da valor para todo, bien que las señoras de *El Olivo* y de *La Pradera* sabían recompensar sin usura los dones de sus arrendatarios, no con objetos de ilusión, como cuando se cambiaba a los salvajes el oro por cuentas de vidrio. Las señoras de *El Olivo* y de *La Pradera* no explotaban a los pobres arrendatarios o proletarios.

El humo de la cocina de *Los Alcaparros* salía en mayor abundancia que nunca. Allí se ocupa-

ban Marcelina y Toribia en el suntuoso almuerzo, auxiliadas de las caseras en todo lo que era posible.

Marcelina, que era la más entonada de todas las criadas de *El Olivo,* estaba muy descontenta porque no había fogón alto, ni hornillas, ni mesas, ni estantes en la cocina de *Los Alcaparros,* y para esto que había llevado traje de zaraza, de fondo blanco, muy esponjado, y al funcionar en el suelo se estaba ensuciando. Es verdad que la cocina de *ñuá* Petronila estaba muy barrida y su servicio muy en orden, porque se había creado con mucho esmero, pero sus facultades no le alcanzaban para fogón alto.

El tren de la cocina de *Los Alcaparros* era éste: unas piedras puestas en triángulo en la mitad sobre la capa natural de la tierra; una piedra de moler, en la cual debía funcionar puesta de rodillas la molendera; una barbacoa de varitas de tuno para poner los platos, las ollas y las cucharas. Tenía la pieza el defecto de ser un poco oscura, porque le faltaban aberturas, y la puerta y un agujero en una de las paredes no eran suficientes. Carecía de chimenea y de conductores de humo, lo cual no hacía falta en los tiempos comunes en que se le daba fuego a una o dos ollas sumamente pequeñas; pero en aquel día, que había cuatro ollas grandes en servicio activo fuera de las pailas y las olletas de cobre, el humo era séxtuplo del ordinario y llenaba el departamento de tal manera que el llanto era general y los lamentos de Marcelina venían todos al caso declamando contra la cocina, contra la cacería de los buitres y contra todos los diablos de los infiernos.

Isabelita había llevado un libro, justamente «La Matilde de las Cruzadas», y Margarita el famoso anteojo de *La Pradera;* cuando el cazador

que presidía el grupo de las dos familias dio las órdenes de que se aquietase todo el mundo y de que hiciesen silencio, colocáronse ellas debajo de los alcaparros del patio y mientras la una leía, la otra recorría la sabana con el anteojo.

—Qué lindo es este pasaje. Le dijo Isabel a su amiga: ¿has puesto atención?

—Por supuesto. Yo no he tenido ocupados sino mis ojos.

—¿Y qué has visto?

—Soledades, vacas y yeguas. Inmensidad de llanos, y los cerros que los circundan. ¡Pena da extender la vista para mirar sólo bestias!... El camino real está desierto, no veo sino unas pocas cargas de leña. Sin embargo, a mí me gusta el anteojo. Aquí se necesita de este medio artificial para no creer que se vive en la Abisinia. Allá distingo un pasajero que va del lado de Bogotá.

—¿Cachaco?

—Parece hacendado.

—Dios lo lleve con bien. Escucha la lectura.

Isabel siguió leyendo.

Tanto las señoras como las señoritas estaban deseosas de ver la corrida desde que se les intimó silencio. Justina y Rosalía, que no veían ni miraban con el anteojo estaban desatinadas. La tía Choma estaba molesta, y como no tenía agua en la boca le dijo a don Fernando:

—¿Hasta qué horas se comienza la cacería?

—Muy pronto, mi señora, no tenga usted cuidado por eso.

—Yo no sirvo para esperar.

—Bienaventurados los que gozan las ventajas de los telégrafos y los ferrocarriles, porque ellos tocan el fin a la hora del proyecto. Pero en esta Nueva Granada todas son rémoras, todas son detenciones.

—¿En dónde viven esos buitres que usted ha convidado a un banquete, con el objeto de ponerles el lazo, como se convida a los electores y a los secretarios de hacienda y aun a los mismos Presidentes?

—Esos buitres viven a tres o cuatro leguas de aquí, en las crestas más elevadas de los páramos.

—¿Y cómo les llega la noticia? ¿Ven la yegua que usted les ofrece? ¿Huelen sus partículas repartidas por el mundo? ¿O es que usted les manda esquelas de convite?, porque yo le doy a usted de barato que se lance a los aires una libra de vapor de yegua: ¿en cuántas partes tiene que subdividirse esa libra para llenar un espacio de cuatro leguas de radio? ¿Y cuánto vapor les llegará a las narices a todos los buitres que hay en los páramos comprendidos en esas cuatro leguas?

—Les alcanzará la diezmillonésima parte; pero el hecho es que les alcanza.

—Tendrán narices de diplomático germánico, o la libra de vapor se multiplicará, en lugar de dividirse; todo esto será, pero esos buitres no huelen el vapor de la yegua, y que por cierto una yegua no es una manzana madura. Tal vez me dirá usted que se ejecuta un milagro, pero yo tampoco creo en milagros, como usted lo sabe.

—¿Ni tampoco cree usted en las dosis homeopáticas?

—¿Que si creo en las millonesimales y en las infinitesimales?... ¡Nada de eso!

—Pues hoy va usted a creer, cuando vea descender de los espacios infinitos los buitres de los páramos de oriente.

—No estarán por aquí cerca, según eso.

—¿Quién los ha visto? Tendrá usted que creer en las infinitesimales de la homeopatía, o reventar. Es que la naturaleza es milagrosa en esto de proveer de alimento a las criaturas. Oigame usted: varias ocasiones ha mandado don Isidro que le cuiden una buena yegua que estaba al dar a luz un famoso muleto. Le avisaron una tarde, casi noche, que la yegua no había parido. Van a verle por la mañana a las siete: había parido en la noche, y ya habían venido trece buitres y no habían dejado más señales de la cría que los huesos grandes. Pero hoy se las van a pagar todas juntas a don Isidro.

En Neiva ha habido ocasionar de matar buitres con flechas envenenadas, tiradas en bodoquera por algún indio de los Organo o de Tierra-adentro, llamado para el efecto. Esto se hace escondiéndose el indio en un hoyo, cubierto con algunas ramas. Cuando se acerca un buitre a la mortesina, le cae la flecha sin saber de dónde, se aparta algo menos de una cuadra, y entrega su espíritu vital muy en silencio, sin que lo noten sus compañeros. Así se pueden despachar veinte o treinta de estos pájaros gigantes, que despachan un ternero en menos de cuatro minutos.

—¡Qué infamia!, dijo la tía Choma, ¡y qué alevosía! ¡Esto se pasa más allá de los límites de la estrategia, y cuán fácil es que los hombres que se ceban en la carnicería de los animales sean carniceros con los humanos!

—En Pamplona hay haciendas donde los buitres se estrellan con el cuadro militar que los toros y vacas les hacen para defender los terneros. El buitre más osado abre sus alas para espantar las filas, pero los toros no huyen, y si les acercan mucho las alas, acometen sin perder por entero la formación. Así se han visto huír los invasores alados, sin clavar el pico en los tiernos hijuelos, que palpitan de temor dentro del cuadro.

En los páramos del sudoeste de Bogotá hay vacas diestras y valientes que defienden los terneros, pero las vacas nuevas se dejan intiminar casi siempre por la horrenda figura de un buitre, con sus alas desplegadas, y es muy grande el daño en los hatos de ganado. Es un cuadro interesante ver dos o tres vacas de un hato defendiendo sus hijos, y ver las figuras gigantescas de dos o tres aves que se atreven a lanzarse sobre un ternero y se lo engullen como si fuera un pollo.

Nosotros cazaremos a los buitres como quien caza avestruces en el Asia. Corriendo a caballo y dándoles palos sobre las alas.

—El cuento es que ellos quieran venir a que los maten.

—Pronto lo verá usted.

Isabel lavaba por lo pronto un pañuelo en el lavadero de Fulgencia, debajo de una especie de ramada que formaba un alcaparro, que en vez de hojas tenía flores. El agua estaba pura, y las yerbas de la margen eran fragantes, el rumor del pequeño chorro que caía en el pozo era muy apacible, y la soledad misma le daba al recinto tal belleza que el corazón de Isabel estaba como encantado. No había sentido a Fernando, que se había acercado a ella caminando con precaución,

por no alterar ninguno de los preceptos acerca de la cacería.

—Muy honrado se encuentra el lavadero de Fulgencia, exclamó el director de la cacería.

—Poco, contestó la señorita.

—¡Cómo no! una lavandera aristocrática, nada menos.

—¡Está el lavadero tan lindo! ¿no ve?

—Tengo deseos de que Margarita saque el paisaje.

—Pero debe ser así como está ahora en este momento.

—¿Cómo, Fernando?

—¡Lavando la primera hermosura de las haciendas! Es un cuadro digno de la exposición de Londres.

—Es que usted exagera.

—Y bien ¿qué le ha dicho a usted don Isidro?

—A mí, nada. ¿Por qué?

—Porque le hablé definitivamente de nuestro enlace. Me citó el 18 del próximo abril para nuestro casamiento. Yo iré mañana a *El Olivo* y tendré la dicha de hablar con usted largamente.

Isabel se puso encendida al oír estas palabras, no pudiendo contestar nada, y Fernando se retiró para ir a observar los buitres, porque ya el tiempo le urgía.

Isabel sufrió una emoción como de espanto. Era tímida por naturaleza, y exenta en el campo de presentarse en los corrillos numerosos y de las escenas del teatro, que parecen estudiadas

para despojar a las señoritas del pudor, que es la dote natural de las hijas inocentes del alto y del bajo tono, se avergonzaba siempre que se hablaba de estas materias, como la adormidera de tierra caliente que se encoge y se marchita cuando la tocan. Se había quedado pensativa, cuando llegó Fulgencia con un calabazo para llenarlo de agua, y le dijo:

—¿Conque sumerced sabe lavar?

—¿Y por qué no? Se debe saber de todo, porque el mundo da muchas vueltas. Qué se yo si algún día tendré que lavar o vender carbón. Todo es de esperarse en las comarcas en donde la revolución es un oficio.

—No lo permita Dios, mi señora. ¡Tan buena que ha sido sumerced con los pobres! ¡Ave María!

Isabel había terminado y sentada en la alfombra de carretón y poleo que rodeaba el pozo, le dirigió a Fulgencia estas cariñosas palabras:

—¿Por qué no me ha ido a ver?

—Porque a ratos no hay lugar, mi señora, y que ya sumerced no es la misma que era antes. La he visto seria y esto me da pesadumbre, porque yo nunca me olvidaré de lo buena que ha sido sumerced conmigo.

—Tiene que perdonarme, Fulgencia. Yo había padecido un error con respecto a usted; pero ya estoy desengañada. Tráteme lo mismo que antes, como amiga de la infancia. ¿No se acuerda de las procesiones y de los molinos? ¡Ah tiempos!

—¿Y se acuerda sumerced del golpe que nos dio el potranco en la montonera?

—¿Y qué golpe tuvo usted, que se ha quedado con un ojo negro?

—Un topón, mi señora, dijo Fulgencia, y se puso colorada como la grana.

Las estancieras de la sabana muestran en las facciones la impresión que les causa la más leve inculpación.

La epidermis del rostro corresponde al sentimiento de su corazón.

Isabel y Fulgencia subieron el pequeño declive hasta llegar al patio, y encontraron órdenes más estrictas en materia de cacería de los buitres. Estaban sentadas las señoras sobre cueros y bellones, que Fernando había hecho poner debajo de los alcaparros del patio; en la cocina había órdenes para no salir.

Fernando, que estaba sentado junto de Margarita, tomó el reloj en la mano, y dijo:

—Son las ocho y media. Es tiempo de que los buitres bajen. Exijo el más profundo silencio y una quietud imperturbable.

—¿No podremos reírnos siquiera?, preguntó Rosalía.

—¿No se han reído toda la mañana? La demasiada risa cansa en ocasiones.

—Pero aun es peor el llanto, dijo Justina.

—¿Y por qué tales prohibiciones?, preguntó la tía Choma.

—Porque estamos en parada.

—¿Y qué es parada?

—Es como el oficio del centinela. Guardar un punto, atisbar, vigilar, y avisar los movimientos de los objetos que se vigilan.

—Eso se parece a la milicia y a ejército permanente, dijo la tía; y yo no estoy por nada que huela a ordenanzas, ni chafarote, ni vueltas coloradas, ni charreteras, ni toques de llamàda ni de retirada.

—Ya lo sabemos que usted es gólgota; pero me atengo más a la milicia estricta que a la milicia de montoneras, y la cacería es la imagen de la guerra.

—La cacería es oficio de bobos.

—La cacería es un instinto de nuestra especie. Lo mismo goza en ella un barón escocés, cazando venados, que un indio chibcha cazando conejos o patos, que un montañés de tierra caliente cazando toches, y las criadas de Bogotá, cazando ratones.

¡Pero el martirio de la parada! ¡Las angustias, la privación!

—Todo se dulcifica con la esperanza. Y no se haga la desentendida, que usted también se alebresta con la cacería, y tanto como el gato cuando se encuentra mano a mano con un ratón.

—¡Jesús! ¡Qué disparte tan grande!

—¿No se acuerda que usted se iba volviendo loca de placer el día que mis perros echaron una venada a la sabana, y luégo la hicieron entrar al patio de *El Olivo*? ¿No gritó usted, no atajó, no corrió y le acometió a la pobre venada con la escoba, y no la cazó acompañada de las cocineras? ¿No hizo usted lo que hiciera el gato?

—Yo les digo a ustedes la verdad: no sé qué fue lo que me pasó ese día.

—Que hubo que ceder a los instintos de la cacería, de lo que usted llama una bobera. ¿No sabe

usted que la raza humana es carnívora por naturaleza? Gusta de la carne, y ¿cómo adquirirla sin cazar animales? ¿Qué tribu se encuentra de hombres incivilizados que no sea adicta a la cacería? Ahora verá usted qué alboroto se levanta por cazar una docena de buitres, y cuenta que hoy no se les vayan los estribos a todas mis vecinas.

Tomó el anteojo Fernando, lo apoyó en una rama de alcaparro, y se puso a mirar.

—Veo como un ave o una mosca que vuela con lentitud, viniendo del oriente.

—Algún cometa, dijo la tía Choma, y entonces tendremos guerra.

—Tome usted el anteojo, Margarita, que es la más ejercitada en mirar a lo lejos.

Margarita se puso en pie, y buscando el objeto, dijo que alcanzaba a distinguir un ave, aunque muy lejana, que parecía acercarse a la hacienda de *El Olivo*.

—Quiero iniciarme en la ciencia de la buitrología, dijo la señora Choma, tomando el instrumento.

—¿Hay algo?, le preguntó doña Chepa.

—Un gallinazo que viene al convite, dijo la tía Choma; creo que Fernando nos va a dar un chasco con su buitromanía.

—Les ofrezco que dentro de medio cuarto de hora estarán realizadas mis observaciones buitronómicas.

—Que tome Isabel el anteojo.

—Esta, tomándolo, dijo, después de observar por un momento:

—Veo un ave negra, que parece tener divididas las puntas de las plumas de las alas, y cuando se ladea le observo manchas blancas o pardas. Sus patas son muy largas, y su volumen va aumentándose.

—¡Es un buitre!, exclamó Fernando; ya se ve a la simple vista: atrás vienen dos por el mismo punto.

—¡Cierto!, dijo doña Mercedes; vean los buitres: muchachas, vean los buitres!

—¡Silencio!, dijo Fernando; no hay que moverse ni hacer ruido.

Después de grandes círculos trazados por encima de los potreros, se paró el ave sobre el llano del Sosiego, a media cuadra de la yegua muerta, y después de mirar para todos lados, se fue acercando a pasos cortos y majestuosos. Era un príncipe de las regiones aéreas de los Andes, que pisaba las alfombras del valle de los alcázares.

Los gallinazos le hicieron campo, y quedó dueño del festín. Pronto bajaron otros y tomaron su puesto, hasta completar el número de catorce.

Las señoras estaban aterradas de ver los gigantes alados de los Andes, y sus ojos no se apartaban de aquel cuadro.

—¿Y qué más se espera?, dijo la tía Choma.

—Que, coman, dijo Fernando, que se sacien a todo su gusto, que muy pronto morirán agoviados por su propio peso, mientras que los gallinazos, los carracos y las gualas se salvarán a favor de sus alas.

—¿Es decir que en esta revolución va a suceder lo que les sucede a los ricos con las revoluciones de Nueva Granada?

—¿Cómo dice la señora?

—¿Pues no saben ustedes que en nuestras revoluciones y guerras civiles se salvan a lo último los magnates, y los que pagan el pato son los que componen el pueblo?

—Ya es tiempo, dijo Fernando; vean cómo han devorado ese cadáver en menos de quince minutos. Ahora nos lanzaremos sobre ellos. Tía Choma, ponga usted cuidado, que dentro de tres minutos creerá usted lo que no quería creer. ¡Atención, señoras y señoritas!

Dio Fernando un grito que resonó en todos los confines de la hacienda y corrió a montar en el Huracán. En aquel instante salió Carlos de la salita de los Borracheros, los demás jinetes que estaban ocultos y multitud de gentes de a pie que esperaban el espectáculo de la cacería. Por todos lados fueron acometidas las cuatro especies de alados, que asistieron al convite del llano del Sosiego, en la hacienda de *El Olivo*. Muy pronto se dispersaron las gualas, carracos y gallinazos que pudieran ganar los aires, porque no estaban repletos, retirándose alegres por no haber caído en la celada. Pero los buitres, que no pudieron hacer lo mismo por el demasiado peso de su vientre, así como no pudieron salvarse dos españoles en una retirada que hicieron, por allá en el antiguo imperio mexicano, por el peso del oro que llevaban consigo, así estos desgraciados animales se dispersaron dando saltos, ayudados por la magnitud de sus alas.

Los gritos, las carreras, todas las ejecuciones de las maniobras, eran la imagen de una batalla. Algunos de los buitres quedaron aturdidos por los golpes a palos en el primer asalto; otros corrían o brincaban con el auxilio de sus alas, y eran perseguidos por los jinetes en direcciones opuestas en toda la extensión del potrero. Uno saltó las

zanjas del camino real, y se pasó a los potreros de *La Pradera;* pero José María no se detuvo en hacer brincar su caballo por sobre la misma zanja, y lo siguió sin perderle patada.

Un fugitivo trató de tomar la pequeña altura de los Alcaparros para lanzarse a los aires, y se acercaba a la casita por el lado del llano. Isabel, tímida más que todas las otras señoras, se asustó de ver ese gigante y corrió a meterse en la alcoba de *ñuá* Petronila. Pero Fulgencia, que comprendió la maniobra, sacó una horqueta de las que sirven para la trilla, y se propuso defender la altura. Pronto se le agregaron las criadas; y las señoras, viendo que no había riesgo ninguno y que podrían ser útiles, aún cuando fuera sólo con su bulto, se pusieron bajo las órdenes de Fulgencia. Ya la tía Choma había cobrado valor, y con una vara delgada se le atrevía al buitre por el frente, olvidada de las ideas que había emitido poco antes contra la cacería, contra la milicia y contra toda clase de ataque a la vida de las especies vivientes. Eso sucede muchas veces, que se ostentan ciertos principios en ciertas ocasiones, pero que llegado el caso se renuncian: es una necesidad la careta. Lo cierto es que la tía Choma fue la que más se alegró de la muerte de los buitres.

Después de varias tentativas logró Fulgencia dar un palo al buitre, dañánole una de las alas, con lo cual quedó rendido; luego lo enlazó con un rejo y lo ató a la cerca de su estancia, al lado de la puerta de talanqueras.

El buitre que había pasado a *La Pradera* logró con trabajo levantar el vuelo, y se volvía, orgulloso de su fortuna, habiendo logrado elevarse a la altura de diez y seis o veinte varas del suelo, procurando ganar terreno para ir a guarecerse

sobre las crestas solitarias de Sumapaz o de Chingaza, pero lo vio Fernando, y corriendo se puso debajo, y enlazándolo del pescuezo, haló del rejo haciéndolo descender otra vez al potrero del Sosiego desde las altas regiones del aire.

El acertado lazo de Fernando suscitó mil aplausos en el campo, y la tía Choma, que estaba mirando desde el patio de la casita no pudo abstenerse de gritar:

—¡Viva Fernando! ¡Viva el rejo de enlazar! ¡Vivan todos los vencedores de los buitres!

Al prisionero se le quitaron las plumas más largas de las alas, y quedó suelto por el potrero, a disposición de los muchachos.

Ya no quedaba enemigo qué vencer. Ocho buitres quedaban tendidos en el campo y a los restantes les habían arrancado las plumas, que es tanto como decir que los habían desarmado. El campo de batalla estaba cubierto de gente de a pie y de a caballo, y la jornada estaba completa.

Don Isidro y don Gaspar habían presenciado la batalla como clérigos sueltos, que así llaman en Cundinamarca a los que se van a divertir viendo el combate desde lejos, montados en muy buenos caballos. También acudieron a revisar el campo, y de allí pasaron a los Alcaparros con los vaqueros y demás jinetes, alguna gente de a pie.

Se habla mucho del regocijo que tienen los cazadores sabaneros al reunirse después de cogida la presa. El patio de los Alcaparros también era un teatro de la risa, de aplausos y declamaciones. Las señoras, los concertados, los cazadores y los clérigos sueltos, todos hablaban a un mismo tiempo, y es más fácil imaginarse la escena que describirla con todos sus pormenores.

Se sirvió el almuerzo debajo de los alcaparros del patio, sobre cueros de res y hojas de chisgua, con manteles más blancos que la nieve.

Marcelina, que había llorado y maldecido contra toda su costumbre, se portó como en una boda con el almuerzo de los cazadores. Dos o tres clases de sopas, siendo una de ellas un famoso ajiaco de papas criollas, de la misma hacienda, un frito que parecía calentano, empanadas y pastelitos de harina de trigo, carnes a la *Bullé,* y chocolate y café a rodo. ¿En que palacio de una capital se hubiera podido festejar un convite con un comedor más suntuoso que aquél, encortinado con las flores de los alcaparros, decorado con las matas de claveles y lirios, y techado en general por la bóveda azul de un hermoso cielo? Hay comedores que están decorados con estatuas o pinturas de diosas, pero nunca más bellas que Justina, Isabel y Margarita.

La clase descalza de las haciendas almorzó al lado de la clase calzada, y todo el mundo quedó contento de la cacería, de la bondad de los patrones y del buen trato de las señoras.

Pronto se dispersó toda la gente pobre, y las señoras se fueron a las casas de las haciendas, en donde concluyeron el día.

CAPITULO VI

LOS ESTUDIOS

Don Gaspar y don Isidro resolvieron poner sus dos hijos mayores en el colegio del señor Estrada. Fernando tenía quince años cabales y Carlos andaba muy creca de los catorce.

La falta que hicieron los primogénitos en los primeros días fue una cosa tan notable, como si la muerte misma los hubiese arrebatado. Las dos madres lloraban al ver los sitios favoritos de sus juegos; los hermanos y las hermanitas abandonaron los paseos acostumbrados, las criadas suspiraban al ver los asientos vacíos a la hora de la comida; los chinos y concertados recordaban a los amitos todos los días al tiempo de la ordeñadura y recogida de las vacas; las estancieras los preguntaban; en una palabra, las haciendas estaban como de luto. Isabel, sobre todo, estaba muy taciturna.

Fernando había dejado su rejo de enlazar colgado en un clavo en el cuarto de don Gaspar, y siempre que doña Mercedes lo veía rodaban las lágrimas de sus ojos maternales.

El día 3 de enero de 1853 llegaron a Bogotá los dos viajeros de las haciendas. Se desmontaron en la casa de don Eulogio. Poco después Carlos y

Fernando fueron colocados en el colegio, quedándose aquél de externo y alojado en la casa del mismo don Eulogio.

Fernando estuvo a pique de enfermar de nostalgia desde la primera noche que pasó en el colegio. Figúrese nuestro lector qué golpe sería para un muchacho del campo el encierro repentino en un castillo, donde por la fuerza tenía que oír los gritos de los estudiantes en vez del balido de las ovejas y de los terneros; de un muchacho que no veía sino paredes en vez del grandioso horizonte de la Sabana; que no respiraba sino los miasmas de los caños impuros en vez de los aires que recorren las sementeras y los prados. El primer suspiro de su corazón fue por doña Mercedes, por Isabel el segundo y el tercero por su rejo de enlazar. La primera noche se desveló por entero, cosa que nunca le había sucedido; veía las huertas, los molinos de agua, los pabellones de los curubos, y a Isabel con sus miradas suaves y penetrantes a la vez. Un colegial forastero es un desterrado que cambia de repente su patria, sus costumbres, sus afectos. Dichosos los que con la adquisición de las ciencias resarcen sus inmensos sacrificios y los de sus familias.

Fernando sabía algo de aritmética y de gramática desde antes de ir al colegio. No carecía de inteligencia y de aplicación, pero la multitud de materias lo tenía confundido: gracias a que sus libros elementales, que eran compendiosos y claros, le auxiliaban su memoria para no perderse en el dédalo de las ciencias. No alcanzaba a cumplir muy bien en los primeros días con todas sus lecciones; su constante pensamiento en el rejo de enlazar, los jugos con Isabel y los otros muchachos lo tenían apocado, tanto que los estudiantes se burlaban de él y lo molestaban más de lo que era justo.

Un día contestó Fernando con aspereza las burlas que le hacía un estudiante, éste lo regaló con varios apodos, entre otros, con el de brusco, orejón, patán; Fernando le dio un bofetón; el condiscípulo, aunque no era esforzado, tenía mucha práctica en el pugilato, y pronto se armó una buena pelea; la sangre asomaba de una y otra parte, y si no hubiera aparecido un pasante, la cosa hubiera sido muy seria, porque el bogotano estaba encendido en cólera, y Fernando, con suficiente fuerza, no se acobardaba; fuera de esto, tenía instrucciones secretas de don Gaspar para no ser moderado, instrucciones que éste le comunicó al director del colegio en su carta de dirección: «Tiene mi hijo el defecto de ser un tanto inmoderado; le suplico a usted le corrija este vicio».

Poco a poco se fue haciendo tratable el estudiante de *La Pradera,* y parecía que iba olvidando el rejo, el caballo y las recogidas, pero la imagen de Isabel no lo abandonaba en sus estudios.

Carlos no tuvo que sufrir mucho, alojado en la casa de don Eulogio, tenía distracciones en las idas y venidas al colegio, y aun en la misma casa, en la cual simpatizó mucho con Carmelina, la hija de don Eulogio, con la cual comenzaron a tratarse muy pronto con toda franqueza, fuera de que Avelina, la criada que corría con la barredura y compostura de los cuartos, lo trataba con muchas distinciones: era ésta una de esas criadas bonitas de Bogotá, que aprenden la coquetería por imitación y por arte.

Al mes de hallarse en Bogotá, ya conocía Carlos todas las riberas del San Francisco, la Huerta de Jaime, los pozos de Fucha y el Boquerón, y había trepado a las alturas de Monserrate y de

La Peña y sostenido los duelos a puñadas en la plazuela de San Diego. En todas estas excursiones se hizo muy amigo de Ceferino Castillo, que tenía de todas pintas en la sociedad bogotana, porque era artesano, como joyero; estudiante, como alumno de una clase de francés privada; comerciante, como corredor de anillos y piedras; tahur, como gallero y tresillero.

El acudiente de nuestros dos estudiantes, que era exagerado en la política y muy enemigo de las trabas sociales y de los sistemas prohibitivos, había dejado a Carlos en su entera libertad. Este era liberal como don Isidro su padre, y como toda la familia, menos doña Josefa, que en secreto era conservadora, sin darlo a entender a nadie.

Fernando salía a comer los domingos a la casa del acudiente, y cuando ya estudiaba derecho público y constitucional, que fue muy pronto, tuvo que sufrir algunas veces, pues don Eulogio le suscitaba cuestiones de política, y le sostenía proposiciones que estaban en contradicción con las suyas. Había ocasiones que eran muy fuertes los debates, porque se acordaba Fernando de las instrucciones secretas de don Gaspar, y se proponía no dejarse vencer.

Don Eulogio sostenía todas las máximas de Bentham, de Luis Blanc, de Proudhon, de Víctor Hugo y las que se enseñaban en la escuela republicana de Bogotá y en la sociedad democrática, acerca de la propiedad, de la autoridad, del derecho de insurrección, etc.

Ceferino regaló a Carlos un pollo giro, negro, de la raza de los perijaes y lo instruyó en la estrategia y la disciplina de la profesión de los galleros, de suerte que pronto se aficionó el estudiante a las peleas de gallos, con una pasión

tan grande que olvidó el caballo, el rejo y los placeres del campo.

Puso al giro junto de la ventana de su cuarto, y el canto y los aleteos de la madrugada, cuando los oía, lo llenaban de placer. No le sucedía lo mismo a doña Elvira, la esposa de don Eulogio, la cual se desvelaba con el ruido, y se molestaba cuando entraba Ceferino a carear el gallo, suplicándole a Carlos que lo sacase de la casa, como también una gallina fina que había puesto en el corral.

Carlos era de un genio de lo más dócil que pueda darse. Dio parte a Ceferino de la novedad, y este buen amigo le puso el gallo a cuidar en casa de una mujer llamada Plácida Conserva, esposa de un herrero que había quedado medio demente a causa de una herida de bala que tuvo en la cabeza en la guerra del año de 40; dio a cuidar la gallina a una bondadosa joven, que vivía justamente debajo del cuarto de Carlos, en una estrecha tienda. Esta mujer se llamaba la Radical, o la Gólgota; era bien parecida y se vestía con lujo y buen gusto. Cuidaba muy bien la gallina porque justamente era sola y no tenía más animales que un par de palomas y un loro, y a ella no le molestaba el alboroto, aunque se aumentó el cacareo, porque se propuso imitar el loro a la gallina, y a eso de las nueve se comenzaba el dúo que duraba hasta las doce o la una, aumentado con el canto de otro gallo fino, que estaba amarrado cerca de una puerta, ruido que aunque disonaba a la señora en extremo, le valía la cantidad de ocho pesos que le pagaban las buenas inquilinas.

Carlos tenía mucha memoria, y con poco trabajo podía cumplir con las clases a que asistía; y

por otra parte, era muy simpático, y sus pequeñas faltas no eran reprendidas con rigor.

La mujer del artesano que le cuidaba los gallos a Ceferino, tenía una hija a quien llamaban María, pero le agregaban el sobrenombre de Conservera o Conservista, por llamarse Conserva la madre, seguramente por lo muy adicta al partido conservador.

María era descalza, pero tenía gusto en vestirse con aseo y con gracia, según el traje de su clase. Usaba camisón de zaraza o enaguas de bayeta azul, mantilla de paño y un sombrero muy fino de jipijapa. Era la Conserva sumamente cariñosa con las personas que la trataban, y su voz delicada, sus ojos vivos y penetrantes, sus colores de un carmín delicado y su talle recto y bien conformado, llamaban por todas partes las miradas de curiosidad, si no eran de amor. Ello es que María nunca llegaba a la casa sin que la hubiesen regalado con alguna galantería los cachacos o personas de quienes no esperaba tantos honores, pero ella, según parecía, no estaba orgullosa por las atenciones de que era objeto.

A Carlos le gustó María desde el día que le llevó el gallo; ésta no se quedó mal pagada de aquél, y como el estudiante tenía que ver su gallo, sus visitas eran frecuentes. María era muy cariñosa y Carlos jocoso y alegre, y con esta base de afinidades no tardaron en confundirse las ideas y sentimientos de dos corazones simpáticos, de suerte que a los pocos días se trataban como si se hubiesen conocido de años atrás. Los cuidados de María por el gallo eran infinitos, y la gratitud del dueño no tenía igual.

Cuando se acercaba el tiempo de echar la pelea del giro negro, las visitas de Carlos se hicie-

ron más frecuentes, y los cuidados con el gallo eran como los esmeros que tienen con los jefes los próceres de una revolución, o los generales que intentando ganar una batalla, los agasajan llenándolos de consoladoras esperanzas.

Carlos llevaba llenos los bolsillos de arroz cocido, papas, queso y bizcochuelos de canela para cuidar su gallo. Lo limpiaba, lo acariciaba, le enderezaba las plumas, y cada tercer día lo careaba con otro gallo, a cuyo espectáculo se hallaba siempre presente María, aunque estuviese ocupada, repartiendo sus ansiosas miradas entre Carlos y el gallo, y Carlos no quitaba sus ojos del gallo sino para fijarlos en María, cada día más agradecido de los cuidados que tenía por su gallo.

Tal vez esta pasión por la pelea de los gallos era un impulso que le venía de su propia organización, porque el frenologista había tentado un hueso en la cabeza de Carlos que indicaba guerra, y por el contrario, se había notado humanidad, dulzura, jovialidad y cariño en el carácter del joven hacendado. Tal vez sucedió que se realizase la verdad del pronóstico en ese anhelo furibundo por la riña de gallos, y de ver con indiferencia correr su sangre, después de las caricias más extremadas, como ven con gusto la sangre del pueblo los revolucionarios de profesión.

Al fin se llegó el día de la riña, y se fue Carlos a la gallera llevándole María hasta la puerta el giro negro, debajo de su fina mantilla.

No tiene la gallera de Bogotá la fachada que debiera para ser un establecimiento de tanta magnitud. El primer patio es tan humilde como lo puede ser el de una casatienda. En el tercero es donde está el circo en que los gallos se matan como los granadinos, para que sus amos ganen

las apuestas. El famoso patio es una rotunda de diez varas de diámetro; tiene un orden de galerías en el piso general, y otro en el piso alto; está adornado por ventanas más que suficientes para dar toda la claridad que se necesita para ver las peleas, en las cuales se dice que suele haber trampas más finas que las que se ponen en juego en las guerras civiles.

Inexplicable era el ruido que había en el patio cuando entró Carlos con su amigo Ceferino, que era el gran maestre de la pelea. El cacareo de los gallos, ansiosos de aniquilar a sus rivales, los gritos de los galleros, el continuo movimiento de la gente, todo esto aturdía los sentidos, hasta tanto que sonó una campana y se despejó el patio para dar lugar a una riña: era la del giro de Carlos con un canaguay de un campesino. Los directores tenían sus gallos en brazos, les examinaban las navajuelas, les pasaban las manos por la espalda, y parecía que les decían se portasen con honor hasta derramar la última gota de sangre.

Por fortuna se alcanzaban a oír estas palabras:

—¿A cuál van?

—Voy al canaguay.

—Voy al giro.

—¿Dan gabela?

—Recibo gabela.

—Cinco a cuatro.

—¡Ganan las gabelas!

—Van con siete onzas.

—¡Está casado!

—¡Silencio!

—¡Soltaron los gallos!

—El giro cantó con orgullo.

—¡El canaguay atacó!

—¡Escapó el giro!

—El que primero prenda.

—¡Prendió el giro!

—¡Está herido el canaguay!

—¡Doy gabela y voy al giro!

—¡Voy al canaguay!

—¡Ambos están heridos!

—¿Dudan?

—Le dio en cinco chorros.

—Pide careo.

—¡Pica el vivo!

Ganó el giro, sucediendo lo que en las batallas, en que se juegan todas las ganancias anexas al poder supremo y al entusiasmo de la opinión privada. El vencedor salió con una herida en el buche y otra muy leve en un muslo. Carlos ganó tres onzas de oro, y se fue, junto con Ceferino, que hacía de cirujano, a llevar el gallo para curarlo.

Cuando llegaron a la tienda, María lloró al contemplar al giro todo desplumado y en tan lamentable estado, lleno de sangre desde la cabeza hasta los pies. Pronto trajo ésta un platón de agua tibia, paños y vendajes, una aguja e hilo para coser las heridas. Ceferino hizo la curación, y dio todas las órdenes del caso, dejando al enfermo con el pico amarrado para que no fuese a cantar.

Al despedirse los dos de la enfermera, volviose Carlos y le regaló una onza de oro, la que ella se resistía a recibir, pero que a fuerza de instancias al fin admitió, a condición de que no lo supiese don Ceferino; luégo salió a la calle y les dijo a los dos galleros que precisamente los esperaba esa noche para que asistieran a un bailecito casero de mucha confianza.

A las nueve llegó Carlos al baile dado por María Conserva, porque había tenido que ir con Mauricio Estévez a una tertulia del alto tono, a donde había sido invitado y era muy bien recibido.

Carlos llegó tarde, como íbamos diciendo, y se quedó encantado de ver las hermosuras allí reunidas y la variedad asombrosa de los trajes. No conoció a ninguna de las señoritas en los primeros momentos a causa de la sorpresa, pero a poco ya reconoció a su vecina, y aunque no pudo conocer a las otras convidadas, la Conserva le dijo que todas eran de su mayor confianza. Con los hombres sí no simpatizó mucho, y al principio no dejó de tener algún recelo: había estudiantes, oficiales, empleados y un reverendo padre del convento de..., el cual, aunque estaba muy bien disfrazado con un pañuelo blanco en la cabeza, y ruana colorada puesta por el revés, no por eso dejaba de ser conocido. Las ideas del reverendo eran de progreso, y todos lo tenían en la opinión de un buen muchacho.

No faltó el correspondiente licor, porque María se hallaba esa noche con fondos, y el baile se prolongó hasta las cuatro de la mañana. Pocos son los bailes en que no haya celos y rivalidades, pudiéndose decir que el baile es un certamen de amor, aunque es verdad que en el alto tono se manejan las cosas con política y mucha cautela.

En el baile de María se excedieron los rivales hasta el punto de amenazar con el garrote, por haber entrado unos cachacos muy entonados a querer dominar la situación; pero se les opusieron dos artesanos y los sacaron a pescozones hasta el patio; Carlos dio al padre un fuerte golpe por equivocación, y éste, que era mucho más entendido en lo del pugilato que en decir misa, le compuso el bulto en menos tiempo del que se necesita para pasarse las manos por los ojos, dejándole una ligera descalabradura en la cabeza; visto lo cual por un capitán sacó la espada y puso las cosas en orden.

A Carlos le gustó el denuedo del padre, y lo hizo su amigo para lo sucesivo, pues que convenían muy bien en ideas políticas y religiosas.

Habiendo terminado el baile, Carlos no creyó conveniente ir a su casa a tan avanzada hora, y le pidió posada a María.

Ya llevaba Carlos tres ocasiones de no haber estado en su casa a la hora acostumbrada, y doña Eulalia le hizo comprender a su esposo la gravedad de la falta, por lo cual fue reconvenido Carlos por don Eulogio.

Se llegaron los certámenes. Las familias de los estudiantes de *El Olivo* y *La Pradera* vinieron a la capital para asistir a esta interesante función. Al examinar a los dos estudiantes, Carlos se lució mucho menos que Fernando, pero lo clasificaron en el mismo grado, no obstante que este último había estado ocho meses seguidos encerrado en su colegio, y estudiando con toda formalidad.

Al fin del año se concedió un mes de asueto a los estudiantes, y los de *El Olivo* y *La Pradera* lo supieron aprovechar como era justo. Fernando desenvolvió su rejo de enlazar en el instante que

llegó a la hacienda. Los caballos no descansaban un solo momento; los cuidados de los padres se redoblaron, y todo volvió a recuperar la dicha de los días primitivos; Fulgencia, Genara, y en general todos los chinos y concertados les habían dado la bienvenida a los amitos, y varios otros hacendados mandaron el recado de los parabienes a las señoras. Pero en medio de sus glorias, Fernando sentía una falta, y era la franqueza de Isabel, que se había disminuído, según le parecía, y esto lo llenaba de amargura. Carlos disfrutó del asueto mucho mejor que su amado condiscípulo, porque él no se volvió a acordar ni de Carmelina, ni de Avelina, ni de la Conserva, ni de la Gólgota.

Fernando volvió a seguir como interno, y Carlos como externo; pero don Eulogio llamó a este último a su cuarto y le dijo:

—Voy a hacerle a usted cuatro prohibiciones, si es que usted quiere vivir en mi casa, y son las siguientes: usted no vuelve a pisar la gallera; no vuelve a salir de noche a la calle; no habla con Carmelina sino en la recámara, la sala o el comedor, a las horas que esté visible para las demás personas de fuera y, en fin, no le hace más cariños a Avelina que a las demás criadas de la casa.

—En todo será usted obedecido, pero me permitirá que yo a mi vez le diga que usted no es aquel hombre liberal que echaba contra las trabas sociales y contra todo género de tiranía. Y si los liberales de aquí de Bogotá no son sino fariseos, que cantan la libertad de una manera y la ejecutan de otra, yo quiero vivir entre los bueyes de mi hacienda que no ostentan libertad. Me someto a las condiciones que usted me exige, ¿pero qué motivo hay para que Carmelina no pueda conversar conmigo? ¿Por qué no ha de silbar, cantar,

reír y estar alegre cuando sus ocupaciones no se lo estorben?

Don Eulogio, encolerizado, dijo a su alojado:

—Mi amigo, si no le gustan mis reglamentos, usted es libre para buscar otra casa, o para volverse a destripar terrones a su hacienda.

—No, señor don Eulogio, dijo Carlos con la mayor frescura, no crea que yo me opongo a las órdenes de usted.

En la primera ocasión que se vieron Carlos y Ceferino, convinieron en establecer una gallera privada en la casa de María; y al efecto, juntando piedras y ladrillos formaron el circo en un pequeño corral, y con la mayor facilidad se hicieron a parroquianos, siendo el reverendo padre uno de ellos.

Para continuar asistiendo a los bailes de la gallera conservadora, inventó Carlos una salida extraordinaria por el balcón con los auxilios de la Radical (que vivía debajo) por medio de una escalera de pita. De esta manera se allanaron las dificultades, mediante el genio conciliador del estudiante de *El Olivo*. Era aplicado y cumplía con sus clases hasta donde se lo permitía su memoria, sin perjuicio de asistir a la gallera, al baile y a las tertulias del alto tono; y para seguir Carlos con los coqueteos de la casa, inventó el medio de escribir carticas en letra muy pequeñita, las que Avelina le pasaba a Carmelina al tiempo de servir el café, sin perjuicio de sus cariñitos, siempre que era posible.

Con la Radical, se comunicaba para los efectos del baile, haciendo aquélla como que conversaba con el loro y Carlos como que leía en el balcón.

Una tarde, por ejemplo, le decía la tendera a su compañero de posada:

—¡Patojito lindo!, ¿quiere usted bailar?... ¡ya sabe... ya sabe!

Carlos, leyendo, le dejó comprender estas palabras:

—Señaleme usted el día y la hora, decía el general, que yo estaré listo al pie de la muralla.

—Esta noche bailará mi patojito, ¿no es cierto?...

A los dos meses de una vida tan agradable, tuvo lugar un acontecimiento en la cuadra de don Eulogio, que vino a decidir de los estudios de Carlos:

Había rumores en la ciudad de una revolución que nadie podía comprender, porque unos decían que la hacían los conservadores, otros que los liberales gólgotas y los más que los liberales obandistas, que también llamaban draconianos en esos días. De consiguiente, había patrullas y mucho celo.

Como a eso de las once de una noche sumamente oscura, el capitán de una patrulla gritó descomunalmente:

—¡Ladrones!, ¡ladrones en la casa de don Eulogio!...

En el momento aparecieron luces por todas las puertas y ventanas, y el oficial, que era un capitán veterano, llamado Velásquez, rodeó con ocho soldados toda la cuadra, y él mismo, con tres más y un cabo, entró a la casa, y después de registrarla no halló sino un gato que se estaba robando la carne de la despensa.

El capitán quedó un poco avergonzado, y le dijo a don Eulogio que anduviese con cuidado, porque había visto entrar un ladrón por uno de los balcones. Pero no contento con esto el capitán se valió de una tendera para que se pusiese en guardia y le avisase de los resultados.

A los tres días le avisó la mujer al capitán que había visto subir a las mismas horas al ladrón, y que le parecía que la Gólgota lo estaba auxiliando.

Esa misma noche mandó el capitán cuatro soldados disfrazados que hiciesen la guardia a los balcones de la casa de don Eulogio, a favor de la oscuridad y de las paredes circunvecinas; a poco rato vieron un bulto que se descolgaba por los balcones, e inmediatamente lo rodearon los soldados, gritando:

—¡Alto ahí!, ¡al ladrón!

Sonó un tiro en ese momento, y desapareció el sujeto que lo disparó.

Los soldados no abandonaron su puesto, a pesar de que uno de ellos salió herido en un brazo, y al punto apareció la patrulla que estaba inmediata. Se buscó al conspirador o ladrón, que no pareció en la calle ni en las puertas vecinas. Para los soldados era un espanto lo que habían visto; pero no para el capitán, y se dirigió a la tienda donde vivía la Radical.

—Abra usted, le dijo, con voz moderada.

—Yo no abro mi puerta a estas horas, contestó la mujer.

—Es el oficial de la patrulla.

—¡Mucho menos! Yo nada tengo que ver con el ejército permanente. Yo no obedezco sino lo que manda la Constitución del 21 de mayo.

Conoció el capitán que había mucho de golgotismo en aquellas palabras, y pensó en un plan que salvase todos los inconvenientes. Dejó un piquete de guardia en la tienda y se retiró a su cuartel, después de dar parte al jefe de policía.

Al día siguiente se puso toda la cuadra en alarma, al ver la guardia de la tienda, y como a eso de las seis y media fue mayor la sorpresa cuando vieron que llegaba el alcalde con los alguaciles. La cuadra estaba llena de gente, todos los balcones y ventanas se hallaban ocupados como si hubiese toros en la cuadra. Doña Eulalia y Carmelina se asomaron también, las criadas ocuparon el zaguán, y todos esperaban el fin del drama.

Se acerca el alcalde a la puerta de la Gólgota, y golpea.

Nadie responde.

—¡Hecho la puerta abajo!, exclamó el alcalde, haciendo dar empujones terribles.

—Yo no tengo cuentas con los oficiales del ejército permanente.

—Soy el alcalde.

—Mi tienda goza de las garantías del asilo doméstico, que concede la sagrada Constitución del 21 de mayo.

Se conocía que adentró había apuntador, porque se oía una voz disimulada, como en el teatro cuando los actores no han tenido tiempo de aprender sus papeles, y crecía la expectativa de toda la gente.

—Hay denuncio de que un malhechor o conspirador se oculta en esta tienda.

—¿Está jurado el denuncio?

—No.

—Entonces se quebranta la Constitución del 21 de mayo, y no cedo sino a la fuerza brutal de un gobierno absoluto.

Al momento comenzaron a sonar las trancas, y el alcalde acabó de abrir la puerta, como quien descorre el telón del teatro delante de los ojos de un público numeroso. La decoración del interior la componían cuatro paredes cubiertas de láminas del *Charivari* de Londres, y de la *Risa,* periódico de España. Había una mesita llena de flores, peines, horquillas para el pelo y algunos papeles, entre los cuales se veía *El Neo-Granadino* y un libro con el título de *Las Aventuras de...* el resto estaba borrado. Fuera de un pequeño canapé de zaraza y dos taburetes, la tienda no tenía más adornos ni más utensilios. Un loro ocupaba la línea de un pequeño cancel de bogotana que formaba una especie de alcoba y sorprendido a la vista de tanta gente, a que no estaba acostumbrado, trataba de arrojarse al suelo, diciendo con gravedad:

—¡Daca la pata!

El alcalde separó una cortina y apareció a un lado una gallina echada en una artesa con nido de tamo o paja y a otro lado una cama con ricas colgaduras, atadas con primorosas cintas. Dio el alcalde unos pasos más y en el rincón de la alcoba estaba el estudiante de *El Olivo,* en pie como una estatua. El alcalde le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Carlos.

—¿Qué destino tiene usted?

—Estudiante.

—¿Qué hace usted aquí?

—Escapando de los tiranos de la fuerza armada, que me querían aprehender anoche.

—¿Por qué lo querían aprehender a usted?

—Porque salía de mi cuarto por el balcón y no por la puerta y por cierto que en esto no tiene que meterse el gobierno.

—Se le tuvo a usted como a ladrón.

—Protesto contra las apariencias y contra el ultraje.

—Usted ha herido a un soldado y debe justificar que no es ni ladrón ni conspirador. Siga usted para la cárcel.

Salió Carlos en medio de cuatro alguaciles en dirección a la cárcel. Iba con la casaca cubierta de tierra blanca, la corbata suelta y el sombrero muy apachurrado. Las señoras, que lo vieron desde el balcón, se llenaron de asombro. Pero pronto supieron la verdadera historia por la relación que les hizo una de las vecinas.

Don Eulogio acudió a la jefatura política y a fuerza de empeños logró sacar libre a su alojado, con la expresa condición de que no siguiese los estudios.

En consecuencia de esta resolución se fue Carlos al día siguiente, dejando arreglado con su amigo Ceferino que le mandaría el gallo y la gallina con un peón de mucha confianza.

Fernando siguió un año más en el colegio y después de su segundo certamen, en que salió muy lucido, se resistió a seguir, y continuó su carrera de campesino.

A Margarita, que también estaba en el colegio, la sacaron en la misma semana.

CAPITULO VII

LAS VUELTAS QUE DA EL MUNDO

Fernando, al volver del colegio, encontró multitud de reformas que lo dejaron admirado: un tramo de la casa, que daba al patio una vista sombría y desagradable, había sido variado; habíanle puesto a la sala dos ventanas más y el papel estaba reformado; en los potreros halló que las divisiones eran distintas y los cuadros de las huertas de otro modo; gastó mucho tiempo en recorrer los sitios en donde estuvieron los molinos de agua y los pabellones de los curubos. Y, ¡quién lo creyera! le fue muy sensible la quitada de un cerezo, cuyas ramas habían sostenido una especie de rotunda en donde celebraban sus asambleas principales todos los muchachos de las haciendas; halló enteramente transformado a su amigo Carlos. Se había propuesto éste desempeñar a don Gaspar y al efecto, tomó por su cuenta algunos de los negocios; trabajaba como un desesperado y esta decisión dependía seguramente del arrepentimiento de sus malos pasos en Bogotá. Estaba requemado por el sol y su traje era estrambótico: usaba unos zamarros muy anchos, de cuero de oso, una chaqueta color de avellana, de un corte sumamente anticuado; el sombrero era de *cosca* o *a la cosca* (de la misma calidad del que usaba ñor Juan Bautista, el concertado mayor y encargado

de ordeñar las vacas); sus espuelas de fierro eran tan grandes que a veces le estorbaban el libre uso de las piernas; la zurriaga que manejaba era un tronco grueso de palo de guayacán; las riendas del freno de su caballo no le cabían en la mano; el rejo de enlazar tenía veinte brazadas de largo; en una palabra, Carlos era el Robinson de los hacendados.

No fueron tan grandes los pecados que cometiera en Bogotá como fue de excesiva la penitencia que se impuso. Se levantaba a las tres de la mañana y aunque la escarcha fuera abundante, o los barriales cubriesen los callejones, él asistía desde antes de amanecer a la recogida de los bueyes para la arada o de las yeguas para la trilla y donde había que barbear un muleto o sujetar una yegua era el primero que estaba en el puesto. La barra, la horqueta y el azadón eran juguetes en sus manos, y en lo tocante al ayuno se las hubiera apostado a San Francisco de Asís, porque había días que se desayunaba a las seis de la mañana y comía a las seis de la noche.

No se había reservado de su mala o buena vida pasada sino la diversión de los gallos, para lo que tenía destinado un rato los domingos, pues había establecido las peleas en la parroquia, apostando en reunión de algunos buenos vecinos; comenzaba también a criar perros de cacería, de que nunca hizo uso hasta que volvió Fernando. Sin embargo de su escrupulosidad en los trabajos, Carlos era generoso con los peones, les pagaba con puntualidad y los trataba muy bien. Verdadero amigo de la humanidad, su nombre era bendecido por todos los necesitados.

Las relaciones de Carlos y Fernando eran de amigos, vecinos y condiscípulos y aunque no per-

tenecían a un mismo partido político, se trataban con la mayor confianza.

Las visitas de *El Olivo* y *La Pradera* le causaron sumo cuidado a Fernando. Antes de entrar al colegio no llegaban a *El Olivo* sino los compradores de muletos o ganado y uno que otro pariente; pero ahora no había día de la semana que no fuera una visita. Manifestó a Carlos su sorpresa y éste la encontró muy fundada, ambos se propusieron sacar el diario de una semana y el resultado fue el siguiente:

DIARIO DE LAS VISITAS DE LA HACIENDA DE «EL OLIVO»

1853—Julio

Lunes—Don Serafín de Olivos—A preguntar el precio de los muletos. Almorzó y se fue pronto.

Martes—Don Eustorgio Belalcázares—A preguntar si estaría en *El Olivo* un toro que se le había salido de su hacienda. Tomó chocolate.

Miércoles—Don Agamenón Hurtado—A llevar memorias de don Eulogio, de su señora y de su hija Carmelina.

Jueves—Don Eulogio Arellano—A encargar una ama para un chiquillo. No tomó nada.

Viernes—Don Emilio de Pauco y Bernal—A pedir posada porque la tarde se puso nublada y su casa quedaba lejos. Tomó café, y dio las gracias con mucho afecto, afreciéndose a toda la familia.

Domingo—Don Serapio Alarcón y don Arquimedes Uribe, a cazar patos en las lagunas de *La Pradera* y palomas silvestres en las montoneras

de *El Olivo*. Entraron a guarecerse del sol y tomaron leche y bizcochos.

Pero lo que más causó asombro a Fernando fue ver a Isabel, que de quince años y medio, estaba en el apogeo de su hermosura. Esto era para él más que prodigioso: era un encanto, una delicia; delante de ella quedaba como extasiado, casi se volviía loco. No le iba en zaga Rosalía, de catorce años y medio; y en *La Pradera* ostentaban sus gracias Justina y Margarita, como la luz que arrojan los diamantes puestos encima de un tocador. No les faltaba razón a muchos de los visitadores de las haciendas. ¿No visitan los viajeros el Salto, el Puente de Pandi y la cueva de Tuluní? ¿Qué prodigios de beldad más asombrosos que las hijas de don Gaspar y don Isidro? No faltaron quienes anunciasen en las fondas, en las esquinas y atrios de Bogotá, la existencia de nuevas bellezas en la Sabana. Isabel y Margarita pasaban por su lustro de hermosura y eran preconizadas por los poetas y pintores. Sus retratos eran vistos con avidez y en un periódico se publicaron unos versos en honor de la diosa de *El Olivo*, nada exagerados por cierto.

Margarita había aprendido dibujo y música en el colegio, Isabel tocaba guitarra, Carlos bandola y Fernando clarinete, y los domingos, día en que se reunían los vecinos, había baile en una de las dos haciendas, hasta las once o doce, que se retiraban a sus respectivas casas.

Los chinos habían crecido a la par de sus amos y eran ya mocetones de toda cuenta; maestros en las artes de torear, enlazar, jinetear, eran de los que pedían campo en los bailes de las ventas y las estancias. José María estaba colorado, gordo, alto de cuerpo y ágil como un gamo; Martín era su Orestes; Felipe y Salomón eran ya peones de

todo trabajo y estos y Fulgencia eran para Fernando personajes interesantes, porque se habían criado con él y habían merecido sus dádivas, sus caricias y agasajos y todos juntos se habían ejercitado en los primeros juegos de la infancia.

Genara, Fulgencia, Casimira y Simona, estaban inconocibles; se habían desarrollado casi de repente como las flores de la Sabana después de un invierno. Fulgencia era de una estatura recta y elevada como una palmera; su andar era imponente y en sus modales se descubría el tipo español de sus parientes; sus rosados colores, sus ojos negros y muy vivos, su pelo muy abundante y enteramente negro, su pie pequeño, su cara ovalada y sus torneados brazos mostraban ser de la raza de los conquistadores, aunque la llamaban la china, así como no dejan de ser vástagos españoles la mayor parte de las estancieros del nordeste de la Sabana, aunque los llaman indios los mestizos de algunos lugares, por no tomarse la pena de observar su barba, su pelo y sus facciones características. Fulgencia estaba reconocida por la arrendataria más bonita de todas las haciendas circunvecinas.

Notó Fernando, después de su vuelta de Bogotá, que Isabel y Margarita se habían aficionado a leer novelas sentimentales; un día se lo hizo notar a doña Mercedes para que las corrigiera; porque así como el baile es una delicia para la mujer, no solamente por el ejercicio que hace, sino porque se presta maravillosamente a la expansión, a la comunicación, a la aproximación de dos grandes secciones de la humanidad, que buscan la unión como dos cuerpos atraídos por el imán, porque cada pareja presenta una escena de amor al compás de las armonías y al brillo de una iluminación que deslumbra; así mismo suelen en-

contrar las señoritas novelas que les halagan el corazón y que las extasía con el buen estilo, la trama y los contrastes; ignorando, si puede decirse así, el veneno que encierran esos malos libros.

Había noches que Margarita se acostaba la última de todos los de la familia, por estar leyendo una de estas novelas.

Observado esto por Carlos, se quiso abrogar el derecho de prohibir en su casa los libros que se figuró pudieran ofender al pudor, al recato y alterar la quietud de sus hermanas.

¿Qué suplen, les decía, con leer libros que encienden las pasiones, que quitan la quietud, que hacen conocer secretos que no necesitan saber?

Fernando no leía sino de noche, porque todo el día lo gastaba en sus ocupaciones del campo. Sus viajes a Bogotá eran muy raros y a la parroquia no iba sino algunos domingos, volviéndose luego que pasaba la misa. Cada dos días visitaba la familia de *El Olivo,* así como visitaba cada dos días su amigo Carlos la casa de *La Pradera,* vio Fernando lo adelantado que estaba Carlos en el arte de arrojar el lazo, pero aquél se aplicó tanto que pronto le sobrepujó. El buen enlazador se forma con el ejercicio diario: *Nulla dies sine lineas,* ningún día sin echar el lazo. En la juventud sabanera es la enlazadura como el trompo, la pelota y la coca en los muchachos; como la baraja y los dados en los tahures, una pasión. Los sabaneros no montan nunca sin llevar el rejo puesto debajo de la coraza de la silla: lo llevan a Bogotá cuando van a hacerse cortar el pelo o a pagar en algunas de las oficinas del gobierno le grande tributo a que están sujetos.

Tomó Fernando una afición extraordinaria a los perros y a los caballos: entre él y su amigo

Carlos pusieron una docena de perros pintados, con los cuales iban al páramo a cazar venados, llevando de pajes o escuderos a Martín y José María, montados en muy buenos caballos. En las cacerías se juntaban con jóvenes de otras haciendas y de Bogotá: éstas reuniones son muy ponderadas por lo alegres y más que todo por la abundancia de chistes y ocurrencias admirables. Los sirvientes o concertados de las haciendas aprenden de éstas reuniones ciertas nociones, usos, costumbres que se ignoran en las chozas de las estancias y que mejor sería no aprenderlas jamás. De las clases altas sale la corrupción que pervierte las buenas costumbres de los pobres. Por eso los criados y muchachos de los cazadores no ignoran las perversidades de las grandes ciudades cuyos secretos les son familiares y componen el objeto de las conversaciones en las posadas o caminos. Por esta razón se dice que los muchachos de las haciendas que han sido o son cazadores de venados, son *cuadrados* esto es, toreadores, enlazadores, jinetes y, sobre todo, tunantes.

Ya llevaba Fernando algunos meses de estar en *La Pradera,* echándose de ver lo mucho que había cambiado por la edad y la estada en el colegio. Sin embargo de que su modestia era grande, no dejaba de tener algunas molestias por su amor a la justicia, dos cualidades pronosticadas por el frenologista, las cuales estaban en absoluta contradicción. En Carlos sucedía lo contrario, porque su pasión por la guerra parece que estaba en pugna con sus principios radicales y humanitarios que procuraba poner en práctica en el gobierno que ejercía al lado de don Gaspar. Según la historia de éstos dos hacendados, vamos a ver lo que puede la educación y lo que pueden las pasiones secundarias al lado de la pasión predominante indicada en los órganos del individuo.

La familia de *El Olivo* visitaba un domingo *La Pradera* y al segundo se pagaban la visita. Uno de estos domingos estaban reunidas las dos familias en *La Pradera* y después de pasear todas las huertas y jardines, se bajaron a un declive a la orilla del río, por la alameda de nogales, sauces y raques que cubría el camino. Rosas de todas las clases conocidas adornaban los dos costados y el cielo era un techado completo formado por las ramas de los árboles y de los bejucos de los curubos, de suerte que el paseo era delicioso. Estaba a la orilla del río un corral de cerdos, con sus respectivas ramadas y cerca había un antiguo horno de chircal, circundado de varias flores silvestres.

Los chinos se dispersaron, unos a coger flores de curubo para chupar la miel que encierran; otros a sacar de la tierra los taches, que son unas raíces o tuberculos cristalinos, de menos de una pulgada de largos, que se hallan precisamente a la raíz de una plantica, que pertenece a los asideros y que no pasa del tamaño de cinco pulgadas; la gente grande se deleitaba con la vista del río, sobre cuya mansa superficie asomaba de cuando en cuando una chinita pitaguaya, especie de gallinita acuátil, de colores muy vivos y de ágiles movimientos.

No se notaba a primera vista si la corriente era para el oriente o el ocaso y sus cristalinas aguas dejaban descubrir el fondo y lo que en él descansaba. La grama, la plegadera y el poleo adornaban los barrancos altos y la bijuacá los sitios bajos, donde se venía a confundir el prado con las aguas del río. Algunos alisos y chilcos se elevaban en la orilla, desde donde descendía en ocasiones un paparote a sacar con el pico alguna mariposa o escarabajo, que luchaba en la superficie

del agua con los horrores de la muerte, para volver a comérselo escondido entre las ramas.

El lavadero de la casa se hallaba cubierto por un aliso, y circundado por unas matas de rosa, lo cual con el piso cubierto de plegadera, que lo rodeaba por la parte de la pequeña ribera, le daba una vista encantadora. En este sitio se habían sentado Fernando e Isabel y después de un silencio de varios segundos, dijo Fernando.

—Son indescifrables las vueltas que da el mundo.

—¿Por qué? Le preguntó Isabel.

—Lo digo por las variaciones que encuentro a cada momento en esta hacienda y la de *El Olivo*. En menos de dos años que me hallé ausente hay cosas que son enteramente desconocidas.

—Hay cosas que varían sin remedio, pero otras son permanentes. ¿Esta corriente, por ejemplo, no era así de oriente a poniente, como antes de que usted se fuese para el colegio?

—¡Oh, sí!, pero hay variaciones de que estoy muy afligido.

—¿Como cuáles? Fernando.

—Como la de usted, Isabel, que ya no es la misma.

—¿Por qué? Fernando.

—Porque muchas veces ni aun permite que me acerque a usted, Isabel. Está seria, incomprensible y es seguramente que ya no valgo para usted lo que antes.

—¡No, Fernando! Lo mismo, lo mismo; yo lo estimo como siempre.

—Eso no es cierto; no hallo ya la misma confianza que reinaba entre nosotros y con esto ha cambiado el universo para mí. ¿Y si el motivo son las visitas de *El Olivo*?...

—No diga eso, Fernando; las visitas, ¿por qué?

—Porque alguno de los visitantes habrá cautivado su corazón.

—Nada de eso.

—Pero usted ha variado.

—No es sino que la edad y los usos y costumbres de la sociedad han puesto una valla entre los dos. Yo también me lamento de que hayan pasado esos felices tiempos de la infancia, en que todos juntos nos divertíamos en estos campos y huertos, sin pensar en otra dicha posible que en la del círculo de las haciendas y sin anhelar otra sociedad que la nuestra; pero la edad ha corrido un velo, separándonos de ese feliz pasado que ya no volverá.

—Pero nos queda un consuelo. El sentimiento que une los corazones definitivamente, viniendo a ser un lazo permitido y bien mirado en la sociedad y de una intensidad más valiosa que las caricias de la infancia. Tal sentimiento es un fuego que abrasa mi corazón. La amo a usted y la amo con mi primer amor, porque a nadie he querido antes de usted, ni habrá jamás en el mundo otra criatura a quien yo pueda querer.

Isabel se puso muy colorada y miró hacia los grupos de la familia, temerosa de que hubiesen notado estas palabras. Sintió una extraordinaria emoción y calló, metiendo la mano en el agua para sacar un escarabajo que navegaba sobre una hojita de aliso, próximo a perecer.

—Pero si usted, continuó Fernando en el mismo tono de profunda ternura que antes, si usted no llega a concebir por mí el mismo grado de cariño que yo le profeso; si usted ha variado en mi ausencia, como lo temo, entonces mi fatal suerte está decidida.

—Fernando, yo no puedo decirle desde cuándo lo aprecio: sólo sé que nos hemos criado juntos y que lo quiero como a un hermano. Ignoro cómo se pueda querer más; pero sí le aseguro que no hay otra persona a quien yo le tenga más cariño, ni podrá haberla jamás.

Justina y Margarita se acercaron a lavarse las manos en el mismo sitio del río donde estaban Isabel y Fernando; poco después las familias regresaron a las casas. Hubo un pequeño baile esa noche, después de un famoso refresco y en sus intermedios no cesó Fernando de dirigir a Isabel sus obsequios y manifestaciones del modo más expresivo.

A las doce se fue la familia de *El Olivo*. Isabel se quedó meditabunda y hasta le llegó a consultar a su querida madre, pues que no sentía por Fernando más impulso que el de un cariño fraternal.

CAPITULO VIII

LOS RODEOS

Las grandes recogidas de animales en las haciendas se llaman *rodeos;* pero se da más especialmente este nombre a las operaciones de herrar los terneros, los potricos y los muletos, lo cual se hace todos los años, por lo regular en los meses de junio o julio.

Había convidado don Isidro a la familia de *La Pradera* para los rodeos de *El Olivo,* que se debían hacer el 1º de enero de 1854; estaban invitados, además, varios otros vecinos de las haciendas y de la parroquia y dos caballeros de Bogotá, llamado uno de ellos don Euclides Zambrano, practicante de medicina y muy adicto a Isabel desde que la vio en el Coliseo; y don Canuto Sánchez Mora el otro, aficionado a Margarita, ya algo cascado, de talla que le daba un aire poco aceptable como novio, pero que contaba con los atractivos de su riqueza que, según se decía, consistía en una casa, una quinta y unas cuantas onzas de oro.

Después de reunidos los convidados el día citado, se presentaron dos caballeros, a guisa de cazadores de escopeta, a las corralejas de la hacienda y se pusieron a observar, porque, según lo dijeron, les gustaba mucho ver enlazar.

El teatro principal de la función era la corraleja y los balcones y las cercas servían de palcos.

La corraleja era un cuadro de cuarenta varas de ancho, cercado de cepos, esto es, de muy gruesos palos de tíbar, clavados perpendicularmente en la tierra, con varios agujeros entre los cuales estaban metidas algunas varas al través, capaces de contener el ímpetu de los toros más esforzados. Esta corraleja estaba anexa a otras dos, con las cuales se comunicaba por medio de puertas de golpe o de gruesas talanqueras y tenían salida todos estos corrales al llano inmediato, que era un potrero muy bien encerrado por cercas de piedra en algunas partes y por cepos o zanjas en otras. La corraleja principal tenía dos bramaderos de tuno, en los cuales se daba vuelta a los rejos para sujetar el animal enlazado. Por el lado de afuera de la corraleja se levantaba una delgada columna de humo de una hoguera de huesos de animales y de troncos de madera, en la cual se estaban calentando los fierros para marcar los nuevos productos de las crías.

El largo corredor exterior de *El Olivo* servía de palco. Allí estaban las familias de ambas haciendas y la de *El Tunal.* Las amas cuidaban de seis preciosos niños y se hallaban cerca de las señoras y con muy justa razón, porque los rodeos tienen situaciones azarosas para los chiquillos y sus directoras. Nada faltaba en aquel palco, que no podría igualarse a uno de los mejores del teatro de Bogotá.

Justina, Isabel y Margarita habían ya dado golpe en el coliseo, y Elvira, la princesa de *El Tunal,* no desmerecía nada junto de sus amigas; sus trajes no eran lujosos pero sí de mucho gusto. Las señoras de *El Olivo* y *La Pradera* no eran orgullosas; los vestidos que usaban no desdecían en

nada de los mejores que se ponen en Bogotá. Ocasiones había que usaban sombreros de palma, pañolones de algodón y camisones de muy ordinaria zaraza. Ellas se merecían más por su buen trato y por sus virtudes, que por el aparato de la riqueza: el balcón de *El Olivo* era el Olimpo de la Sabana.

Las bellezas de la clase descalza se habían subido a las cercas, o para ver mejor, o para ser mejor vistas, porque las muchachas descalzas como las calzadas no se componen para esconderse sino para que las vean. Fulgencia era la más visible, tanto por el puesto que había escogido junto de una puerta de golpe, como porque su hermosura la hacía brillar al través de su humilde traje de arrendataria de la Sabana. Tenía un sombrero de palma, nuevo, con cinta negra, mantilla azul de bayeta de castilla, con la cual contrastaban sus blancos colores que publicaban su raza latina bastante pura; eran de frisa del país sus enaguas, un poco más esponjadas que otras veces, puesto que se hallaba con su traje mejor, diferenciándose del que usaba entre semana; tenía buen pañuelo de seda, cobijado sobre su camisa de arandelas bordadas de hilo colorado y negro.

Estaba hilando un copo de lana color de púrpura, en el cual tenía metida la muñeca de la mano izquierda y con los dos dedos de la derecha hacía bailar el huso, alzando cada rato sus blancos y gordos brazos, con admiración de los dos bogotanos, que se gozaban en observar el huso muisca en manos de las ciudadanas de los contornos de la capital, cuando se vocifera tanto de las mejoras del siglo y de la República, a los trescientos años de haber heredado los colonos algunas de las artes de los chibchas. Debemos también advertir que Fulgencia tenía la lana con

la cochinilla que ella misma recogía de los nopales silvestres.

Cerca de Genara estaba María Cogua, hija de ñor Marcelino Cogua, vecino de Engativá, indio puro, de unos sesenta y cinco años de edad, benemérito por sus servicios a la causa de la Independencia, pero tan pobre que ganaba la comida limpiando zanjas entre el lodo y las aguas detenidas, cuando se lo permitían sus enfermedades adquiridas por las heridas que había recibido en Junín, Pichincha y el Santuario. La mencionada María solía trabajar en *La Pradera* y en *El Olivo* en el tiempo de siegas y era muy estimada de Fernando, admirador entusiasta de las glorias de ñor Marcelino. No desmerecía en nada la hija del veterano al lado de las mejores arrendatarias de *La Pradera*. Estaba retocada su bronceada tez con los colores subidos de la salud y de la juventud y sus ojos, aunque no eran grandes, tenían toda la dulzura y toda la perspicacia de la raza muisca. Era mediana de estatura y los movimientos de su bien conformado talle le daban un aire muy capaz de poder llamar la atención, a pesar de su traje completo de frisa ordinaria y de un sombrero socorrano de la ínfima calidad.

Los viejos y los niños se hallaban por fuera de la cerca y toda la gente estaba aturdida con el continuo bramar de los terneros, el mugir de los toros y el relinchar de los caballos y yeguas. Todos tenían sus rejos de enlazar en la mano, los miraban y componían el lazo, cuando gritó el viejo Juan Bautista, que cuidaba de la hoguera, que los fierros estaban listos.

Al punto entraron al corral todos los enlazadores. Carlos les ofreció rejos a los dos bogotanos, pero ellos se excusaron, diciendo que no enten-

días la materia, ni aun para entrar en clase de colaboradores en la obra magna de los rodeos.

Ordenó don Isidro que todo el que enlazase una bestia quedaba obligado a derribarla, porque él sabía que en todas las profesiones hay zánganos que gustan más de chupar la miel que de trabajarla.

Se comenzaba por la recogida de las yeguas y luego que éstas fueron introducidas en la corraleja mayor, se dio la orden.

Caían los rejos como aguaceros sobre los pescuezos de los potricos y muletos. Las yeguas corrían como venados por escapar y la polvareda tenía oscurecida la corraleja. El muleto que era enlazado saltaba y relinchaba cuando se le sacaba a tirones a lo limpio para derribarlo: esto se hacía barbeándolo, enlazándolo de las patas y tirándolo del rabo. Para barbear un muleto se le van por el rejo, lo cogen de las orejas, no impunemente, porque el interesado se defiende tirando manotones y dando brincos estupendos; luégo se pasa el vaquero cerca del pecho del muleto y le coge la quijada con la mano derecha y se la tira, torciéndole el pescuezo, hasta que se deja caer el animal; entonces su contrincante se le hace al cuadril para evitar las patadas, teniéndole siempre de las orejas.

Esto había hecho José María con un muleto y luégo que le enlazaron las manos y las patas con los rejos gritó «fierro» y Fernando acudió en el instante, le puso la marca muy superficialmente, porque los vaqueros tienen una regla que expresan con este adagio: «la res al cuero y la bestia al pelo». Estaban listos otros potricos y muletos, y Carlos y Fernando corrían con el fierro en todas

direcciones: unos enlazadores arrimaban ya su presa, otros enlazaban y esta maniobra le daba una animación a todo el espectáculo, difícil de describir.

Se siguió la arriesgada operación de tonsurar o atusar las yeguas; arriesgada, digo, porque no siempre se ejecuta sin que haya una o dos muertas o lastimadas y porque están seguros los peones o vaqueros de salir heridos o contusos al cogerles la oreja a la fuerza de su brazo, porque son soberbias, indómitas y delicadas. Se dice que los árabes no les quitan jamás la crin a las yeguas y en esto tienen mucha razón, porque se afean y por otra parte, la muerte de una sola no recompensa el valor de las crines de toda la recogida.

Fernando y Carlos cedieron el fierro de herrar a don Isidro y a don Gaspar y ellos tomaron sus rejos, porque la enlazadura de yeguas ariscas es mucho más difícil y delicada que la del ganado bravo. Carlos mostró a todos la yegua que iba a enlazar: era la más arisca, la más ligera y la más hermosa; una alazana de muy buena cría. Iba corriendo entre otras por una orilla del corral y le tiró Carlos un chambuque con la mitad del rejo, que la dejó enlazada del pescuezo. La hizo pasar por cerca del bramadero y dio la vuelta con el resto del rejo, el que, al fuerte tirón de la yegua, produjo una especie de humareda, pero el animal no sufrió daño ninguno, porque Carlos aflojó un poco, lo que se llama soguear o dar cuerda. Fernando enlazó esa misma yegua de una pata y sostuvo el rejo metiendo cintura. Se le fue de frente José María y la asió de las orejas con sumo trabajo, porque ella se defendía hasta donde le era posible. Martín la cogió del rabo y en el acto cayeron dos cuchillos bien afilados sobre las

crines de la cola y del pescuezo y en menos de dos minutos estuvo esquilada. Al retirarse la alazana del lugar que le sirvió de tocador, salió trotando, con el brazo alzado, haciendo una mala figura, probablemente porque se rió toda la gente de verla.

De esta manera se procedió con todas las matronas, no saliendo sino una sola lastimada de un brazo entre sesenta o setenta que se esquilaron en poco más de un cuarto de hora.

Después se herraron cien terneros mansos del hato de ordeñar, en lo cual no se gastó sino una media hora, porque no oponían sino muy poca resistencia.

Hubo un entreacto para descansar y para tomar algún refrigerio.

Los peones estaban cubiertos de polvo y con excepción de los trajes, cualquiera los hubiera tenido por un grupo de cazadores de Suiza. Eran blancos y colorados casi todos, forzudos y muy robustos.

Tocaba en seguida la herranza de los terneros de los hatajos del ganado arisco, que se mantenía en las lomas y matorrales del oriente de la hacienda y los vaqueros tenían que habérselas con terneros que jamás habían sentido el rejo de enlazar en torno de sus pescuezos. Los terneros que pudieron ser cogidos bramaban y saltaban y algunos acometían a los vaqueros, de lo cual resultaba la confusión más espantosa, levantándose la polvareda como una nube, pero los terneros fueron cayendo todos al suelo, ya barbeados, ya enlazados. Carlos y su amigo Fernando corrían a ponerles el fierro. El olor de la quemadura como los berridos de los teneros, indicaban ya el término de la obra y luego se repetía en otros terne-

ros que ya estaban listos. El mayordomo les rajaba las dos orejas y con esto quedaban completas las marcas.

Estos animales, sedientos de venganza, atacaban a los vaqueros que estaban sujetando a sus compañeros de infancia, lo que producía un alboroto indispensable; sucediendo que unos vaqueros caían por tierra, otros soltaban la presa y los más se enredaban con los rejos; los silbos, la risa y los gritos eran consiguientes a la escena, entretanto que los bramidos del ganado aturdían los oídos del numeroso público.

Don Canuto y su compañero miraban, subidos sobre la cerca, todas estas faenas, sin perjuicio de dirigir su vista hacia las divinidades de los balcones, entre las cuales Isabel y Margarita se distinguían desde lejos, más por su belleza que por sus trajes, que a la verdad eran sencillos. Si estas dos reinas de las haciendas ponían sus ojos sobre algunos sujetos, de preferencia, eso nadie lo comprendía. Si amaban, era un secreto de ellas solas, que su discreción, su modestia y su respeto al público tal vez les hacía mantener oculto dentro de su corazón. Quizás amaban, pero no con aquella violenta pasión que las más de las veces es funesta en sus resultados. Si Margarita y su amiga Isabel amaban, nadie lo sabía y por consiguiente ellas no eran el objeto de las conversaciones de las haciendas y de las estancias.

Aunque muy atentos a los luceros de los balcones, nuestros dos bogotanos no dejaron de extender sus miradas sobre las hijas del pueblo, comprendiendo muy fácilmente que las miradas de Genara y de María Cogua se fijaban de preferencia sobre Carlos y Fernando, y que las de Fulgencia se dirigían únicamente hacia los pasos y movimientos de José María, el concertado, mu-

chacho o asistente de Fernando. Por poco que se haya estudiado la ciencia de los amores, se sabe que en unas fiestas es en donde se conocen los que se quieren, llevando muchas veces los rodeos el carácter de fiestas. Personas hay a quienes les importan estos descubrimientos y son las que primero los advierten.

Cuando todos estaban entretenidos, unos enlazando, otros derribando, otros poniendo el fierro, un toro le dio un empellón a la puerta del corral donde estaba encerrado y la levantó del zócalo con los cuernos, haciendo caer desde encima de la cerca a Genara y a María, y se presentó furioso en el corral en que se funcionaba. Fernando se hallaba a caballo, los demás corrieron a prenderse de la cerca de cepos y el espanto reemplazó a la actividad que reinaba en las operaciones de la herranza. El toro corría en rededor de la cerca, bramaba y daba topes, queriendo acometer a las gentes que estaban por fuera. La historia de aquel monstruo era conocida y todo el mundo temblaba de miedo, no creyéndose seguras ni las mujeres que se hallaban sobre la última vara de la cerca, entre las cuales estaba Fulgencia, pálida como una azucena.

Este toro se llamaba el *Colorado de los Desiertos*. Hay aun entre los animales notabilidades que una mano invisible favorece para que sirvan de terror y espanto a la tímida humanidad.

Después de unas vueltas infructuosas por el corral le puso la vista el toro a la puerta que comunicaba a la Sabana, la arrancó y se fue con ella en los cuernos por más de media cuadra, desapareciendo pronto de la vista de todos los espectadores.

Se subsanaron los daños y se calmaron los espíritus después de una catástrofe tan alarmante y los vaqueros continuaron hasta concluír con la herranza de todo el ganado de cría.

Llegó el tiempo de comer: los ciudadanos de la clase calzada fueron invitados a la mesa; dejaron los rejos en un escaño del corredor bajo, se lavaron las manos y se limpiaron el polvo. Los vaqueros se quitaron las espuelas y los zamarros para entrar. Don Isidro convidó a comer a los dos bogotanos, los cuales fueron recibidos con la hospitalidad de los antiguos sabaneros que ha sido hereditaria y tradicional hasta nuestros tiempos.

Se sentaron veinte personas a la mesa, en la cual sirvieron Martín y José María, bien lavados, arremangados y muy placenteros, dando a conocer que estaban diestros en el servicio. Las señoras eran ocho, habiendo cinco en toda la plenitud de su tercer lustro, lustro que es el más alagüeño en las familias y en la sociedad entera. Los trajes de las señoritas no llamaban la atención sino por la sencillez y el buen gusto, como antes hemos dicho y en cuanto a sus cabezas parece que la iban a la par de sus corazones, porque nada tenían de exagerados ni en flores, ni en cintas, ni en bultos artificiales. Isabel tenía una rosa blanca sobre su pelo de ébano y Margarita una zulia.

La comida era una boda. Nada faltaba de lo que pudiera presentarse en un convite de la capital y fuera de eso doña Josefa, un poco amiga de las antiguas tradiciones de sus mayores, había agregado una famosa fuente de papas con queso, la mazamorra hereditaria y los bollos de mazorca, que no fueron mal mirados ni aun por los dos bogotanos, que serían los menos adictos a los hábitos de la colonia. Los vinos que se sirvieron

eran exquisitos y don Canuto no tardó en dirigir un brindis a las señoras, en el que dijo:

¡La hacienda de *El Olivo* es el Edén de la Sabana; dichoso el corazón que palpita al lado de uno inocente, nutrido con las influencias de la vida patriarcal de las haciendas! ¡Brindo por la paz, la abundancia y la quietud de esta deliciosa hacienda!

El bogotano joven tomó la copa en seguida:

—¡Brindo, dijo, porque todos los dones del progreso y de la civilización del siglo XIX se aglomeren sobre los horizontes de *El Olivo!*

—¡Brindo, dijo don Gaspar, porque nos dé Dios un buen gobierno, para que no haya revoluciones en la Nueva Granada, que son las que se oponen a la civilización, dicha y prosperidad de los pueblos y de las haciendas!

—¡Brindo, dijo Fernando, porque veamos triplicadas las crías de la hacienda de *El Olivo* en los rodeos del año que viene!

—¡Brindo, dijo Carlos, por el rejo de enlazar, que es la dicha de los vaqueros!

Las frutas, postres y dulces de la comida correspondieron a la grandeza de todo el banquete, el que terminó entre los aplausos de los brindis y peroratas.

La gente de la clase descalza comió en el corredor bajo, que daba vista a la gran corraleja. Los potajes principales fueron la mazamorra y las papas cocidas, y su vino, la chicha que corría a par del huso y la piedra de moler y a despecho

de los buenos discursos de los apóstoles del progreso de la Nueva Granada.

En las gradas de piedra estaba el grupo de las bonitas concertadas de las haciendas. Susana, una de las criadas de más categoría, vino a buscarlas con una fuente de los potajes más exquisitos y con una botella de Oporto. Aquello mostraba, o mucha amistad de las arrendatarias con las criadas, o mucha deferencia de los patrones por las proletarias de sus haciendas.

A un rato de terminada la comida mandó don Isidro soltar un ternero al corral para que lo toreasen los aficionados. Las señoras volvieron a ocupar su palco en compañía de Fernando y Carlos y de los dos bogotanos, ocupando todos las sillas y canapés que estaban cerca de la baranda.

El corral era una plaza de fiestas. Los grupos hormigueaban adentro y los espectadores reposaban al pie de las cercas o encima de ellas. Los vaqueros más veteranos sacaban sus lances con destreza y recibían aplausos; los muchachos corrían o caían en el polvo, y los gritos, las palmadas y los silbidos atronaban la plaza. El ternero se llevaba alguna ruana en los cuernos, o batía a alguno de los chinos y se iba a reposar en uno de los rincones, a donde lo seguía la chusma con horrible algazara.

Entretanto los bogotanos se insinuaban lo mejor que podían con las señoras de los palcos.

—Usted es muy amable y digna de ser amada, le decía don Euclides a Isabel.

—Allá cayó uno, gritó doña Josefa. Vean cómo se ha levantado lleno de polvo.

—Yo me asusto de ver torear, dijo Isabel.

—Con mucha razón, señorita; un corazón humanitario, nacido para amar y ser amado, no puede menos de rechazar esta barbarie.

—¿No le gustan a usted las corridas de toros?, preguntó Fernando al bogotano.

—Poco, contestó don Euclides, y en esto la voy con los escritores de Bogotá, que han criticado de bárbara esta costumbre de torear.

—Permítame usted que le diga que esos señores escritores de Bogotá no son sino plagiarios de Jovellanos y de otros visionarios que escriben por escribir. Dígales usted que mientras que la Nueva Granada no esté tan poblada como la Francia y que mientras haya criaderos de ganados de mil y hasta de cinco mil reses en una sola hacienda, nosotros no podremos echarles la jáquima a los toros para llevarlos a los establos a darles heno cortado con la hoz y a cubrirlos con frazadas de merino. Así se conversa, se secribe y se legisla, sin conocer las costumbres de los pueblos ni las posiciones sociales y locales que ocupan las clases.

—Sin embargo, repuso don Euclides, no me parece razonable que en el siglo del telégrafo eléctrico y de los vapores, se conserven prácticas como la de hacer matar a los gallos, hacer que los proletarios se expongan a los cuernos de los toros y que se practiquen los ejercicios militares tan indignos de la humanidad.

—Pero habiendo necesidad de lidiar con ganados bravos, es mucho mejor estar prevenidos y ejercitados para que haya menos desgracias. Y esto es lo que sucede con estos juegos de los vaqueros. Y lo mismo le digo a usted con respecto a la milicia. Mientras que las grandes manadas de usurpadores no se dejen echar la jáquima, es mejor que los pueblos se adiestren en la defensa.

—Ya el ternero se está *achucutando*, dijo doña Mercedes. Un toro en la plaza es de lo más parecido a los presidentes de la Nueva Granada.

—¿Por qué?, dijo la tía Choma.

—¿No vieron éste? Estaba con ganas de salir del coso; amenazaba por entre la cerca a los que iban pasando y así que lo soltaron embestía con la cabeza muy levantada; la gente le tenía recelo; se atrevieron los más diestros a sacarle los primeros lances; otros se fueron animando después y cuando él se les iba, le hacían el lance y corrían a la barrera de talanqueras, y de ahí no pasaba; las talanqueras de la barrera son las garantías de la chusma. ¿Qué hace el toro si huyen a la barrera todos sus enemigos?

—Pero vea usted a José María cómo se dejó alcanzar del torete y parece que se ha reventado la boca; allá corre Fulgencia a la novedad.

—Un descuido, continuó doña Mercedes. El ternero está ya fatigado; los muchachos le ponen la ruana en los ojos; cayó Pericón más adelante; qué alboroto, ¡Dios mío!, ¡qué algazara la que se ha levantado en el público!

—Es porque ese buchón nunca se había metido al corral. No obstante, ya conducen el ternero los vaqueros y los muchachos, cogido del rabo y de las orejas, y le abren la puerta para que se vaya... Sale otro: un pintado más grande, que brama y escarba como una fiera.

—No le durarán mucho los bríos.

—Sí; ¡pobre! Es imposible que resista. Que echen el *Colorado* a la plaza; aquel que se lleva las puertas en el cogote, aquel de que hablan prodigios los arrendatarios y al que le tiemblan todos como a un demonio del infierno.

—Entonces, entonces la cosa sería de otro modo.

A su vez el doctor Zambrano no había estado ocioso, pues que de vez en cuando le dirigía a Margarita sus galanteos en muy ingeniosas figuras.

Se acabó la corrida de toros con el día y se dispersaron las gentes de la barrera.

De pronto se iluminaron los corredores y los salones, y cuando fue tiempo, se dio principio a un baile en el gran salón de la hacienda.

Carlos invitó a los dos bogotanos, y con los demás convidados y los de las dos haciendas hubo número para un baile muy regular, con música de bandolas, tiple, guitarra y y pandereta.

A Isabel le gustaba el baile pero no con entusiasmo; y los bogotanos conocieron un conjunto de magníficas cualidades en las señoritas en los cortos ratos que pudieron conversar con ellas.

Fulgencia, Genara y María no dejaron de criticar las contradanzas y el valse, en cuyos bailes las señoras se dejaban estrechar más de lo que ellas permitían en sus bailes del torbellino y la manta.

A las doce terminó el baile, retirándose la familia de *La Pradera,* lo mismo que los demás vecinos y los bogotanos; pero éstos se fueron a quedar a la parroquia más cercana, porque la noche se puso sumamente oscura.

CAPITULO IX

EL TORO COLORADO

Al día siguiente de los rodeos fueron convidadas las señoras de *La Pradera* por don Isidro a dar un paseo a caballo por las estancias y las sementeras de trigo y cebada. Media hora después del almuerzo ordenó que los caballos se pusiesen en torno de la piedra de montar, que era un cubo con un escalón de otra piedra más baja. Fernando tenía cogido de la rienda el zaino de Isabel; ésta subió a la piedra con la mayor ligereza y poniendo el pie en el estribo que Fernando le presentó, se quedó en esa actitud mientras que aquel pasó al lado opuesto a sostener el galápago por la horqueta; entonces ella subió al asiento y recibió las riendas de manos de su galán; los pliegues del anchuroso traje no habían quedado en la correspondiente colocación y al punto el joven los compuso con tanta destreza como no lo hubiera hecho Susana, la ayuda de cámara de Isabel.

Este capítulo de la urbanidad rural no lo renunciarían los jóvenes hacendados, aunque supiesen que en el instante de ejercerlo se estaba quemando la montonera.

Fernando se agachó, apretó la cincha y la sobrecincha, y se retiró a coger el caballo para Rosalía.

El bayo de Margarita era manso pero muy vivaracho, y Carlos gastó más tiempo que Fernando en componerle a aquélla el traje y apretar las cinchas del galápago. Tal vez por haber quedado un poco apretadas las cinchas de los caballos de las señoritas rabiaban por emprender la marcha y tal vez por eso mismo tomaron la vanguardia en todo el paseo, o quién sabe si estos animales, sujetos a la vida monótona de las pesebreras, sentían ahora el aire de los campos y las afinidades simpáticas de la especie, al ver las yeguas, caballos y potros mordiendo a su gusto la yerba que crece espontáneamente en las sabanas.

Los caballos de las muchachas parecían estar orgullosos, al partir de las corralejas, por las hermosas beldades que los dominaban. No así el morcino de la tía Choma y el alazán de doña Josefa, que necesitaron de un recuerdo para dar los primeros pasos de su viaje: la edad apaga los espíritus en todas las especies, y se conformaban muy bien los genios de las dos señoras con el carácter de sus caballos.

No corría mucho viento y el cielo estaba despejado y puro, pues se andaba en el mes de julio, en que se disfruta en la Sabana de unos días tan bellos como los de diciembre. Es el tiempo de ver las sementeras próximas a la cosecha, y por instinto nos alegramos de la abundancia de lo que nos mantiene la vida. Un paseo que se hace en el campo por las orillas de las sementeras y sobre esas alfombras de grama de nuestra Sabana y en un caballo de paso blando y talla majestuosa, es una delicia, y mucho más si, como Carlos y Fernando, se hacen en compañía de una beldad.

Ellos se habían adelantado por acompañar a Margarita y a Isabel, cuyos caballos no podían contener.

Al descubrir las señoras el horizonte de trigo, de cien cargas de sembradura, meciendose al dulce contacto del aire, tuvieron la sorpresa que Balboa al descubrir el océano Pacífico. No se llegaba al fin de la sementera, a pesar de que los caballos andaban a todo el paso; no pudiendo menos que sentirse abrigadas de una deliciosa poesía todas las personas del paseo. Dichosos los sabaneros de Bogotá que puedan pasear en familia sus sementeras en un tiempo en que la paz les asegure la propiedad de sus ganancias.

Al fin llegaron las unidas familias a la estancia de Los Alcaparros. De la pobreza combinada con el orden, el aseo y el buen gusto resultaba una pintura dotada de tierna melancolía al ver lo pintoresco de la pajiza choza, cuya puerta principal estaba formada de bejucos y varas, y la que resguarda la salita era de cuero, y el piso natural que ostentaba el patio y el corredor, y los árboles indígenas de los contornos. Los tres alcaparros del patio y cuatro o cinco arbolocos piramidales de la orilla de la cerca le daban un aspecto raro a la estancia, que pasaba el orden de lo bello y de lo poético. Este golpe de vista tenía sus encantos como los puede tener una quinta o un soberbio palacio. Hay espíritus para los cuales tiene la humildad sus atractivos, cuando está retocada por la mano del aseo.

En el corredor de la casita había un telar para tejer ruanas, por el mismo estilo del que usaban los indios chibchas. Trescientos años de civilización colonial y cincuenta de civilización republicana no han podido dar todavía a los moradores de Cundinamarca los objetos industriales que puedan sustituír las tres piedras del fogón, los telares, el huso, las puertas de talanquera, los lavaderos

de piedra y la piedra de moler de las cocinas de los pobres y de los ricos.

En el acto de acercarse las señoras salieron *ñuá* Petronila y Fulgencia a abrir la puerta de talanqueras, invitando a sus señoras a que se desmontasen. El gozo de las dos estancieras no tenía límites; sus maneras, dichos y ofrecimientos hacían conocer la sinceridad con que recibían la visita de alto tono.

Después que las señoras descansaron unos momentos en la salita, todas las jóvenes se salieron a revisar la cocina, los surcos de la sementera y el cogedero de agua. El interior de la sala no tenía de curioso sino el altar en el cual aparecía la Virgen de Chiquinquirá en un cajón cuadrado, con sus tablitas de abrir y cerrar y algunos adornos de talco y flores, plumas de pájaros y pequeñas pinturas de santos y generales; el periódico titulado *La Bandera Tricolor* estaba allí clavado con tachuelas amarillas, pero al revés, lo que indicaba el poco amor que le tenían a la lectura los arrendatarios de *El Olivo;* había dos décimas en papel de lujo y con viñetas muy elegantes, festejando el cumpleaños de 53 y 54, que probaban que esta contaba con un poeta que le cantase; al ver esto se hicieron del ojo Margarita y su vecina Isabel, y lo mismo al ver una cajita de costura, de caoba, que hacía una antítesis verdadera con la barbacoa de varitas de tuno y chusque, que servía de sofá, y con la anticuada mesa de cajón que estaba debajo del altar.

Con grande asombro reparó Fulgencia que Isabel estaba seria con ella y que rehusaba su vista, mientras que Margarita la cogía de las manos y la trataba como a una amiga. Margarita, José María, Fulgencia, Martín, Carlos, Fernando y Genara se criaron a un mismo tiempo en las hacien-

das, y en sus juegos y diversiones se trataban como hermanos, y juntos lloraban algunas veces la desgracia de alguno de los asociados.

—¿No se acuerda, dijo Margarita a Fulgencia, cuando montábamos juntas en los montones de trigo con todos los muchachos?

—¿Cómo no?, mi señora.

—¡Ah tiempos!, no, ¿Fulgencia?

—Sí, mi señora.

—¡Lo que es el mundo! dijo Margarita. Yo me cambiara de buena gana por ese entonces.

—¿Pero no vive muy dichosa?, mi señorita.

—No, Fulgencia. La riqueza no constituye siempre la dicha de este mundo; y cuando una es demasiado sensible no faltan pesares en la vida

Doña Mercedes examinó con sumo cuidado el pequeño jardín de *ñuá* Petronila, en el que no había otra cosa que un grupo de plantas muy antiguas sobre las que se hubiera fijado mucho más un botánico al ver un depósito completo de antigüedades. Allí estaba el lirio azul, la quina, la mano de león, la rosa de Castilla, la azucena blanca y la planta llamada flor de los indios; en el orden de claveles, había una mata de clavellina azotada, otra de clavel rosado de cinco hojitas o pétalos, otra de clavel encarnado; además alelí morado y algunas matas de fresas y frutas de Chile. Plantas modernas no había sino una zulia y unos novios que Isabel le había dado a Fulgencia.

Las plantas de positivo valor consistían en unos surcos de habas, papas de año y unas pocas matas de maíz.

El lavadero de Fulgencia era un pozo dimanado de un arroyo muy pequeño, que bajaba por una cañada de las lomas cercanas; hacían de él un ameno sitio el poleo y la yerbabuena que lo rodeaban, como también las floridas ramas de un extenso alcaparro, que lo cubría todo con su sombra que abarcaba el espacio de diez y ocho o veinte varas de circunferencia.

Todo lo pasearon, todo lo vieron las señoras y recibieron fresas de la india, curubas y mazorcas, que a porfía les regalaban las estancieras.

Las señoras habían hecho llevar pañolones y la ropa necesaria a Los Alcaparros, para bañarse en la quebrada que distaba muy poco de la casa de Fulgencia; así fue que después de la visita salieron y se bañaron deliciosamente, porque el día estaba caluroso y el agua provocaba.

Isabel, cobijada con su pañolón colorado y con el pelo suelto, volvía para la choza, en medio de Margarita y Rosalía, yendo adelante doña Josefa y doña Mercedes; Carlos y Fernando, que estaban a caballo dando vuelta al potrero, al verlas se vinieron hacia ellas. El último traía la cabeza inclinada y parecía meditar. Mucho antes de llegar a las señoras salió de su éxtasis, herido como por un rayo, al contemplar aquella rara belleza en esa actitud tan encantadora y con los cabellos flotantes.

Mandaron a la hacienda por la comida, y cuando ésta se terminó, ya tarde, montaron todos para volverse a *El Olivo.*

Después que salieron de Los Alcaparros las dos familias pasaron por el frente de otras estancias y se volvieron para la hacienda por otro lado.

Fernando se había desmontado para levantar del suelo uno de los guantes de Isabel, que se le había caído y al cogerlo le llamó la atención la pequeñez y la figura de la mano que lo usaba; se quedó contemplándolo, como el naturalista que descubre la flor de una planta nueva; se lo acercó a los labios y lo miraba por un lado y otro, cuando de repente fue sorprendido por un grito repentino y por el tropel de los caballos que se lanzaron a correr como espantados por un trueno; no tardó en ver al toro *Colorado de los Desiertos* que salía bramando por un zanjón orillado de algunas matas de chilco y trotando detrás del grupo de gente.

Al espartarse el caballo de Isabel, ésta no se pudo tener y vino al suelo; el toro, al ver el pañolón colorado se lanzó hacia él, y al buscar Isabel una mata de altamisa para refugiarse, se cayó, enredada en el traje, acercándose tanto al toro *Colorado* que alcanzó a pisarle el vestido, sin que pudieran evitarlo los jinetes, que volvieron sobre sus pasos con una ligereza increíble.

—¡Madre mía y señora de las Mercedes! gritó la desconsolada madre.

—¡Ay!, gritaron muchos de los otros y hubo quienes cerrasen los ojos para no mirar por el aire el virginal cuerpo de Isabel.

Ella abriendo los brazos, volvió la cara con ambas rodillas en tierra; su boca besó hacia el toro, el que en ese momento vio el vestido, a tiempo que una especie de vapor salía de sus esponjadas narices.

—¡Se ha salvado!, gritó la madre.

—¡Está libre!, dijeron los hacendados.

¿Pero qué bendición ha libertado esta criatura de los cuernos del feroz *Colorado de los Desiertos,* o de los infiernos?... El rejo de enlazar, este prodigio de la industria de los vaqueros de la Nueva Granada.

Desde que Fernando vio lo que pasaba, partió a toda la carrera, sacando el rejo de debajo del arzón y formando el chambuque; desde treinta pasos de distancia le tiró el lazo al toro y lo dejó enlazado de los cuernos, y amarrando a la cabeza de la silla y sujetando para atrás el caballo, quedó el toro clavado de hocicos, como adorando la divinidad de *El Olivo.*

Cayeron en seguida sobre el *Colorado* los rejos de Carlos y don Isidro y picando los caballos separaron al monstruo como unos diez o veinte pasos, y luégo, con auxilio de don Gaspar, lo condujeron a una pequeña corraleja, llamada la Jaula, que es el Gibraltar de las corralejas de la hacienda.

Fernando fue el primero que levantó en sus brazos a Isabel. Doña Mercedes y Margarita acudieron en seguida, ¿pero a qué? A ver exánime a la amiga y a la hija: tenía Isabel la boca entreabierta, los ojos cerrados y sus facciones teñidas con los colores de la muerte.

Arrodilladas las señoras sobre la grama le soltaban los broches del vestido, mientras que Fernando ocurría por algunos remedios a la casa, que distaba tres cuadras a lo sumo del angustioso teatro en que pasaba la escena.

—¡Vive!, dijo éste al volver, pulsando los movimientos de su corazón.

—¡Hija mía!, exclamó doña Josefa; ¿me oyes?... ¿me sientes?...

Ya iban a conducirla en peso para la casa cuando se movió la preciosa Isabel y buscando algún objeto con sus ojos, se fijó en Fernando, que estaba delante de ella y le tenía el brazo cogido. Se quejó en seguida y derramó algunas lágrimas: había sufrido el golpe de su caída y el espanto que le causó el toro; no se sabía cuál era el punto céntrico de su mal y cuando se le administró una dosis homeopática que trajo Fernando de la casa recuperó por entero el uso de la palabra y se sentó, apoyada del brazo de su misma madre.

Entonces se convencieron todos de que su accidente había sido causado por el susto del inminente peligro en que se halló; Isabel se impuso bien pronto de que su existencia se la debía por segunda ocasión al rejo de enlazar.

Cuando se prepararon todos para partir, Isabel declaró su voluntad de seguir a pie; Fernando la acompañó llevando su caballo cogido de la rienda: darle el brazo no era punto de mera política, era más que un deber, puesto que ella había perdido la mayor parte de sus fuerzas y con trabajo podía caminar; la misma blandura de la yerba era un obstáculo para poder dar un paso, por el declive imperceptible que mediaba desde el llano hasta las casas.

Se estaba sustituyendo a la luz del crepúsculo la plateada luz de la luna, y asomaba ya con todo su esplendoroso brillo sobre las lomas del oriente. Isabel guardaba un profundo silencio, hasta que por fin, con voz débil y conmovida por una profunda emoción, dijo:

—Ya debo a usted la vida por dos ocasiones, Fernando.

—Al rejo de enlazar, contestó éste con viveza.

—A su amistad, Fernando, a su cariño; yo nunca olvidaré que le debo mi vida.

—Hay deberes que son de pura humanidad; usted a quien debe su vida únicamente es a la Providencia divina.

—Y ¿no ha sido providencial la presencia de usted a la hora del peligro?

—Puede ser que entre los dos haya algo de providencial y misterioso; yo le hablaría de mis augurios, pero los momentos no son oportunos.

La sombra de los dos viajeros se confundía con la de los viejos sauces, que la luna extendía sobre el camino, al propio tiempo que pisaban la sombra misma de los edificios. La parte de los muros que estaba privada de la luz tenía mucho de sombrío e imponente para una imaginación aterrada por el espanto. Los perros de cacería latían adentro por la llegada de la primera gente, con aullidos lúgubres y funestos. Isabel se estremeció, y horrorizada, al parecer, profirió estas palabras:

—¡Dios mío! ¿por qué se sucederán las escenas de temor a los tiernos e inocentes juegos de la vida pasada?...

—Pero usted se ha salvado: debe usted estar contenta en vez de afligirse con imágenes aterradoras.

—Las sombras que enlutan mi corazón tienen más de aflictivas que los riesgos del toro *Colorado*. He tenido que soportar en este día la presencia de un objeto que me humilla y abate... ¡Oh la persona de que yo menos esperaba!... ¡Y ya no hay para mí en estos edificios, ni en estas huertas, ni mucho menos en los campos la dulce quietud de que, feliz en otros tiempos disfrutaba!...

La víctima rescatada fue recibida con aplausos por las señoras y las criadas, cruzándose las luces por toda la casa. No se quedó ni Cupido que no se presentase a darle los parabienes por su salvación.

—El fiel compañero de mi infancia también viene a saludarme; no ha variado en su amistad.

Subió Isabel las escaleras después que hubo acariciado a su fiel perro y se reclinó en un canapé de la sala, temblano de afecciones y oprimido su corazón por la inquietud, que no parecía proveniente de los riesgos porque había pasado. Margarita recordaba haberla visto como petrificada desde que vio los objetos que adornaban la sala de Los Alcaparros.

No fue al comedor Isabel, y las familias refrescaron en un estado de silencio, que no correspondía con el gusto por la salvación de Isabel, sino con la imagen de sus peligros. Los hombres aplaudieron a su modo la prontitud del lazo de Fernando, la ejecución y la eficacia; y hallaron nuevos motivos para elogiar todas las inauditas ventajas del rejo de enlazar, de que todos eran apasionados.

La familia de *La Pradera* se fue como a eso de las nueve con aquella melancolía con que se apartan en el campo las familias para no volverse a ver en una o dos semanas. Retumbaban los cascos de los caballos, yendo todos en el más profundo silencio; la noche estaba serena y no se percibían más que las cercas del lado y una luz muy distante, proveniente de la iluminación de la sala de *La Pradera,* que se veía por una de las ventanas al través de los bastidores de vidrio: una calma profunda reinaba en la naturaleza; Fernando tenía varios motivos para ir pensativo: la embestida del toro le hacía erizar los cabellos.

—¡Oh! si por desgracia le hubiera errado el lazo!... ¡Si el rejo se hubiera reventado!... ¡Si el caballo hubiera aflojado!... Estas reflexiones lo hacían estremecer

La salvación de Isabel era un portento que ponía de relieve sus méritos para con ella. ¿Pero esa otra desgracia que acosaba a Isabel? ¿Pero esas sombras más aflictivas para el corazón de ésta que los cuernos del toro? ¿Haber presenciado ella un objeto que la humillaba y la abatía?...

—¿Qué significa todo esto?, decía Fernando, pero tan pasito que sus compañeros nada alcanzaban a oír.

Estas cavilaciones tenían a Fernando tan absorto en sí mismo, que no le había quedado ni ánimo para dirigir las riendas de su caballo, ni para saber la parte del camino en que se hallaba, cuando sonó como la descarga de una batería, el aullido de los perros pintados, haciendo un eco concentrado en los multiplicados recintos de las casas de la hacienda.

Fue bulliciosa la llegada como la ocupación de una plaza por un ejército numeroso.

Esa noche no durmió Fernando. Entre las palabras misteriosas de Isabel, se le habían fijado en la imaginación aquellas de: «¡la persona que yo menos esperaba!» Al amanecer hizo ensillar su caballo para ir al potrero a contar el ganado de ceba, no pudiéndosele apartar del pensamiento ni por un instante las frases ya citadas.

Volvamos a *El Olivo*.

Isabel tampoco pudo dormir hasta pasada la media noche; estaba aterrada, y mandó que no

le apagasen la vela. A eso de la una de la mañana se despertó doña Josefa, al oírla hablar, soñando o delirando.

—¡Defiéndame!, decía Isabel. ¡Le debo la vida!... ¿Pero mi quietud?... ¡Ay!... ¡Un rival! ¡Cuándo yo me lo hubiera figurado!...

—¿Qué es, Isabel? ¿Sueña usted con el toro? le dijo la cariñosa madre; no tema usted... ¿Quiere que yo la acompañe?

Se pasó doña Josefa a la cama de su hija; mandó que trajesen agua y apagada la vela, durmió Isabel hasta dos horas seguidas.

Al día siguiente llegó Fernando de vista a *El Olivo* y fue convidado por sus amigos para la operación de llevar al potrero de ceba el toro *Colorado,* lo que se hizo incorporando al Supremo de los Desiertos con ganado manso y arreando la tropa entre Carlos, Fernando y José María.

En la sabana de Bogotá se ejecutan las maniobras de recogidas y conducciones de ganado, aunque sea bravo, entre dos o tres vaqueros al contrario de lo que sucede en las sabanas de Mariquita o Neiva, en donde se necesitan de treinta o cuarenta, debido a la topografía del terreno y a la mayor bravura de los animales.

Cuando estuvo el hatajo en el corral del potrero de ceba, enlazó José María el toro *Colorado* de los cuernos, Fernando de una pata y estando tirantes los dos rejos, lo cogió Carlos del rabo y de dos tirones lo puso en el suelo. Bramaba el esforzado animal como un león y del suelo salía una densa polvareda al fuerte soplido que daba con las narices, la cual se iba a juntar con el humo que de los rejos salía a la frotación contra los bramaderos. Carlos le pasó el rabo por medio

de las piernas y le fijó las rodillas sobre los cuadriles, teniendo asida fuertemente la presa y entonces le aflojó Fernando su rejo para manearlo. José María también aflojó el suyo, porque era sabido que Carlos no lo dejaba levantar y alzándole una de las manos se la puso encima del cuerno.

Habían llevado un serrucho y Fernando le despuntó los cuernos al que tantos sustos había causado en *El Olivo* y las estancias.

Al volverse Fernando a *La Pradera,* únicamente acompañado de su concertado José María, éste le dijo con rubor y con cierto embarazo que era muy contrario a su genio:

—¿Mi amo?...

—¿Qué hay?, le dijo Fernando.

—Yo le quería decir a sumerced...

—¿Y por qué no me dices?

—Pues era... que...

—¿Me has matado algún caballo, por fortuna?

—No es sino que le voy a avisar a sumerced que me voy para Ambalema a trabajar.

—¿No me puedes aguantar?, o no te pago bien tu trabajo; ¿qué quieres, ir a morirte antes de tiempo?

—No es sino que como quería casarme con la moza *Lugencia*...

—¿Y ya no quieres?

—Pues como sumerced también la quiere...

—¿A Fulgencia?

—Sí, mi amo: la niña *Lugencia.*

—¿De dónde han sacado ese cuento?

—De lo que sumerced la visita y de lo que ella ha dado en ponerse maja. Nada menos que el viernes pasado se estuvo sumerced como tres horas donde la niña *Lugencia* y sumerced andaba en el cisne por más señas y con la ruana parda que se pone sumerced para las cacerías.

Fernando paró el caballo por medio minuto, meditó, y dirigiéndose después a su concertado, le dijo:

—¡Hombre! Hay una incógnita en este negociado... Yo estaba en Bogotá el viernes, y el que ha visitado a Fulgencia ha sido Carlos, en mi caballo, que se lo había prestado, y él tiene ruanas como las mías y es esto: Carlos trajo de Bogotá un gallo muy bueno, y se lo puso a cuidar a Fulgencia y no puede pasarse tres días sin visitarlo. Quiere más a los gallos que a los perros de cacería, que es cuanto se puede decir. Carlos le hace sus regalías a Fulgencia por el cuido del gallo, y por eso te parece que se ha puesto maja; pero eso no es nada. Así es que no hay motivo para dejar el casamiento por lo que hace a mí y si lo tienes bien pensado...

—Sí, mi amo, porque ella me quiere y yo también la quiero y para no andar que por aquí ni por allí, lo mejor es que nos pongamos en estado de Dios.

—¡Pues, hombre! Ve lo que se te ofrezca; por moneda no lo dejes. Y dile a ñuá Petronila que haga un buen baile, que yo le daré con qué.

—Dios se lo pague, mi amo Fernando: asimismo yo le seré correspondido.

Fernando se desmontó en *La Pradera* y se entró a su pieza.

CAPITULO X

LA SIEGA

Estaban convidadas las dos familias aliadas para ir a la siega de trigo, que se practicaba a siete cuadras de distancia de las casas de *La Pradera.*

Iba una mañana de las más despejadas del mes de agosto Fernando con las señoras de las dos haciendas; caminaban suavemente sobre la grama que los carros tenían aplastada en sus viajes del corte a la montonera, conduciendo los manojos de trigo. El canto de los peones hacía ecos dilatados en las lomas del oriente y todo era risueño, menos el semblante de Isabel, que no respondía sino con frialdad cuando Fernando le dirigía la palabra.

Este, acostumbrado a ver su sonrisa y a oír sus gratas contestaciones desde tiempo inmemorial, ardía en deseos por entrar en una explicación con Isabel; pero ésta no se apartaba un momento de doña Josefa y de Margarita.

Al fin llegaron las señoras al sitio donde trabajaban los peones de la cuadrilla de estancieros a la redonda. Era un espectáculo divertido ver cerca de ochenta peones, que pasando de norte a sur y de sur a norte, sobre una faja de la sementera de trigo, de una cuadra de ancho, quedaba

ésta cortada, saliendo por el aire los manojos que botaban las amarradoras: los golpes de la hoz sonaban al compás del canto de la *gea,* bajo los esfuerzos de los segadores encorvados, que formaban los pequeños montones, que recogían los cargueros inmediatamente.

El cortador, esto es, el peón que marcaba la línea del lado del corte, era el que entonaba el verso del canto, y toda la peonada respondía en coro *gea, gea, gea,* con una vocería que atronaba los aires.

—¿Qué origen habrá tenido ese canto?, preguntó la señora Jerónima a don Fernando.

—El canto, dijo Fernando, es la expresión del sentimiento: canta el amante sus penas o sus quejas en forma de una serenata; canta la Marsellesa el atrevido parisiense al acercarse a las barricadas; canta el boga el *curulao,* acompañándose con el golpe del canalete para animarse, conformando todos sus movimientos al són de su música; y cantan los segadores para entrar en entusiasmo, sin que deje de tener el amor alguna parte, porque estos mismos peones no cantan en los otros trabajos, por ejemplo, en la arada, cuando siguen lentamente los pasos de la yunta de bueyes, empuñando la puya con la mano izquierda y con la derecha la manija del arado hecho de un tronco de palo, por el estilo de los que ahora doscientos o trescientos años usaban los españoles.

—¿Y este canto y este modo de segar se usa en Europa, en los lugares en que cosechan el trigo?

—Muy variado, seguramente. La pintura y las relaciones que nos vienen de por allá nos dan idea del adelanto de los europeos en todas estas materias. Las artes mejoran los trabajos, y las gentes se modifican con el brillo de la civiliza-

ción. Hoy, el segador italiano está muy bien calzado, usa pantalón y chaqueta de pana o paño y un sombrero de paja italiana. La amarradora o respigadora de la Romanía tiene un jubón apretado, del cual le bajan las enaguas de zaraza, y sus pies están perfectamente calzados; lleva señida la cabeza con una banda o pañuelo que da la forma de una especie de turbante, adorno que se completa con el brillo de unos tantos alfileres.

—¡Qué diferencia de esta tierra!, exclamó doña Mercedes. José María lleva apenas camisa de bogotana, o liencillo, pantalones de manta rayada y alpargatas de hilo y fique y unos zamarros viejos de piel de cabra y su sombrero de palma hecho en los pueblos de tierra caliente, y casi todos van por el estilo. ¿Y Fulgencia? Ella usa enaguas de frisa, camisa de bogotana, que hace veces de corpiño o de jubón, y lleva puesta la ruana de su segador, que es José María. Su sombrero es de trenza ancha de palma, o caña brava, y sus lindos pies no tienen ni aun alpargatas, que es el calzado más sencillo de los más de nuestros aldeanos; tiene los brazos cubiertos con unas mangas de género blanco, para evitar los raspones de las cañas y espigas de trigo: pero viven contentas y felices, según todas las apariencias. Fulgencia descuella entre todas las amarradoras, por la elegancia de su cuerpo y la brillantez de sus ojos. Sobre todo, las trenzas de su pelo son el mejor signo de la raza latina a que pertenece. La mayor parte de estos peones sabaneros del norte y oriente parecen lombardos o castellanos viejos.

—Aunque se nota en algunos la mezcla de indios, y en muy pocos la de negros, dijo Margarita. Vean una amarradora, que no tiene mezcla de

blanco: india pura ¡y qué bonita! Aquella del sombrero nuevo.

—María Cogua, contestó Fernando; la hija del sargento Cogua, el indio de Engativá, que viene por tiempos a componerme las zanjas. Después de haber poseído terrenos por la herencia de sus mayores, hoy no tiene un palmo de tierra donde pararse y vive en una choza de mendigos, sujeto a todos los rigores del feudalismo, que ejercen con crueldad algunos de los hacendados.

—Yo no sé qué especie de simpatías tengo por esta raza, dijo Margarita. Los indios ejercen en toda la América del Sur lo más delicado de las artes, dicen que son los mejores soldados, proveen a los mercados con los renglones más exquisitos y tienen la cualidad de amar sus tradiciones al través del velo que las oculta, lo que a mi ver, es una verdad.

—Resulta del paralelo de los trabajadores italianos con los cundinamarqueses una diferencia enorme.

—El hecho es que allá siegan y aquí también segamos, dijo Fernando.

—¿Y cantan?, preguntó doña Josefa.

—Cantan sus canciones populares. Un amigo mío, italiano de nación, que me ha hablado de las siegas de Lombardía, me ha enseñado algunos de los versitos que cantan los segadores.

Las señoras continuaban mirando las operaciones de la cuadrilla y Margarita le preguntó a Fernando cómo era el mecanismo o la dirección de los trabajos.

De este modo, dijo Fernando: don Isidro es el director o jefe supremo, que manda en todas las

operaciones; Carlos es el segundo; el mayordomo es el comandante particular de la cuadrilla. Para segar un llano sembrado de trigo, se parte o divide una tabla del ancho de una cuadra, con un camino que marca un segador de un lado a otro del trigal, segando una línea de tres cuartas de ancho. Luégo entra la caudrilla segando la tabla por caminos transversales de un lado a otro. En esta cuadrilla entran veinte partidores, abriendo cada uno un camino de tres cuartas de ancho, que deja segado a más de una cuarta de rastrojo. Entre partido y partidor va quedando una faja de media vara de ancha de trigo sin segar y estas fajas las siegan los cabuyeros, que son muchachos y algunas veces mujeres. Luego van veinte amarradoras levantando las manadas del trigo segado y amarrándolas con diez y seis o veinte cañas del mismo trigo segado, operación que saben ejecutar con una ligereza que admira. Después van esas seis respigadoras que ustedes ven, recogiendo las espigas que se desvían; los manojos los recogen seis muchachos y los llevan a un sitio donde se hace una gavilla o montón pequeño, de una estructura ingeniosa, dejando las espigas resguardadas de la humedad para el caso en que llueva y después el trigo de estas gavillas se conduce en tres o cuatro carros a la montonera.

—Es prodigiosa la maniobra, dijo doña Josefa. El número de ochenta trabajadores, la belleza de algunas de las peonas, la destreza con que se trabaja, la complicación de las maniobras, el canto, la alegría, la esperanza cumplida de una corta siembra, todo esto hace de la siega un trabajo delicioso.

—Agreguen ustedes, dijo Fernando, que las siegas son el teatro completo de los coqueteos y de las galanterías de los estancieros: son las fies-

tas de los aldeanos. El horizonte en los meses de julio y agosto es hermoso; sin que las lluvias vengan a contristar el ánimo de los estancieros; las reuniones excitan la fraternidad y la buena armonía entre los sexos y la paga de los jornales completa los motivos del bienestar, siendo todo dicha para los patrones y los peones.

El segador saca la medida de chicha de su amarradora, al repartir la comida del mediodía; la amarradora lleva puesta la ruana de su segador, y el pronombre posesivo *mi* parece que asegura el derecho de galantería en una bella pareja; porque el segador dice *mi* amarradora, la amarradora *mi* segador. Los domingos convidan los estancieros a sus compañeros y siegan sus pequeños trigales, no escaseándose los licores de uso. Por la noche da baile el estanciero a los peones convidados. Repito que las siegas son las fiestas de los estancieros de la sabana.

—Y de las siegas resultan los casamientos, agregó doña Josefa, en tono de mucha seguridad. Verán ustedes cómo de esas hermosas sabaneras se casan tres o cuatro dentro de seis meses o más antes. La obediencia de las hijas a los padres, la atención que ponen a las pláticas curales, la sujeción a la casa paterna, la repugnancia con que se miran las uniones ilícitas en las estancias, todo esto contribuye a que se casen las muchachas, y sus matrimonios sean felices. Lo sano del clima y la ventaja de las buenas costumbres nos dan los admirables casos de tener diez o doce hijos reunidos, en una sola estancia, muchos de los matrimonios de los arrendatarios de las haciendas.

El sol estaba ardiente, y las señoras se entraron al toldo que habían preparado los peones para repartir las raciones. La mullida grama las es-

peraba, como la mejor alfombra que pudiera desearse. Poco después llegó la cuadrilla de los forasteros, que venía del otro extremo del trigal; todos estos eran peones del pueblo de Suesca, al noroeste de la sabana; indios puros eran la mayor parte y sus trajes demostraban una rigurosa pobreza. Fueron levantando platos del suelo y retirándose a formar pequeños corrillos, teniendo la yerba por único mantel. El almuerzo no era otra cosa que mazamorra con carne y papas y dos platos eran la ración de cada jornalero.

Las dos criadas que habían ido con las señoras, extendieron sobre un mantel de alemanisco las ricas y variadas *onces,* de los canastos que llevaban preparados. Horchatas, dulces, leche, carne seca, bizcochos y pan: esto era el refresco. Las señoras, Fernando y don Isidro tomaron lo que mejor les agradó, sentados en su corrillo, aristocrático; Carlos tomó su contingente desde a caballo, y luego que acabó, sacó un gran cuaderno y comenzó a llamar uno por uno a los peones, poniendo una rayita a los que contestaban «presente».

La cuadrilla de los del país ya estaba despachada de almuerzo.

Después de retirarse la cuadrilla de forasteros, las familias unidas se volvieron en dirección a *El Olivo,* oyendo de lejos la vocería de la *gea,* el crugir de los carros y algunos gritos de los jefes al dar órdenes.

Fernando se unió a Isabel, que se había atrasado por lavarse las manos en el chorro de agua que cruzaba por el llano; ésta tuvo tiempo de oír de boca de Fernando las sentidas quejas por la seriedad con que lo estaba tratando.

—Temo, Isabel, que la declaración que le hice a usted en los alisos de la orilla del río de *La Pradera* no haya sido bien acogida por causa de alguno de los visitadores.

—¿Qué visitadores?, dijo Isabel, sin levantar los ojos del suelo.

—Alguno de tantos, pues que ya no hay un solo día sin que no haya visitas en la hacienda de don Isidro. *El Olivo* se ha vuelto la Meca de la sabana.

—¿Luégo es a mí sola a quien visitan?

—A usted sola, porque antes no llegaban de Bogotá o la Sabana sino algunos amigos o parientes de don Isidro. En las haciendas sucede con las muchachas lo que en las huertas con los cerezos, a los cuales no se acerca ni una sola avecilla hasta tanto que no están cargados de fruto. Antes de que usted y Margarita estuviesen en sus diez y seis, y Justina y Rosalía en sus quince o sus catorce, no había visitas. A mí lo que me admira es que usted no se canse de oír los repetidores floreos de los visitadores.

—¿Y a mí por qué van a decirme nada?

—Porque a las buenas mozas no se las visita para admirar sus perfecciones en silencio, como a las colecciones de ricas pinturas.

—Y suponiendo que así sea, ¿luego usted piensa que yo les hago caso a sus boberas?

—¿Y qué boberas dicen?

—Por lo pronto no me acuerdo, pero Margarita lleva un diario de las que nos han dicho.

—Pero hay un visitador cuyas conversaciones deben ser para usted muy agradables.

—Lo dirá usted por don Arquimedes Uribe.

—Exacto. El visitador eterno, lo mismo que don Serapio, que no falta ni una sola semana.

—Ellos no vienen sino por matar patos y palomas silvestres, y llegan por descansar un rato a la sombra.

—Don Serapio, que podía estar rezando y no pensando en muchachas. ¿No vio usted cómo se nos metieron en los rodeos, sin rejo de enlazar y sin ser convidados por nadie? Y que se van entrando como las espigas por la manga arriba; ¡cuando hasta se dieron sus trazas porque los convidásemos al baile!, esto es lo que se llama tener pechuga. Y como encuentran quienes les oigan sus tonterías...

—¿Entonces qué es lo que usted se figura?

—¿Yo?... nada...

—Son temeridades las suyas.

—Tal vez... Esos versos que el visitador ha publicado en elogio de la vida del campo y de una de sus divinidades... eso no es nada... Y que los mandó inmediatamente que salió el periódico.

—Eso es porque le manda todos los periódicos a papá.

—¿Y qué le parecieron los versos?

—Bonitos...

—¡Sublimes! diga usted. Se divisa la esperanza como el fanal de un puerto seguro para la nave que viene escapando de la tormenta: tres veces se lee y en esos versos la palabra *esperanza*.

—Muy bien; que sigan, pues, adelante las visitas. Yo le había ofrecido a usted mi mano, lo que usted no ha tomado en consideración, ocupado como está su pensamiento por las visitas, no hay duda; pero si no está libre su voluntad para poder aceptar...

—Tan libre como lo más. Es que esto tiene mucho que pensar y que meditar.

—¿Pensar y meditar?... El amor no se discute sino que se siente y nada más; el amor no es negocio; hablo del amor verdadero, de esa llama que se enciende una vez sola en la vida y que combinada con otra llama pura forman el nudo sagrado del himeneo.

—Ahí está el mal, dijo Isabel... No piensan los hombres en el sacrificio que van a hacer, y las pobres mujeres son las que sufren las consecuencias.

—¿Por qué, Isabel?

—Porque pasado el tiempo del fervor y la decisión se van a tributar las ofrendas de su corazón a divinidades extrañas y los juramentos y las protestas y la poesía, todo se olvida.

—¿Cómo, Isabel? ¿Qué es lo que usted dice?

—Lo que se ve todos los días...

—¿Qué cosa?

—El desdén que sigue después de pasado poco tiempo del casamiento y la diosa, la reina, la señora pospuesta y burlada. ¿No ha oído usted repetir con pertinacia, con mofa y hasta con ironía la palabra *mi señora* a muchos de los casados que tratan a sus esposas con menosprecio? Yo me río muchas veces, por que *mi señora* quiere decir *mi esclava*, en el sentido verdadero. Y todo

esto consiste en que no se piensa en lo que se va a hacer. Y si antes de casarse palpa una la burla... y el desprecio...

A Isabel se le llenaron los ojos de agua y trató de alargar el paso; pero Fernando, comprendiendo en el instante, que ella lo amaba y que tendría alguna queja contra él, la detuvo con repetidas súplicas, diciéndole:

—Comprendo, Isabel, que usted tiene algunas quejas de mí. La he visto muy seria y como no me remuerde la conciencia, le suplico que me diga si es que le han dicho alguna cosa.

—No, Fernando, no me han dicho nada; es que yo misma lo he visto.

—¿Qué, Isabel? ¿Qué puede haber visto usted?

—Pues he visto visitas; pero como es inocente todo lo que los hombres hacen...

—¿Visitas?... ¿En dónde?... ¿Cómo?...

—En la misma hacienda.

—¿A quién?

—No se haga el disimulado. Es mejor que no hablemos de eso ahora.

—¡No, no, Isabel! Usted debe decírmelo todo, si no quiere llenar mi corazón de amargura.

—Lo he visto a usted, con el anteojo, visitando a la señorita Fulgencia.

—¿A mí?...

—A usted, ahora ocho días: por más señas andaba en el caballo Cisne.

—¡No, Isabel! Hay una equivocación en esto y la advierto por una casualidad. José María me

ha dicho lo mismo y quería irse para Ambalema creyendo que yo visitaba a su novia. Me dijo que me había visto ese mismo día que usted dice, montado en el caballo Cisne, llegar a Los Alcaparros y visitar a Fulgencia: pero no ha sido sino Carlos que andaba en mi caballo y con una ruana muy parecida a la mía.

—Lo creo, Fernando y le suplico que me perdone un juicio temerario. Le confieso que estuve muy sentida con usted. No pude prescindir del dolor que me agobiaba; yo no sé qué sería; aborrecía a Fulgencia, cuando en toda mi vida la he querido tanto: he sufrido mucho, Fernando, se lo confieso; he sufrido como no hay idea.

—El anteojo tiene la culpa, dijo Fernando, para consolar a su amada. Es engañoso y es necesario tener un poco de cuidado en lo sucesivo.

—Pero siento que Carlos se humille hasta el extremo de visitar una triste arrendataria. No me disgusta que sea popular y amigo del pobre; pero no tanto como visitar con frecuencia a las hijas del pueblo.

—Eso también tiene sus explicaciones. ¿No sabe usted que Carlos trajo de Bogotá un gallo giro, cuando se vino? ¿y que ha continuado criando gallos de la misma raza?

—Es verdad.

—Pues esos gallos los ha distribuído en algunas estancias y en la de Fulgencia tiene el giro negro y lo visita con frecuencia y cuando tiene que carear algún gallo nuevo lo va a hacer con el veterano, que tántas batallas ha ganado en Bogotá y en la parroquia.

Pasaban las dos familias por frente a la montonera, que estaba a dos cuadras de la casa de

El Olivo y Fernando les hizo el convite para ver las maniobras.

Había carros que llegaban cargados de manojos de trigo y carros que se volvían desocupados; había grandes pilas de trigo en desorden, como también montones ya formados; estaban los operarios comenzando un montón y acabando otro; el primero era de dos varas de alto y lo construían entre dos fabricantes: uno echaba y colocaba manojos en el centro y el otro ponía los de la periferia de un cono, de cinco varas de diámetro, uno en pos de otro y apretaba con la rodilla. El segundo montón, que estaba para concluírse, tenía diez varas de alto, y el operario, que era uno solo, recibía los manojos que del suelo le lanzaban y los colocaba también en círculo, disminuyendo la periferia para cerrar en punta.

Estos montones piramidales de manojos de trigo, como si fuesen ladrillos, son muy ingeniosos, pues que economizan un edificio de cincuenta varas en cuadro, para guardar el trigo y pueden durar tres o cuatro años si se quiere, teniendo la ventaja de preservar el trigo de mojarse o dañarse, al mismo tiempo que queda expuesto al aire libre en todo el campo. La lluvia no humedece sino la parte del manojo por donde se ha cortado, esto es, la parte opuesta a las espigas.

Las señoras estuvieron muy divertidas en la montonera. Veían levantarse un pueblo entero de almacenes improvisados, cerca del grupo de casas de la hacienda y un pueblo que valía por lo menos veintitrés mil pesos. Si los trigos de la sabana de Bogotá no estuviesen sujetos a la epidemia del polvillo, las montoneras permanecerían dos o tres años sin poderse trillar; pero sucede por lo regular que el hacendado que coge dos cose-

chas buenas sufre una epidemia en que pierde mucho de lo adquirido.

Al fin regresaron a *La Pradera* todos los convidados; poco después llegó don Isidro agobiado por el sol y con alguna inquietud por las operaciones que se ejecutaban ese día; sirvieron la comida, en la que hubo mucha animación y a las seis se retiraron las señoras a su hacienda de *El Olivo*.

CAPITULO XI

EL ANTEOJO

Estaba Margarita en el lustro glorioso de su carrera. Era linda, a pedir de boca y su talento, cultivado en el colegio y sobre todo por los cuidados de doña Mercedes, la cual no separaba sus ojos de ninguno de los síntomas de su tierno corazón. Había adelantado mucho en la música, recurso muy apropiado en el campo para explayar la exquisita ternura de que estaba dotada. En lugar de inglés y francés recibió lecciones completas de dibujo lineal y de paisaje, con todas las reglas del oscuro y claro, de que tanto necesitan las señoritas para que sus bordados no sean parches alegres, en vez de formas perfectas de pintura. Mirándolo bien, el inglés y el francés hubieran tenido en *La Pradera* el mismo resultado que las balas de cañón que se compraron con parte del empréstito de los tres millones, que no sirvieron para nada, porque no hubo en Cartagena cañones de ese calibre.

No faltaba nvisitadores todas las semanas en *El Olivo* y *La Pradera.* El que más repetía las visitas y más largas las hacía, era don Canuto, llamado por esto el *doctor Cataplasma,* apodo puesto por las criadas; era uno de esos pretendientes que se pasan de maduros, entretenidos en los placeres del galanteo y cuando se acuer-

dan de casarse es cuando ya la pata de gallo asoma en el ojo izquierdo. Este petimetre, aunque falto de vista y oído y algún tanto afectado del reumatismo, se creía excusado de sus defectos con la posesión de unas tiendas, una quinta y algunas viejas oncitas, de que hacía alarde, unas veces de haber perdido y otras de tenerlas demasiado seguras. La plata le servía de salvoconducto para sus floreos y más que todo la sordera, la cual le servía muy a tiempo para no darse por mortificado de las pullas salerosas de las muchachas de las dos haciendas; por ejemplo, cuando decía Margarita que la nieve del Tolima se alcanzaba a ver, no obstante las nubes pasajeras del horizonte y otras cosas por el estilo.

Había un visitador de buenas prendas morales, de la misma opinión política de Margarita, que no pasaba de veinticinco años; tenía un capital suficiente para pasar su vida en estado de matrimonio. Se llamaba don Eladio Benavides, y era muy apreciado entre todos los sabaneros del norte.

Pero a Margarita la oprimía una mano fatal: su grande sensibilidad se estrellaba contra la frialdad de los sentimientos de Carlos, a quien amaba sin poderlo evitar y de quien recibía alternativamente pruebas de aprecio y de indiferencia, sufriendo en silencio, porque tenía buen sentido, buena educación, y sobre todo, mucha dignidad, para mostrarse apasionada por un hombre que no la quería con todo el aprecio que se merecía; Margarita dominaba su pasión con todo el heroísmo de una mártir mientras que Carlos se divertía, como los indios sabaneros en tiempo de inmigración de patos, poniendo muchos lazos y curándose muy poco de los que pudieran perderse; usaba de la chanza con mucho primor,

de tal naturaleza que salía siempre bien con toda la gente y en especial con las mujeres, que gustan menos de las conversaciones de provecho que de los equívocos y de las flores del enigma, tan comunes en todas las sociedades.

Corría el mes de marzo de 1854, tiempo de riguroso invierno y las vegas del río estaban cubiertas por las aguas de la corriente; el puente del camino real tenía obstruídas sus dos entradas; los alisos del lavadero se veían como sembrados en el agua. Con esta novedad se habían alegrado los gansos, que sumergidos en la inmensa laguna, vitoreaban su independencia, con sus gritos acostumbrados y se confundían con los patos libres de las inmigraciones periódicas de abril, a tiempo que la orilla de la ribera estaba cubierta de chorlos y caicas, sacando provecho de los insectos ahogados, por aquello de *a río revuelto ganancia de pescador,* que tantas aplicaciones tiene en la República de la Nueva Granada; a tiempo que alguna cruzaba con su vuelo perezoso, confundiendo su áspero sonido de *cuar, cuar, cuar,* con los gorjeos de los chorlos, que se desplegaban en guerrilla, por las orillas de la laguna, tan alegres los unos como los otros, agregándose a esto los silbos y las voces imperativas de los criados, que metiéndose hasta la rodilla en el agua trataban inútilmente de reducir los gansos a sus deberes.

El espectáculo no dejaba de tener sus encantos, más cuando toda la familia de *La Pradera* se paseaba sobre las doradas flores de la pacunga y achicoria, que son tan abundantes en la Sabana.

Margarita contemplaba este cuadro desde lejos, procurando tomar el diseño desde el balcón de la casa y luégo que hubo terminado su dibujo, suspiró y tendió el anteojo de larga vista sobre

las llanuras del oriente, que era otro espectáculo asombroso, por la soberbia fachada de la casa de *El Olivo,* que se levantaba sobre la superficie del llano, como una isla pequeña que descuella sobre los mares de verdura y por las lomas, que iban a terminar a tres leguas de distancia, en las cuchillas amarillentas del páramo, donde comenzaba el oscuro cielo.

El Olivo se veía solitario en apariencia; Isabel no aparecían en los balcones; no había ganado en la corraleja, ni se veía por allí jinete alguno que se pudiera parecer a ninguno de los patrones.

Tornó el anteojo a las estancias, que por cierto presentaban pinturas encantadoras, por el humilde contraste de los techos de paja con los tejados relumbrantes y las paredes blanqueadas de la hacienda. Se fijó por acaso en Los Arrayanes y sufrió una extraña impresión al ver los piramidales arbolocos y las sombras de los borracheros, alzándose sobre la llanura como un muro de nieve, con la apariencia de los pueblos de la antigua provincia del Socorro, cuando se ven a tres o cuatro leguas de distancia: era que Genara y *ñuá* Saturnina habían extendido en la cerca toda la ropa de *La Pradera,* que lavaban con primor.

Buscó en seguida la estancia de Los Alcaparros y vio en la cerca de los contornos un caballo ensillado, parecido al Cisne de su hermano; en el recinto no se notaba movimiento ninguno, ni entraba ni salía persona alguna. Al cabo de medio cuarto de hora salió un hacendado por entre los alcaparros del patio y se dirigió hacia donde estaba el caballo ensillado; Margarita creyó que iba a montar, pero él no hizo otra cosa que golpear el asiento de la silla y volver el cojinete al revés, lo que se hace en la sabana para que no

se caliente la montura con los rayos del sol; después de esto se volvió a entrar el hacendado a la casa.

El anteojo no se apartaba de la choza, aunque a Margarita se le caían las lágrimas del ojo izquierdo, por tenerlo enteramente cerrado, cuando de repente aparecieron en la mitad del patio Fulgencia y Carlos, ejecutando las morisquetas de un bolero o de un torbellino del país, a las cuales correspondía Fulgencia agachándose y cambiando de puesto, tal como si ejecutasen una ridícula pantomima en el teatro.

No pudo colegir lo que sería, aun cuando aumentó las graduaciones del anteojo; únicamente se ratificó en la dolorosa verdad de que los personajes eran Carlos y Fulgencia; mas no alcanzó a descubrir si peleaban, si bailaban o si jugaban de manos; ni tampoco pudo asistir hasta el fin del espectáculo, porque se sintió afectada de los nervios de que solía padecer. Puso el anteojo sobre el canapé de la sala y se bajó a los corredores del patio.

Allí estaba limpiando trigo *ñuá* Juana María, la estanciera de Las Manas, en una mesa baja y sentada en un costal de trigo, de media vara de alto. La peona estaba sola, porque Marcela y María Cogua estaban aventando trigo por fuera de la casa, buscando la corriente de aire. La señorita se sentó junto de la limpiadora de trigo y por distraerse le preguntó:

—¿Qué hay de noticias, *ñuá* Juana María? ¿Qué dicen de la revolución?

—Casi nada, mi señora, contestó la peona, sin dejar de pasar la mano por encima del trigo, como quien cuenta dinero, separando los terroncitos y toda clase de basuras.

—¿Cómo? ¿casi nada?, es decir ¿que sabe usted alguna cosa?

—La revolución de *Lugencia*. ¿No la vio sumerced con un ojo negro el día de la cacería de los buitres?

—Dijo que se había dado un topón.

—Muy cierto, mi señora, contra los dedos del mascalanas de José María, que por fin se animó a decirle cuántas son cinco.

—¿El novio?

—¡Qué novio ni qué pan caliente! ¿No ve sumerced que ya no hace caso de los pobres?

—¿Por qué? *ñuá* Juanita.

—Porque tiene buena ropa y sortija de oro y una buena caja de costura, que su merced vería en la casa el día de la cacería de los buitres. Eso dicen, porque yo no llego a sus puertas, ni me gusta averiguar lo que no me importa. Lo que me admira es que a *ñuá* Petronila apenas le alcanzaba la plata para echarle a la hija unas naguas de frisa y ahora...

—Pero trabaja en la harneadura y en los trabajos de afuera.

—No creo, mi señora, que el mero real diario que se gana en las haciendas les alcance para tanto: eso cuéntemelo sumerced a mí y también a mi hija, que apenas tenemos para lienzo y frisa y con mucho trabajo para un trapito fino. Es que ellas tienen quien les haga favor.

—¿Cómo es eso de favor?

—Pues que tienen quien les preste, seguramente; pero renuncio de esas fortunas, ¡Ave María, Jesús credo!

—¿Y quién es el que les hace favor?

—Dicen que el amo Carlos; aunque a mí no me consta, porque uno dice lo que oye, y nada más. Lo mismo que dicen del amo Fernando y de Genara, pero eso yo no lo creo.

Se habían acercado las gallinas al trigo que se estaba secando en el patio, extendido sobre los cueros de res y *ñuá* Juan María se levantó corriendo a espantarlas con estas voces de alarma:

—¡Huisa! ¡Huisa!, ¡golosas de la trampa!

Se refiere cual sería la inquietud de Margarita al oír esta relación; ¿pero quién que ama como ella no tendrá la resignación suficiente para seguir oyendo una delación que le tocaba tan cerca, por odiosa que parezca ésta?

Cuando se volvió a sentar la harneadora, reparó que su señorita dejaba pasar la tierra sin separarla, como era debido, porque la pobre estaba sumamente distraída.

Continuó la harneadora su interrumpido trabajo al mismo tiempo que su conversación:

—Engreída que está la china, porque piensa que mi amo Carlos la quiere; pero ella no sabe que en Bogotá es donde tiene sus amistades el amo.

—¿En Bogotá?, preguntó Margarita como distraída.

—Sí, mi señora; la cachaquita de la casa donde estuvo viviendo el amito en el tiempo de los estudios. ¡Buenos estuvieron los estudios!... Y esto lo sé como si lo estuviera viendo, porque la novia de Pericón le trajo una cartica el día que llevó la carretada de leña a don Eulogio y

yo vi dicha carta, por la razón de que nos echó Pericón en el carro, a la novia, a mí y a otra mocita de Zipaquirá, hasta donde hay camino para carro y nos trajo todo nuestro mercado y a mí me preguntó con mucho empeño la niña Radical, la que vive en una tienda, debajo de los balcones de don Eulogio, por mi amo Carlos y le mandó un abrazo por cuenta de ella y otro por cuenta de una niña María Conserva, que lo estaba pensando mucho.

No quiso saber más noticias la hija de doña Mercedes y subió de nuevo las escaleras y poniéndose en el balcón sin el anteojo, lo primero que vio fue a Carlos, que venía a todo galope en dirección a *La Pradera.*

Se puso pálida la inocente Margarita. Quiso evitar la visita, yéndose a encontrar con toda su familia, pero estaba recomendada del cuidado de la casa, para que las harneadoras, las criadas y las gallinas no se quedasen en estado de asamblea, como los gansos. Se preparó, pues, a recibirlo y cogió el tambor de bordar, para tener los ojos ocupados. Pronto oyó los aullidos de Amante y Aquiles y de los otros perros de cacería, que saludaban a un jefe veterano los antiguos camaradas y al ruido de las espuelas de fierro conoció que ya venía por las gradas de las escaleras.

Se presentó Carlos en la sala con la dulzura en los labios y la confianza de una antigua amistad y le dirigió a su vecina las siguientes palabras:

—¡Qué dicha es vivir a un cuarto de legua de una vecina tan apreciable y tan hermosa!

—¡Y qué desgracia es tener que oír el sarcasmo y la ironía! contestó Margarita, sin alzar los ojos del bordado en que trabajaba.

—Ironía, dice usted, cuando para mí es usted un ángel, por la gracia y las virtudes que la adornan!

—¿Y a qué vienen esas boberías?, las mismas que usted acabará de decir a las peonas de su hacienda, a las que visita usted con tanta frecuencia?

—¿A las peonas? ¡Imposible! ¡Ellas no merecen las visitas de un hacendado!...

—Yo soy la que no merezco que se me trate bien.

—¿Usted?... Usted merece todas las consideraciones del alto tono, por no decir de la aristocracia, porque la palabra no me gusta.

—¡Cierto! Usted hace consistir la esencia de las cosas en el juego de las palabras.

—Lo que me parece es que mi preciosa vecina está de mal humor. Estos días de creciente de los ríos y de lluvia, y de nubes que se suceden a la furia de un sol abrasador, son enteramente nocivos para los nervios... ¿Y cómo es eso de mis visitas a las peonas? ¿Tenemos aquí chismes de las arrendatarias?

—Tengo ojos: lo he visto a usted en Los Alcaparros.

—¡Son encantadores!, pero creo que no alcancen a ver más de media legua de distancia.

—¿Y el anteojo?

—¡Oh!... ¡es muy posible!... Pero el hacendado tieen que parar al frente de las estancias por una infinidad de cosas que se ocurren en el gobierno complicado de las haciendas.

—No solamente parar, sino entrar a las casitas y retozar con las arrendatarias, ¿no es verdad?...

—¿Retozar?... Margarita...

—O bailar... o que se yo...

—Que malo debe ser el anteojo de *La Pradera*, o que excitado debe estar el nervio óptico de su vista, Margarita.

—¡Así nos sucede a las mujeres! Todo lo que vemos son ilusiones, y sólo el hombre, inteligente, ilustrado y soberano tiene la razón en todas las cosas. Tal vez estoy equivocada; lo mejor es que hablemos de otra cosa, o que no hablemos de nada.

—¡Eso no!, porque quedaría en mal concepto.

—¿Por qué? ¿Siendo usted, como es, partidario de la igualdad y enemigo del alto tono? ¿Acaso es malo retozar o bailar con una hija del pueblo, a las once del día, en su cabaña, sin más público que el ganado del llano y el caballo ensillado? Y como Fulgencia está tan ponderada de buena moza y como tiene caja de costura y buena ropa y sortija de oro...

—Pues oiga usted, Margarita, para que no se crea de cuentos, ni del anteojo, ni de sospechas infundadas. Usted sabe que yo tengo una pasión por los gallos que raya en furor, seguramente porque tengo muy pronunciado el órgano de la guerra, como lo dijo el frenologista; usted debe saber que al dejar mis estudios en Bogotá me vine, trayendo un famoso giro negro, de la raza de los perijaes, que en esa ciudad me ganó una pelea en la gallera pública y otra en una privada, por el lado de Las Cruces viejas. Ahora es menester que usted sepa que yo he puesto a cuidar el giro negro en la estancia de Los Alcaparros y

que hará unas dos horas que fuí a carear un gallo nuevo con el viejo veterano y Fulgencia dirigía la pelea por la parte del veterano y yo por la del pollo novicio; y los movimientos, las mudanzas, las entradas y salidas de la escaramuza de esta especie de guerrillas, es lo que a usted le ha parecido retozo, o baile, o que se yo que cosa. Vea, pues, para lo que sirve el anteojo; y a Isabel le voy a decir que se deje de esa diversión. ¿Qué se suplen con ver ilusiones?

—¿Y las fincas que tiene Fulgencia son también ilusiones del anteojo? ¿Y la pelea de ésta con José María?...

—Todo eso consiste en mi pasión por los gallos; Fulgencia gasta el maíz y el arroz de su despensa por cuidar al giro, y es necesario que yo le recompense con alguna cosa. Esto no lo ha comprendido ese tonto de José María, y parece que le ha puesto la mano: eso es todo.

—¿Y eso de la cartica de Carmelina, y los recados de la Conserva y la Gólgota?...

—¡Caramba con el anteojo! Es de nueva invención, seguramente, cuando traspasa las casas y las inmensas distancias... Es un anteojo magnético admirable. Esto lo que me causa es risa.

—Pues no se ría usted del medio por el cual haya yo descubierto sus amores democráticos y aristocráticos de Bogotá; eso poco importa: lo que importa es saber si es cierto que usted recibe cartas y recados de Bogotá, y nada más.

—Esto tiene también sus explicaciones, parte en los gallos y parte en la circunstancia de haber vivido juntos en una misma casa con Carmelina, con la confianza de hermanos. María Conserva me cuidaba el giro y la Radical me tuvo en su

tienda una gallina fina, porque don Eulogio no quería tener alboroto en su casa. Ahí tiene usted por el suelo una visión de tantas que se forjan las mujeres de cuenta de que quieren tener dolores de cabeza.

En la extremada sensibilidad de Margarita no era posible aguantar por más tiempo la discusión. En efecto, se levantó dirigiéndose hacia el balcón, en donde se puso a mirar para las vegas del río; a poco rato vio que entraban en la calzada del puente dos bestias de mala figura, cargadas cada una con cuatro haces o atados de leña y que detrás venía una pobre estanciera con su ruana puesta y remangada lo suficiente para no mojarse; arreó sus bestias para que pasasen el espacio de unas veinte varas de trecho, que el agua de la creciente cubría perfectamente; mas habiendo errado el camino de la calzada o camellón una de las bestias, rodó, empujada por la fuerza del agua, hacia la madre del río; y la infeliz mujer, sin poder hallar recurso en lo humano, comenzó a lamentarse en alta voz y a llamar a todos los santos del cielo.

Doña Mercedes, Justina, los niños y una criada corrieron, pero, detenidos por la creciente de las aguas, ninguno podía socorrer la bestia, que en vano luchaba contra las ondas, y a cada paso se engolfaba más y más en la corriente del río.

Ya era infalible su pérdida, cuando salió de una casita, situada junto del río, una estanciera haciendo el chambuque en el rejo de enlazar y del primer tiro dejó enlazado el caballito, y lo haló, ayudada por la mujer, hasta la propia orilla, a donde habían acudido algunas personas atraídas por los gritos, y lo sacaron en peso.

Es muy fácil de figurarse la alegría de la pobre leñadora, de doña Mercedes y de todos los espectadores. Carlos había llegado, aunque tarde, y todos a la vez le daban las gracias a la joven enlazadora, a la cual premió doña Mercedes con algunas monedas; mandó en seguida llevar de la casa una muda de ropa para la leñadora, que con los afanes no se cuidó de sostener sus vestidos arregazados y se mojó hasta la cintura.

La familia volvió a la casa, con la esperanza de que los gansos saldrían con la noche a buscar su corral. Se le sirvió vino a don Carlos con algunos bizcochos, y se despidió a poco rato, llevando un surtido de memorias para Isabel, doña Josefa, Rosalía y toda la familia.

Carlos se encontró en el camino con Fernando el cual le convidó al potrero de ceba a coger el Huracán, que no había querido entrar al corral y estaba arisco ese día. No se tardaron en ejecutar la maniobra, porque habiendo reducido el caballo a un ángulo del potrero, rompió carrera por en medio de los dos hacendados, y Carlos le tiró un chambuque por debajo y lo dejó enlazado del pescuezo. Remudó Fernando su caballo que estaba un poco estropeado e invitó a su vecino para que lo acompañase al otro extremo del potrero a revisar un trabajo de zanja o chamba que le estaban haciendo a destajo.

El chambero era el sargento Cogua. Cuando lo vio Carlos sin camisa, y con su pequeña ruana hecha guayuco, metido entre el agua y el fango, con su pala cogida a dos manos, limpiando una pared de la zanja del barbasquillo, los juncos y la cortadera, se enterneció de ver la suerte de un héroe, por una parte y de un muisca por otra, tal vez descendiente de algún cacique o jeque de la antigüedad.

Fernando le hizo algunas observaciones relativas al trabajo al soldado monumental, y le preguntó por su hija María, la que Carlos había conocido en la siega del trigo y con la cual había hablado en los rodeos pasados, tipo perfecto de la hermosura chibcha; agraciada, a pesar de su poco aliño, y aunque tratable, reservada y maliciosa, según el carácter general de los antiguos indios, más por necesidad que por raza, a causa de las vejaciones de los españoles y criollos de la colonia y de los tiranos de la República, pues de todos han sufrido desengaños, despojos y violencias.

No contestó ñor Cogua a la última pregunta de Fernando, porque vio a alguna distancia de la chamba, en la parte más seca, una zorra, que caminaba fatigada por el peso de un ave que se llevaba. El sargento gritó de lejos y la zorra se salió al llano, abandonando su presa; Fernando sacó su rejo del arzón y muy pronto la alcanzó en el Huracán, que era el mejor caballo de cacería y la enlazó del pescuezo; Carlos acudió en el acto, le puso igualmente su rejo y tirando para distintos lados los dos cazadores, la ahorcaron; el sargento le soltó los rejos y muy en breve se puso a quitarle el cuero.

Carlos se puso a observar la presa y con asombro, dolor y rabia conoció al giro negro, muerto, arrastrado y ensangrentado. La zorra había hecho el tiro en las gallinas de Los Alcaparros y cargó con el sultán, sin la menor consideración por sus heridas ni por sus glorias pasadas.

Carlos guardó el cadáver debajo de la ruana y se dirigió a Los Alcaparros. Fernando lo siguió y cuando se acercó a la casita se quedó en un lugar donde no podía ser visto de las haciendas, como a veinte pasos de distancia de la puerta de

talanqueras, porque ya le había cogido miedo al anteojo.

—¿Fulgencia?, gritó el joven hacendado.

—¡Señor!, contestó la estanciera.

Al instante salió ésta al patio y Carlos le preguntó:

—¿Dónde está el giro negro?

—Por aquí, con las gallinas.

—¿Ese es el cuidado que tú tienes?

—¿No me dijo usted que lo dejara suelto con las gallinas para sacar la cría? Pero si quiere lo cogeré, porque nada cuesta.

Fulgencia se volvió para el lado de la huertecita y tocó llamada por este estilo:

—Piuuu, piu, piu, piu, piuuu!

Las gallinas aparecieron sin el esposo común y como se llenase de afán la inqueta estanciera, descubrió Carlos el cadáver del desdichado giro y se lo arrojó al patio.

—¡El zorro, seguramente! exclamó la estanciera, poniéndose la mano en el cachete.

—Para que veas el cuidado que has tenido, perra cochina.

—Poco a poco, don Carlos, que a mí no me debe tratar de esa manera.

—¿Por qué no? ¿a un vil como tú?...

—Porque usted mismo me dijo que todos éramos iguales y me enseñó a que no le dijera mi amo ni sumerced... ¿Y por la porquería de un gallo viejo, que no vale ni un chicote, me viene

a tratar poco más o menos? Vaya usted muy lejos con sus igualdades y con sus gallos.

—Yo te enseñaré cómo se trata con un caballero, orejona malcriada.

Diciendo ésto, se desmontó y subió hasta el patio con la zurriaga, en la mano; pero la estanciera, que conoció en el hacendado otro aire muy distinto del que tenía cuando iba a ver sus gallos desapareció por entre los zanjones y las matas de chilco.

Se quedó mirando Carlos, como diestro cazador, el punto de la loma por donde había de asomar Fulgencia después de atravesar los matorrales y los zanjones, y cuando la vio tomar una derrota segura, se volvió a su vecino y le dijo:

—Es una venada que parece *lidiada,* ¿y sabes lo incierta que es esta clase de cacería? ¡Pero si la cojo!... ¡Vive Dios!...

—No habrá nada, porque tú nos ha de querer deslucirte con ponerle las manos y fuera de eso el escándalo que habría en las dos haciendas por semejante acto...

—¡Que digan lo que quieran! La sanción moral será buena donde todos la respeten. ¿No te parece el colmo de la desigualdad aguantar *lavadas* por los miramientos ajenos, mientras otros rompen derecho?

—Déjate de teorías. Ya verás cómo vuelves a fraternizar con Fulgencia. Y no sólo eso, sino que pronto vendrás a buscarla a su casa para contentarla.

—¿A esa china tan presumida?... Ni lo pienses.

—No digas eso, vecino, porque tú la quieres.

—He sentido simpatías muy raras por Fulgencia; pero una clase de simpatías que yo no puedo explicar.

—Amor, vecino, amor. Eso es lo que se llama amor.

—Pero, vecino, si esto es amor, es de una clase que yo no comprendo.

—Es amor democrático. Fulgencia es por excelencia la hija del pueblo.

—Hay un misterio en esto, seguramente. Yo te hablaré con más detención sobre este asunto.

—No hay más misterio sino que tú la has vuelto gólgota con tanto hablarle de la igualdad, de la libertad personal y de la autocracia del yo. Monta y vámonos a comer a *La Pradera.*

—Gracias, vecino. Les dije a las muchachas que iba a comer infaliblemente a casa.. Lo que debes hacer es irte conmigo y comemos allá juntos, ¿no te parece mejor?

—Iré mañana, sin falta.

—¡Corriente! de las dos para adelante, ¡Adiós!

Se separaron los dos vecinos, yéndose cada uno a su respectiva hacienda.

Ahora informaré a los lectores de algo más de lo que pasó en *La Pradera.*

Después que volvió toda la familia de su paseo a las vegas del río, se le antojó, a la bella Justina dar un vistazo con el anteojo. Del camino real pasó la puntería a las casas de *El Olivo,* tristes a la sazón por la lluvia densa que cubría todos los cerros; de estas pasó a las estancias y vio la segunda escena que pasó en la estancia de Los Alcaparros, cuando Fulgencia huía del patio y Car-

los la perseguía. Lo cual, referido sencillamente delante de Margarita, fue causa de que ésta se fuese a la cama, terriblemente afectada de los nervios, porque Justina no le dijo que la seguía con una zurriaga.

La escandalosa insurrección de los gansos no fue sino un ensayo político, como la independencia de Haití, porque, seguramente aterrados por las nutrias del río, o sintiendo la falta del maíz y de la cebada, que son un poco más jugosos que los saltones y cucarachas, o echando menos su cuadra segura, abrigada y más cómoda que la ribera de la laguna, se volvieron con la luz del crepúsculo vespertino. Es de advertir que doña Mercedes no permitía que se matasen los gansos.

Informaremos también al lector que los pronósticos de Fernando fueron exactos con respecto a la enemistad originada por el gallo, porque no se pasaron ni dos días sin que Carlos visitase a Fulgencia.

A los dos días estuvo Carlos en *La Pradera* a despedirse de la familia, porque se iba para Sogamoso a traer un poco de ganado para la ceba y no logró despedirse de Margarita en particular, porque estaba mala y en cama, pero le dejó recado con Justina.

CAPITULO XII

LA REVOLUCION.

EL GOBIERNO PROVISORIO

Aunque había mucha gente en la casa de *La Pradera* no se sentía alboroto ninguno, porque las señoras cosían o limpiaban trigo en los corredores, en el mayor silencio, los niños no alzaban la voz para aprender sus lecciones, ni las harneadoras se contaban las unas a las otras lo que pasaba en las dos haciendas, sino era cuchicheando por debajo de sus sombreros de palma, de todo lo cual dimanaba la quietud y la armonía.

Doña Mercedes les dirigía la palabra a las peonas, cuando ñor Juan Antonio entró muy presuroso, diciéndoles a las señoras:

—Vengo a traerles a sus mercedes una noticia tan grande así y les hizo la muestra como de una patilla, o de una auyama de mucho tamaño.

—Echela, ñor Juan Antonio, le contestó la graciosa Margarita.

—Pues que en Bogotá están en guerra.

—¿De veras?, exclamó la señora Mercedes.

—De veras, mi señora. Estuvo en mi estancia mi compadre Andrés y me dijo que había llegado a su rancho un posta que iba para Ubaté y que le había contado que habían tirado muchos cañonazos a la madrugada y que habían ganado los liberales y que habían apresado a muchos cachacos conservadores y gólgotas.

—¿Pero cómo? ¿Contra quién es esa guerra? ñor Juan Antonio, ¿o en favor de quién?

—Es en favor de la religión y del buen gobierno y contra la Constitución del 21 de mayo, según lo que el posta le dijo a mi compadre y que los gólgotas, unos se han escondido en sus casas y otros se han ido para Zipaquirá.

—¿Y cuántos morirían en la pelea? ¿no supo usted?

—Como que sí morirían algunos, porque el caballo del soldado dizque iba todo lleno de sangre y el soldado llevaba un chafarote que daba miedo, según la razón que me dio mi compadre.

—¿Y qué haría el Presidente?

—El se quedó quieto en su palacio.

—¿Es decir, que triunfaron los gólgotas?

—No, mi señora, porque según lo que el posta le dijo a mi compadre, lo que gritaban era «que viva la religión y el señor general Melo y el ejército permanente»; y la cosa es muy gorda, porque el húsar iba con el caballo cansado y tuvo que quitarle su caballo a mi ahijado Tilímaco, que iba por unos remedios, porque mi ahijada se estaba muriendo de dolor de costado.

Genara, que estaba harneando, fue comisionada para llamar a don Gaspar y a Fernando, que

estaban asistiendo a la deshierba de la sementera de papas y *ñuá* Juan María a comunicar la misma noticia a la familia de *El Olivo.*

Entretanto doña Mercedes seguía conversando acerca de la política con el ciudadano Juan Antonio, con la bondad que acostumbraba.

—¿Y de qué partio es usted?, le preguntó la señora al estanciero Juan Antonio.

—Yo, de que nos mande un hombre que se haga respetar y que haga mucho ruido para que todos lo conozcan desde lejos, porque a mí no me gustan esos presidentes que nadie los siente ni los conoce y si son dotores, mucho menos; ni tampoco me agradan los congresos hechos por los de botas, que son los que nos meten por el aro a todos los que no sabemos nada de la leyenda porque ellos son los que mandan.

—¿Y por qué no le gustan a usted los congresos?

—Porque le amarran las manos al que manda, como dicen que han hecho con el señor Obando, que es un buen Presidente y porque los congresos hacen las cosas muy al revés de lo que quieren y necesitan los pueblos y el partido de nosotros los descalzos, que somos la mayor parte y la mayor parte era la que había de reinar según lo que cuentan los amos liberales y porque nos mandan los más poquitos; es que ya no se nos pasan siete años sin que haya un rebullicio y los que tenemos algo que perder somos los que pagamos el pato, porque, como dice el dicho, *a río revuelto ganancia de pescadores.* Sumerced lo sabe muy bien que el año de 51 me quitaron un hijo y un caballito, los cuales eran mis pies y mis manos. A mi hijo lo llevaron amarrado para hacerlo ciudadano armado y después se lo lleva-

ron para la provincia de Antioquia a pelear contra los conservadores y por allá se lo comió la tierra. Y todo esto por la falta de un gobierno bien ajustado, que nos gobierne como los chapetones de ahora muchos años.

—Entonces usted es monarquista y si la mayor parte pensase como usted, entonces la República perfecta se tendría que mantener a fuerza de bayonetas, como se defiende la soberanía de la isla de Cuba o de la ciudad de Argel. Yo sí conozco que los pueblos tienen una inclinación secreta a la monarquía, sin que ellos mismos lo conozcan y lo sospecho por ese amor a los Presidentes de chafarote, de que usted hace mención y en el desprecio a los Presidentes de casaca negra; pero también es cierto que hay gentes que han pensado lo contrario: volvamos al asunto. ¿Usted por quién está en las circunstancias presentes?

—Yo, por el amo Melo, porque es liberal y quiere lo que es justo, por lo que les he oído decir a los liberales de la parroquia.

No tardó ni un cuarto de hora en llegar sumamente asustado el esposo de doña Mercedes y al pisar el umbral, preguntó en el tono más deplorable:

—¿Qué noticias son las que ustedes tienen por aquí?

—Que hay revolución en la capital, pero no le he podido comprender a ñor Juan Antonio por qué ni para qué, ni qué partio es el que va triunfando hasta la fecha. ¿Usted qué ha sabido por allá?

—A mí me dijo el mayordomo que le había dicho un calentano que había habido una revolu-

ción en Bogotá, sin que hubiese muertos, de lo que me alegro infinito y que apresaron al gobernador Briceño y al secretario Plata.

—Ahora comprendo menos. Oando liberal y Presidente; Briceño, conservador y gobernador; Plata, secretario y radical: yo lo que sé es que la Nueva Granada es el país que marcha más a la vanguardia en esto de las utopías. En fin, de aquí a mañana lo sabremos.

A renglón seguido llegó don Isidro, y doña Mercedes le preguntó:

—¿Qué ha sabido usted?

—Que estamos en revolución, mi señora, le dijo éste.

—No se lo creo, le contestó la señora; usted está muy carialegre y una revolución causa tristeza. Aunque no fuese sino por los seis u ocho mil hombres que mueren en cada una de ellas. Ahora los saqueos oficiales y extraoficiales, que recaen directamente sobre las haciendas...

—Es lo que le digo, mi señora Mercedes; se acaba de consumar una revolución; una revolución completa; don Guillermo me puso un posta para darme la noticia y no hay por qué dudarlo. Traje la carta y si ustedes gustan la leeremos.

—Sí, don Isidro, porque aquí estamos en ascuas.

Sacó la carta y leyó:

Bogotá, abril 17 de 1854, a las 7 de la mañana.

«Mi apreciado amigo: El 20 de julio, el 7 de marzo y el 17 de abril serán fechas que la posteridad celebrará con respeto y con admiración profunda; la última, sobre todo, que es la salvación de una República democrática ya constituída,

pero que se hallaba aherrojada por un congreso de demagogos, que hostilizaban el poder supremo para cogerlo ellos por su cuenta, que es lo que sucede con nuestros patriotas acrisolados, que se habían aprovechado de los bostezos y del sueño de los legisladores, conservadores que a pesar de estar en mayoría en los congresos han dejado introducir leyes antisociales y esa Constitución del 21 de mayo, que es el pasquín más ingenioso, que ni los muchachos hubieran podido inventar, para que las naciones cultas entiendan hasta qué punto somos ridículos los granadinos, dándonos la constitución de una República perfecta, cuando nuestra civilización está imperfecta y tan imperfecta, que de tres millones de habitantes no hay doscientos mil que puedan leer esa misma Constitución.

En fin, la revolución del 17 de abril le ha hecho el entierro solemne a la Constitución del 21 de mayo, a las cuatro de la mañana de este día, solemnizado con el estruendo del cañón, las armonías de los clarines bélicos y gritos de ¡Viva la religión! ¡Viva Melo! ¡Viva Obando! ¡Viva el ejército permanente! ¡Viva la sociedad democrática! ¡Viva el partido liberal de la Nueva Granada! Por fortuna nuestro partido no se ha manchado con la sangre de uno solo de los que insultaron al ilustre general Melo en el congreso, ni de los que maltrataron a los artesanos, asesinando en la plaza de Bolívar al más pacífico de todos. No crea usted que la revolución del 17 de abril necesita del terror para llegar a su término: una revolución se hace cuando es popular y siendo popular, claro es que no tiene enemigos que combatir.

El general Melo será el Presidente provisorio, mientras que se realice una convención nacional,

y es menester que usted, con todos sus vecinos, se interesen en sostener a este ilustre general.

Le remito el programa y la proclama para que usted se imponga de estos documentos y los haga circular lo más posible.

Deseo que usted no tenga novedad y que mande a su afectísimo amigo,

Guillermo García Estrada».

—¡Con que se fue a la porra la Constitución que nos habían hecho jurar a todos!... Esto se ha convertido ya en una República bartolina.

—¿Pero cómo han de ser permanentes las constituciones que hacen unos pocos contra las costumbres, la conciencia y la opinión de la mayoría, según nos lo acabó de decir ñor Juan Antonio? ¿Cómo no han de costar ríos de sangre esas constituciones hechas por los vencedores con absoluta prescindencia de los vencidos?, ¿por los agiotistas con ausencia de los explotados? ¿Por los incrédulos con ausencia de los creyentes? Hablo de la inicua Constitución del 21 de mayo.

—¿Qué? ¿No están en esta casa por la revolución del general Melo? Oigan ustedes la proclama y verán que no hay una cosa más justa.

Sacó don Isidro varios papeles del bolsillo de los zamarros y en uno de ellos leyó lo que sigue:

«Proclama»

«Insinuada la anarquía por todas las venas de la república, bajo el aliciente seductor de las nuevas instituciones; disfrazado el despotismo de un poder ingrato, con las fórmulas protectoras de la libertad; desautorizado e impotente el gobierno nacional, hasta servir de escarnio a los opre-

sores anarquistas; sentados en el lugar de los legisladores, sin título alguno legítimo, los enemigos sempiternos de la república; insultado indignamente y aniquilado de un solo golpe de arbitrariedad el ilustre cuerpo de ciudadanos armados que han dado independencia a estos pueblos, baluarte inexpugnable del orden y de la libertad; vilipendiada la religión por la impiedad; rotos los vínculos de la moral; disociadas las provincias; cansadas ya del desorden y en vísperas de hundirse todas en la anarquía, imperdonable crimen sería en un soldado que desde sus primeros años consagró su vida a su patria verla padecer, pudiendo salvarla. No, ciudadanos: la libertad no perecerá mientras yo exista, mientras exista uno solo de esos héroes que forman hoy el pequeño pero glorioso ejército de la República».

Después de esto sacó otro papel del bolsillo y dijo:

—Aquí tienen ustedes el programa manuscrito que me mandó don Guillermo, y leyó:

«Abajo gólgotas y Constitución del 21 de mayo.

Convocatoria de una convención granadina.

Profundo respeto a la religión católica, apostólica, romana.

Fuero eclesiástico.

Misión a Roma a solicitar un concordato.

Derogatoria de todas las leyes antieclesiásticas.

Vuelta de los jesuitas.

Restablecimiento del orden público con diez mil bayonetas.

Recargo prudente a los derechos de exportación.

Contribución sobre el tabaco que se exporta».

—¿Todavía no les gusta el gobierno provisorio? preguntó don Isidro, después de concluír la lectura.

—Usted sabe que yo soy conservadora, contestó doña Mercedes.

—¡Por lo mismo! ¿No acaba usted de ver en la proclama y en el programa que las ideas de los melistas son las mismas ideas conservadoras?

—No lo crea, don Isidro, dijo la señora, meneando la cabeza y manifestando sumo disgusto.

—Entonces yo no comprendo a los conservadores. La Constitución del 21 de mayo es la cosa más disparatada del mundo; porque conceder la libertad de pensar, que ninguno había prohibido, es el colmo de la petulancia; la libertad de charlar la tienen hasta los loros; la tolerancia, que manda respetar todo aquello que se permite; la libertad absoluta de imprenta, pase, porque sin ella no habríamos tenido la revolución del 17; la libertad de amarrarle las manos al Presidente, es como la de ponerle grillos a un hombre que va a pasar nadando el Magdalena y todo ese lujo de garantías es la burla más grande que se nos puede hacer, sabiendo que la impunidad está consagrada en nuestras leyes y que los malos no pueden darles garantías a los buenos. ¿Y qué me dice del voto secreto y universal? ¿No le parece a usted la mayor barbaridad de los gólgotas? ¿Y tal Constitución es la que van a defender los conservadores? Esa sí es la verdadera utopía: si los conservadores le piensan hacer la guerra al general Melo se acreditan de torpes.

—Yo no estoy por la revolución hecha por el general Melo, dijo Fernando, pero no tomaré parte en nada mientras no se metan conmigo.

—Me parece que en esta casa no estaremos por la tal revolución, dijo doña Mercedes.

—Y todos los de casa simpatizamos con ella.

—¡Menos yo!, exclamó Carlos, porque simpatizo con los radicales y por consiguiente con los conservadores en la presente revolución.

—Y yo por ahora simpatizo con los radicales, dijo Isabel.

—Qué despropósitos los de la política de la Nueva Granada, dijo don Gaspar.

—¿Y qué llama usted política?, preguntó doña Mercedes.

—La ciencia de los gobiernos.

—Vea usted lo que es no saber una las cosas de los estudios. A mí me parecía que la política en la Nueva Granada era la ciencia de hacer sacrificar a los pueblos para adueñarse del poder. Pero, en fin, nosotras las mujeres no entendemos de nada de eso.

—Mucho menos nos entenderán por fuera de la República, dijo don Gaspar, quedándose con la barba puesta en la cabeza de la zurriaga de guayacán, que tenía cogida con ambas manos. Por ahí encima de la cómoda está una hoja suelta que dieron los radicales ahora diez meses, ¿no la ha leído, don Isidro?

—No recuerdo, contestó éste, y no está por demás leerla.

Luégo que Margarita le hubo dado el papel a su vecino, éste lo leyó con énfasis, porque ese

día estaba lleno de entusiasmo; el papel decía lo siguiente:

«El 8 de junio

«Ya en la capital de la República no gozan de seguridad las personas honradas.

Se ha levantado una turba bárbara y frenética contra la moral y las instituciones, la cual está auxiliada por el general Obando y el ejército permanente.

Ayer fueron indistintamente atacados en las calles, con alevosía, muchos sujetos notables y especialmente los representantes del pueblo y los jóvenes defensores del Congreso.

A los gritos de ¡viva Melo! se trataron de consumar los escándalos ejecutados en el Cauca. El primero de estos nombres es de fatal agüero, porque ha sido en todos tiempos el móvil del crimen y el triunfo del salvajismo sobre la civilización.

Allá en el Cauca, a nombre de Obando y de la democracia, se vapulaba y asesinaba a los hombres honrados de todos los partidos, se robaba y se cometían otros crímenes horribles. Aquí, a nombre de Obando y Melo se asesina a los hombres más dignos y se les da muerte con las mismas armas que la nación ha puesto en manos de los que se titulan defensores de la Constitución y de las leyes.

Obando es el primer presidente que se inaugura con ataques a la libertad...».

—¡Basta!, dijo don Isidro: no leo más calumnias de los pisaverdes; no quiero oír cosas que me chocan más que si me las dijesen a mí mismo.

—¿No es usted tolerante?

—Esas son teorías que yo no respeto.

—¡Esa es muy buena! Pero lo mejor es callar, dijo doña Mercedes. Estos son efectos de los partidos y nada más; y para esto que aquí estamos enteramente divididos; y porque todos los de esta casa somos conservadores y los de *El Olivo* liberales. Y no es mucho que uno u otro día hayamos de indisponernos, cuando siempre hemos vivido tan unidos: ¡lo que son los partidos!

—Esa sería la mayor simpleza, contestó Isabel.

—¿Apostemos, dijo doña Mercedes, apostemos a que vamos a tener sentimientos y peleas por la política?

—¡Imposible!, exclamó la señora Josefa. ¿Luego para qué sirve la tolerancia?

Carlos y don Isidro se fueron pronto. La gente de *El Olivo* se quedó discutiendo por largo rato sobre el asunto de la revolución, y en los dos siguientes días no tuvieron ninguna noticia cierta de la capital. Al tercer día sobrevino una novedad que llenó de espanto a todos los habitantes de *La Pradera.*

Como a eso de las cuatro de la tarde se apareció una partida de veinticinco hombres bien montados, mandados por un comandante Amaya Pérez, el que cogió para reclutas a José María y Martín; los otros peones se pudieron salvar escondiéndose entre el tamo, se llevó además los caballos de galápago de las señoras, dos caballos de cacería, de Fernando y 60 reses de ceba.

Fue mucha la pena que don Gaspar, la señora y toda la familia tuvieron por la pérdida del ganado que se llevaban y por el afecto particular que les tenían a los hermosos caballos en que montaban las señoras.

Fernando se interesó con el oficial, en conmovedoras palabras, para que los devolviera, pero no consiguió nada.

—Yo tenía intenciones de no hostilizar al gobierno provisorio del 17 de abril, pero usted me hace cambiar de ideas.

—Una golondrina no hace verano, le contestó el oficial.

—No hay enemigo pequeño, dijo Fernando y se fue a reunir con su familia.

—¿Con que no se salvaron los caballos, Fernando?, le dijo doña Mercedes.

—No, señora, pero juro que tomaré las armas y que les haré cuantos daños pueda.

Don Isidro había visto la tropa, y acudió a la puerta del potrero cuando ya sacaban el ganado, y dos caballos más, también de cacería y de vaquería; consiguió con el oficial que le devolviesen dos caballos y diez reses.

La familia se quedó muy afligida y Fernando reiteró su juramento de tomar parte en la guerra.

—¡Ahí tiene usted lo que son las revoluciones de la Nueva Granada!, dijo suspirando la señora Mercedes; Gaspar, que no quiere revolución, tiene que contribuir con mil pesos para ella; y ¿quién ha declarado la necesidad de la guerra? y ¿por qué ha de haberla?, ¿porque algunos quieren subir al poder?, ¿entonces por qué no la costean ellos? ¡Lástima del caballo y de mi galápago!

CAPITULO XIII

LA SITUACION

La familia de don Ezequiel Meléndez se hallaba de visita en *La Pradera* a fines del mes de abril. Una parte de las familias unidas estaba en el interior de la casa y la otra se hallaba en el corredor alto, sentados unos en los canapés y otros en varios taburetes de lujo que se habían sacado de la sala.

Es imposible que los habitantes de Bogotá se puedan figurar todo lo que sufren las familias que viven en las haciendas en los tiempos de revolución, teniendo los jefes y los soldados derecho para expropiar caballos, reses, ovejas y gallinas por donde quiera que van pasando.

Se hablaba en el corredor de la revolución pero muy vagamente, porque hacía algunos días que no se tenía noticias de la capital.

Eran observados con el anteojo los caminos y la Sabana con la mayor escrupulosidad, y Margarita, que hacía uso de él a la hora de que hablamos, dio aviso que un jinete se dirigía a la hacienda por el camino de Bogotá.

—¡Válgame Dios!, ¡qué novedades habrá por la ciudad! exclamó la señora Choma.

—¿De qué clase es el marchante?, preguntó doña Mercedes.

—De la clase calzada, seguramente, porque el caballo es elegante. Como que será algún hacendado del lado de Zipaquirá.

—¡A ver! Dijo la tía Choma y le quitó el anteojo a Margarita.

—Pero no vaya usted a tomar un gallinazo por un buitre, dijo Justina.

—Eso no es hacendado, contestó la tía: yo lo que veo es una maleta a caballo. Si no es fraile es algún pulpero de Bogotá; trae ruana con forro amarillo y sombrero de fieltro negro, y el caballo es muy gordo, pero camina rengueando. Sin embargo, declaro que no lo conozco.

Tomó Justina el anteojo y después que se hincó al pie de la baranda, dijo con suma frialdad:

—¿A que no me adivinan quién es el bogotano que viene?

—¡Imposible, niña!, dijo doña Josefa.

—¡El doctor Cataplasma!

Se sonrieron todos y Margarita se puso muy encendida.

—El si nos trae buenas noticias, dijo don Isidro.

—¡Y viene al galope! Dijo Justina.

Todas las señoras se acercaron a la baranda y se pusieron a esperar, entretanto que la noticia de la venida de don Serapio corría por toda la casa.

Don Serapio era más deseado que los buitres en la cacería de *El Olivo,* por razón de las noticias; y el cuarto de hora que gastó desde la separación

del camino real hasta las corralejas de la hacienda, les pareció un siglo a todas las señoras; pero al fin llegó, no teniendo tiempo ni para saludar, porque doña Josefa le salió al encuentro, diciéndole:

—¿Qué hay por Bogotá?

—Muy bueno todo, mi señora, le contestó don Serapio y se desmontó en el corredor que servía para tal efecto.

Doña Choma y doña Mercedes se pusieron muy tristes, porque las palabras de don Serapio no indicaban sino que la dictadura seguía con viento muy favorable.

Se determinó recibir la visita en el gran corredor del balcón, por no perder de vista los llanos y los caminos de la Sabana.

—Después que saludó don Serapio a las familias de las dos haciendas, dando la mano a las señoras, las impuso de las noticias siguientes:

—Sabrán ustedes que después del feliz pronunciamiento del 17 de abril, y de asegurar en la cárcel a algunos de los funcionarios del gobierno constitucional con el presidente Obando y algunos de los sujetos más decididos por la Constitución del 21 de mayo, se declaró Melo en el ejercicio del poder supremo, porque Obando no quiso admitir la dictadura. Dio su programa el presidente provisorio, siendo sus principales capítulos sostener la religión y el ejército permanente y convocar una convención para darle sus leyes a la nación, conformes con las ideas del país y su estado de civilización actual, sin las ideas exageradas de los gólgotas, ni las retrógradas de los conservadores.

Nombró su ministerio el Presidente provisorio y estableció las rentas sobre las arcas de los agricultores.

Se mandó, por medio de un bando, que se alistase todo el mundo y estando reunidos en el convento de San Juan de Dios les hizo una arenga a los cachacos, que no les gustó mucho y algunos se salieron por las ventanas o las puertas privadas, comenzándose a hacer alguna oposición al gobierno provisorio.

No obstante, la revolución está sostenida por todas las sociedades democráticas de la República, por el ejército permanente y por los principales personajes de las provincias, según lo aseguran los que están al corriente de todo.

La gente de categoría de Bogotá sostiene la dictadura por el miedo a las ideas comunistas y socialistas expresadas en las sociedades republicana y democrática. Todo el mundo está convencido de que la Constitución del 21 de mayo es una novela y nada más, porque las constituciones deben ser adaptables a las ideas del pueblo para que sean duraderas.

—Sin embargo, dijo doña Mercedes, parece que el general Herrera se ha ido como designado a levantar un ejército por el lado del norte. Dicen que el día 23 se unieron los generales Franco y Herrera con alguna gente de Tundama, en Tunja y que el general Buitrago se fue a levantar tropas a Santa Rosa.

—Sí, señora, dijo don Serapio, pero los titulados constitucionales fueron escarmentados con la muerte de varios de los soldados del gobernador Martínez, en el páramo de Sisga.

—Después de esto se pasó a los constitucionales el comandante Rojas Pinzón, dijo doña Mercedes.

—Pero una golondrina no hace verano. Aquí traigo el Boletín oficial, que dice que el general López se ha pronunciado en La Plata con seiscientos hombres resueltos y que han hecho lo mismo Cuéllar y el comandante Quintero; y que Girón ha sido acogido pacíficamente en la ciudad de La Mesa.

—¿Y qué más dice el Boletín? Preguntó con ironía la tía Choma.

—No más, mi señora, dijo don Serapio con la mayor frescura.

¿No dice que el gobernador Briceño hizo su protesta contra la dictadura el día 18 y se fue con la poca fuerza que había en La Mesa?

—No, mi señora.

—¿No dice que el mismo gobernador y el comandante Juan José Márquez derrotaron el día 23 al comandante Callejas?

—Nada de eso dice, mi señora; pero aquello me parece que son chispas de los constitucionales de La Mesa.

—¿No dice que el comandante Barriga fue derrotado en Honda por el comandante Sandoval?, ¿y que el coronel Viana ocupó la plaza?

—Me parece que usted está más impuesta de la situación que yo, mi señora.

—Es porque usted no quiere referirnos las que nos gustan; pero usted lo ha de ver, que el sistema de ocultar las noticias adversas y de publicar boletines falsos, no vale para sostener una

dictadura en una República que marcha a la vanguardia.

—Ahora bien, ustedes están cometiendo algunos excesos en cuanto al séptimo mandamiento y eso los va a desprestigiar mucho: todos quieren sacar jugo de las expropiaciones. Se rescatan por plata contante, caballos, carros y reclutas. El carretero de casa rescató el carro por cuatro pesos, su persona por dos y los bueyes por dos reales.

—No es extraño el que se cometan algunos abusos, cuando aún no hay un gobierno establecido en todos los ramos de la administración pública. Pero muy bien se conoce que el gobierno provisorio no aprueba nada de eso, por la circular que corre en la Gaceta número 1.741, que dice: «Muy bien conoció el gobierno que aquellos abusos, de que tenía repetidos reclamos etc.».

—Vea don Serapio lo que dice la proclama de Herrera sobre ese particular, dijo la señora Mercedes y leyó lo que sigue:

«La hermosa ciudad de Bogotá está sometida al vandalaje más escandaloso y despotizada por un hombre que, huyendo del justo castigo que merece por el asesinato perpetrado por él en la persona de un pobre soldado y apoyado en los cuerpos que hacen la guarnición, quiere aniquilarla para siempre, entregándola al pillaje de una soldadesca desenfrenada...».

—¿Ustedes creen que los virtuosos generales y jefes del ejército permanente hayan podido dar motivo para estas recriminaciones tan sumamente apasionadas?

—Pero cuáles son esos generales y jefes, don Serapio. La mayor parte de ellos se han marchado a formar en las filas constitucionales, o es-

peran la ocasión, resistiéndose todos a tomar servicio con los provisorios.

—Pero ya comienzan a pagarla, mi señora: el comandante M. M. Paz ha sido completamente derrotado en el Alto del Trigo, con los 400 hombres que tenía.

—Una sorpresa y él no tenía sino treinta compañeros. Vaya con las derrotas, dijo doña Jerónima.

—No le vaya a suceder al general París otra cosa muy parecida.

—¿Qué tiene el general París? Preguntó doña Mercedes.

—Que se fue para el sur con once constitucionales más el día 7 de este mes, entre ellos el coronel Arjona, el capitán Severo Rueda, el teniente Madero y otros.

—Seguramente, replicó doña Mercedes, que por ellos dijo el dictador en su boletín del día 14: «que no pudiendo algunos oficiales ser tolerados en las filas del ejército regenerador se habían marchado a las de los otros, en donde reinaban la licencia y el desorden y en donde se disponía sin formalidad alguna del óbolo del pobre agricultor, y donde se robaba al pobre indio hasta el vellón de sus ovejas».

—Y por otros cuatro que se han ido a buscar el mal por sus manos; pero todos están borrados de la lista militar, menos el general López.

—¿Y el general López por qué lo había de ser? ¿No se pronunció con seiscientos hombres, todos resueltos?

—Eso dice el Boletín, dijo den Serapio, pero no es muy exacto. El general López está con los

constitucionales y ha dado una proclama contra la dictadura, de lo más tremendo.

—Es hasta donde puede llegar su patriotismo, dijo don Gaspar Rodríguez. ¡Amigo de Obando y de las democracias, se enrola entre los amigos de la Constitución! Pero bien. ¿Qué hacemos con los boletines, los creemos o no los creemos?

—Pues debemos creer en ellos, porque el gobierno los da bajo la fe de la autoridad administrativa. De las chispas no diré nada, porque esas son palabras sin autorización ninguna; y no vayan ustedes a creer que al general Melo le gusta la mentira.

—Y en esto de los empréstitos ¿cómo andamos, don Serapio? ¿Es verdad que se da martirio a los ricos para que aflojen el empréstito?...

—Sobre esto les haré a ustedes algunas explicaciones, que me parecen del caso. A los ricos, a los agiotistas y oligarcas los hicieron odiosos los tributos en sus peroratas en la sociedad democrática, en donde los gólgotas dijeron que la propiedad era un robo; es decir, que son ladrones los que buscan propiedades y los que las poseen, aunque sea de una manera legal; lo cual no es del todo cierto, porque yo, por ejemplo, poseo una quinta y algunas casas, y no me siento con la conciencia intranquila. Yo creo que en esto hay mucho de exageración, porque si nadie tuviera propiedades, ni riquezas, nadie recibiría los productos de las manos industriosas. Si en un día dado se nivelara la riqueza de todos, al año habría que nivelarla de nuevo, porque los unos la habrían despilfarrado o dejado mermar, mientras que los otros la habrían aumentado y entonces sería preciso nivelarla todos los años. Ahora bien, si se obliga a que todos sean proletarios, no habrá quien compre los productos y si a

todos se les obliga a que tengan plata y que no se ocupen en otra cosa que cuidarla, entonces no habrá para comer, ni ropa para vestir. Todas esas teorías de los gólgotas han causado mucho daño, mis señoras y por eso es bueno que los echemos abajo.

—¿Cómo?, ¿socialistas y comunistas los regeneradores? ¿Los enemigos de los gólgotas? Dijo doña Jerónima. ¿Entonces quién nos entiende?

—Es que las cosas se ponen así, mi señora; porque las revoluciones no se pueden fijar bajo principios enteramente justos, desde el punto en que comienzan, dijo don Serapio.

—Pero entonces para qué da programa. ¿No es el respeto a la propiedad un capítulo del programa de la revolución de Melo?

—Sin embargo, oiga usted lo que dice el Boletín del día 18, dijo don Serapio y leyó lo siguiente:

«El empréstito sigue recaudándose y los que creían poder eximirse de él y burlarse de la exigencia que se les hacía, han visto ya que el gobierno, sin necesidad de confiscaciones ni de vejámenes, como los de Herrera en Tunja, ha sabido emplear medios vigorosos y eficaces para conseguir su intento».

—Yo no sé cómo explicarán entonces los melistas el pasaje de un ciego que curaba el doctor Sheyne, al cual trataron un poco mal; la expropiación del almacén de un antioqueño rico; la hoja suelta de un señor Góngora y la circular del doctor Mercado, que dio para evitar las violencias y lo que dijo el general Melo en uno de sus decretos del día 16; oiga usted, que aquí tenemos el papel impreso:

«Ya se han tomado y seguirán tomándose medidas fuertes y vigorosas, las más a propósito para efectuar la recaudación del empréstito... Con hombre de esta naturaleza no se guardarán ya más consideraciones y el gobierno sabrá hacerse respetar y hacer cumplir sus disposiciones».

Fernando y su amada Isabel habían conversado largamente en el cuarto de costura, durante las anteriores discusiones. El tema que Isabel sostenía era éste:

—Soy de parecer que usted no debe tomar parte en esta revolución, Fernando.

—¿Cómo no? ¿Usted cree que sea justa la que estalló el 17 de abril, que ha echado por tierra la Constitución del 21 de mayo?

—Yo no creo justa ninguna revolución por medio de las armas.

—¿Ni la que se hiciera para echar abajo una mala Constitución, sostenida por esbirros y tiranos?

—¿Y cuál es esa Constitución tan mala, y cuales son esos esbirros?

—La Constitución del 17 de abril, Isabel, que nos colma de libertades tan indistintamente, que se puede decir de ella que da Dios habas al que no tiene muelas. Nos ahoga la constitución en garantías individuales, al mismo tiempo que a los facinerosos se les abre el campo para que cometan toda clase de crímenes y se les da el derecho del sufragio a los más ignorantes para que unos pocos audaces tiranicen la opinión general de los ciudadanos, que es la misma cosa que representa la fábula de un mono que no pudiéndo robarse unas castañas del fogón para comérselas,

las sacó con la mano de un gato, a quien embaucó para el efecto.

—¿Y usted se va a exponer a sufrir un balazo por sostener la Constitución del 21 de mayo?

—La patria, Isabel, la libertad, la legitimidad, son deidades que merecen el sacrificio de la vida.

—¿Y yo no merezco nada?

—¿Usted?... ¡Lo merece todo! Ordene y será obedecida.

—Que no se comprometa en esta guerra.

—Si usted oye los motivos que yo tengo, entonces será usted la que me anime a entrar al combate, porque este partido draconiano ha hecho cosas que me han herido profundamente el corazón.

—¿Cómo qué cosas?

—Como la muerte de Antonio París, que era mi amigo, como la expropiación de los caballos de mamá, de Margarita y de Justina y mis caballos de cacería. Pero sobre todo, la patria, la legitimidad y la libertad.

—¡Qué patria, Fernando! Usted cree que alguien se expone a los riesgos de la revolución o la contra-revolución si no es por la esperanza de una cucaña, o por conservar su destino? ¿Y el hacendado que vive de su trabajo, qué tiene que hacer con los destinos? ¿Y cuál es esa legitimidad que se va a defender?... ¿puede haberla en una República en donde mandan las minorías, según dice papá?, ¿qué libertad hay en donde se les dan a los criminales las garantías que no se les dan a los hombres honrados? Déjese de patria, Fernando; hágalo usted por mi señora Mercedes, si es que yo no valgo nada.

—¿Usted? Usted vale más que todo cuanto hay en el mundo.

—Pero valgo menos que las ilusiones de libertad y patria.

—¡No, Isabel!, por combatir la dictadura no dejaré yo de amarla. Los nobles caballeros que combatían en el siglo XVI por su Dios y por su dama, siempre salían airosos de la pelea. Las señoras conservadoras tienen gran parte en la causa que hoy sostienen los constitucionales; porque las ideas conservadoras son la salvaguardia del pudor, de la moral y de las máximas del Evangelio. Amor, patria y religión será mi divisa.

—¿Con que al fin irá usted a pelear en favor de la Constitución del 21 de mayo?

—No será precisamente por la Constitución. Para mí representa mucho más esa lista de los hombres más esclarecidos que se han pronunciado en contra de los principios revolucionarios de Melo.

—Y muchos de esos hombres por quienes usted intenta sacrificar la vida y los intereses, es muy seguro que dentro de cuatro años tendrán otras ideas diferentes de las de ahora y entonces usted, sufriendo tal vez la miseria, y contemplando las cicatrices de su cuerpo, exclamará: «¡Por ellos!, ¡y ellos pertenecen hoy al partido contrario!»... ¿No sabe usted lo que cambian esos hombres de cierta categoría?... ¿Y por esa gente quiere usted derramar su sangre?... Usted, un campesino que finca sus aspiraciones en que las sementeras se den buenas y en que las vacas se multipliquen; que se penetra con el frío de las escarchas y se requema con los rigores del sol, mientras que los empleados de circunstancias se huelgan con los sueldos que han logrado conquis-

tar con la sangre de los majaderos a quienes seducen, hablándoles de los derechos del pueblo; Fernando, ¿usted se sacrifica por esa gente?, abra los ojos, y piense en las lágrimas que ha de derramar por usted su familia...

Isabel calló, porque su llanto no la dejó proseguir en sus consejos, que a la par que amorosos eran muy razonados; Fernando se sintió conmovido y hechizado de tanta hermosura, de tanta bondad, de tanto juicio como desplegaba en aquellos momentos el único ídolo de su corazón.

Daba las doce el reloj de la sala con lentos sonidos y en alguna manera tétricos para aquellos dos corazones afectados por la ternura. Contó Fernando una por una las campanadas y fijándose en la fecha del día, exclamó:

—¡Oh, Isabel de mi vida!, puede ser que las palabras de usted sean una profecía, puede ser que las campanadas de las doce me recuerden en alguna prisión los razonamientos de mi hermana de infancia; o puede ser que me sea mucho más adversa la suerte y que usted sienta estremecer su corazón con este mismo sonido, cuando mis cenizas reposen en una tumba... El porvenir es un misterio. Pero yo tengo hecho juramento de hacerles la guerra a los dictatoriales del 17 de abril.

—¿Por cuatro caballos y unas cuantas reses?...

—¡Por eso!... y si todos los campesinos defendieran sus bienes de las garras de los revolucionarios, se acabarían las guerras para siempre. Yo daré el ejemplo a todos mis vecinos.

—Pero ir a pelear por unos caballos..., repuso Isabel, enjugando sus lágrimas.

—No es eso solo, Isabel. El capitán Amaya Pérez le ha contestado a mi madre con mucha dureza y este ultraje es mucho más grave para mí que si se hubieran robado todas las fincas de *La Pradera.* Tal vez usted no está al presente en actitud para poder valorar todo esto, mi querida Isabel; y también hay que saber que el capitán me dijo, al manifestarme yo resentido por el saqueo que se nos hacía, que «una golondrina no hacía verano», y yo le respondí «que no había enemigo pequeño»; este es un reto y a no sacar yo la cara, el oficial me tendría por un cobarde.

—Ahora comprendo que la cuestión es de honor, dijo Isabel con gesto irónico a la verdad. La palabra suelta de un oficial va a ser la causa de que un joven interesante como usted caiga en el campo de batalla bajo el tiro de algún recluta, para vestir de luto la casa de *La Pradera;* y si tal es mi desgracia, nunca labraré para usted un mausoleo como el de Artemisa, para decir la verdad; pero en cambio iré a encerrarme en el convento de las Carmelitas de Leiva, llorando todos los días de mi vida la desgraciada pérdida del esposo querido, que una malhadada revolución me arrebató.

Tornó a llorar de nuevo Isabel y sin embargo no se volvió atrás de sus juramentos el héroe de *La Pradera.*

El orden que reinaba en las visitas fue interrumpido por la llamada que hizo una de las criadas a tomar las onces de leche, bizcochos y frutas, y poco después con el ruido causado por la despedida de la familia de *El Olivo,* poniéndose toda la casa en conmoción; tal era la sentimental despedida de las señoras, que se abrazaban y se cogían de las manos, estando paradas en el corredor por un cuarto de hora seguido. Al fin

se separaron los vecinos, convidando a don Serapio a sus dominios territoriales; poco después se vio el primoroso grupo atravesando el espacio de sabana que separaba las dos haciendas.

Don Isidro y don Serapio no cesaron de hablar de política en todo el camino. Ambos eran muy partidarios de la revolución de Melo y las simpatías del partido los hacía quererse.

Las harneadoras tampoco habían estado calladas durante la visita. Ñuá Juana María era melista y debatía con Genara, según parecía.

—Yo no me canso de rogar a Dios porque gane el señor Melo para que se haga rey, decía ñuá Juana María; porque los viejos decían que en el gobierno de los virreyes no había guerras, ni herejías, ni saqueos. Y parece que la cosa va muy buena, porque ya han tenido ganancias por el lado de Chocontá los melos, y han cogido siete mil prisioneros, 40 tambores y como unas 25 cornetas y 4 banderas.

—¡Tírenle la mantellina a esa mujer!, exclamó Genara.

—Y qué decís voz, ¿que los melos no ganaron en Sisga?

—Yo qué sé de Sisga, ni sé onde será Sisga; lo que sé es que con mentiras no se ganan acciones. Yo lo que supe en La Mesa, el jueves que estuve allá, fue que el Presidente Briceño les metió una derrota a los melos en el Portillo, que los hizo jumear.

—Míra, le dijo a Genara su interlocutora, vos estás a la defensa de los constitucionales por los gallos, ¿no me entendés?

Se echaron a reír todas las harneadoras y su conversación era digna de un buen taquígrafo, pero a nosotros no nos es posible seguirla.

En la cocina también se debatía la política desde que supieron la noticia de la llegada de don Serapio.

—Dice que Melo va ganando por todas partes, dijo la niñera.

—El qué no dirá. Viejo floreador, que nos vendrá a meter otra visita de misa cantada y nos tendrá sin acostarnos hasta las once como la última vez que estuvo en esta casa, dijo la cocinera en jefe.

—¡Si la paga se adelantara cuando hay que cocinar para los visitadores, qué bueno fuera!, dijo la mamá de Encarnación, al mismo tiempo que hacía bailar una papa de año, quitándole el pellejo con el cuchillo.

—Lo peor de todo es que se va a quedar chupado el viejo, dijo la adjunta.

—Para esa gracia mejor es el zipaquireño, dijo la niñera, aunque no me da palmaditas por hacerle cariños a la niña, como hace don Cataplasma.

—¡Si se animara mi amo Carlitos! Eso sería todavía más pasable.

—Y mi señuá Margarita como que sí lo quiere, porque lo mira mucho con el anteojo y se está hasta muy tarde de la noche en el balcón, cuando él está tocando clarinete en *El Olivo.*

—Pero qué se suple, dijo ñuá Encarnación, si él no quiere sino a las que le cuidan los gallos.

—Si yo fuera mi señorita, le señalaba el camino a don Cataplasma, porque eso ya no sirve para novio, y melista... ¡Ave María!

—Que pase don Serapio su apunte a *El Olivo,* que allá son melistas hasta las criadas. La planchadora es más democrática que la ira mala.

Y es que dijo el otro día que todas las criadas de esta casa éramos constitucionales y por consiguiente *retróvadas.*

—*Retórgadas,* sería como dijo, repuso ñuá Marcelina.

—Será más bien *retróbadas,* es que ustedes no saben hablar enteramente, interpuso Celestina.

—¿Y qué quiere decir *retróbadas*?, preguntó la adjunta.

—Camanduleras y feas, dijo la niñera.

—Dios las guarde, que ellas sí son muy bonitas y muy sabidas. ¿No vieron todo lo que hizo Susana el día del paseo a la loma? Esa es toda la ilustración de esa remilgada.

La conversación se cortó, porque sintieron a Justina que las estaba escuchando y que luégo entró a recorrer toda la oficina, porque era la semanera.

CAPITULO XIV

FERNANDO Y EL CORONEL ARDILA

Existe al oriente de la Sabana de Bogotá la hacienda de Corito, al pie de una loma tapizada de grama; las diversas secciones de sus corralejas y huertos aumentan la solemnidad de los muros de la casa, en los cuales se proyectan los balcones, desde donde se alcanzan a divisar los tejados de Bogotá, a siete leguas de distancia y los dos cerros de Guadalupe y Monserrate, que la dominan.

Un manso riachuelo corre por junto del edificio, esmaltado de algunos arbustos, que señalan sus márgenes a lo lejos.

Antes del año de 10 se gozaba en la Sabana de una paz octaviana; pero hoy muchas de las haciendas tienen sus paredes marcadas con los balazos y sobre su suelo ha corrido la sangre humana. Y así como ahora trescientos años corría a torrentes la sangre de los muiscas derramada por la espada de los españoles, así hoy corre sin término la sangre de la gran familia de los conquistadores y conquistados, derramada por defender, de una parte los usos y las tradiciones de la conciencia y las costumbres, y de la otra, por establecer un cambio repentino en beneficio de

las ideas. En esta lucha, que lleva más de cuarenta años, ha sufrido Corito un hecho de armas.

Hubo un día en que sus mansos ganados huían aterrados por el estruendo de la pólvora; en que sus propietarios empuñaron, en vez de la herramienta del campo, la lanza y la carabina, y en que se combatía a fuego y sangre en las corralejas, donde antes sólo se luchaba con los potros y los toros bravos, y se ordeñaban las vacas del hato. Daremos aquí una ligera noticia de este acontecimiento, aunque no sea el asunto principal de este capítulo.

Desde que se hizo la elección del señor general López, en la iglesia de Santo Domingo de Bogotá, el día 7 de marzo de 1849, amenazando con puñal en mano, desde entonces se despertó la oposición en el partido derrotado y se aumentó por la pérfida conducta del nuevo gobierno. Así fue que se llegó a temer el día 8 de junio de 1851 una revolución de los conservadores, de la que se previno el gobierno en la capital, usando de medidas muy activas, pero que asomó en otros lugares y fue inmediatamente perseguida.

En Corito se hallaba el señor José María Ardila, propietario de la hacienda, y como el gobierno recelase de él por sus opiniones políticas consabidas, ordenó su captura o su sometimiento por medio de fianzas y su palabra de honor. Para esto se presentó en las corralejas una partida armada que constaba de unos cuantos hombres, pidiendo que se presentase el señor Ardila. La esposa de dicho señor preguntó por uno de los balcones de la casa:

—¿Para qué quieren ustedes a mi esposo?

—Para darle garantías de parte del gobierno.

La señora le hizo de pronto un comentario sardónico a la intimación, y uno de los soldados le disparó su fusil, yendo la bala a quedar incrustada en la pared.

El señor Ardila montó en un famoso caballo, lo mismo hicieron su hijo y su yerno, tres concertados más y dos o tres personas de fuera que lo acompañaban, y salieron de repente atropellando la pequeña columna de los gobiernistas. Al principio se le trató de hacer frente al hacendado y esto era lo más natural, teniendo, como tenían, el número suficiente de hombres; se le hizo fuego, pero no le tocaron las balas; Ardila y sus compañeros cargaron sobre la partida y pronto se abrieron paso y se retiraron por el camino, dejando tres heridos y un muerto de parte de la columna del gobierno; pero como quedó la casa en poder de los agentes de éste, fue muy pronto saqueada y desmantelada y los potreros desocupados de los ganados y bestias que los poblaban.

El señor Ardila tenía su casa ricamente amueblada, siendo su vajilla toda de plata. Todo fue a parar a manos ajenas y a los pocos días las marcas de los cubiertos y copas de plata y los fierros de las yeguas y vacas decían «yo era de Corito». Hasta los cepos de las corralejas y algunas ventanas de la casa se veían por otras casas. La hacienda de Corito quedó enteramente desmantelada.

Hasta el año de 1851 no se había conocido el saqueo en lo que se ha llamado Cundinamarca, así fue que todo el mundo se llenó de espanto. Don José María era muy bien querido en toda la Sabana, porque era honrado, servicial, buen amigo y buen padre de familia: era conservador y ya había tomado otras veces las armas en defensa

de las constituciones que a él le parecían más convenientes para regir el país.

En esos días visitaban a Corito los amigos de Ardila, con el respeto que Lamartine y otros viajeros han visitado las ruinas de las grandes ciudades del Asia.

Es verdad que allí no se caminaba por entre los trozos de mármol ni se tropezaba con los fragmentos de las columnas y capiteles, que no se apartaban con las manos los helechos y musgos para buscar inscripciones; pero en cambio se veían los huecos vacíos de las ventanas, los pisos desenladrillados, las paredes desnudas de sus cortinas y cuadros y la carencia absoluta de los muebles, la soledad sobre todo y las señales de los balazos, todo lo cual hacía conmover profundamente a los amigos de Ardila, no faltando algún Volney que preguntase sobre los escombros de Corito: ¿Dónde estaban las fincas de valor y de recreo? ¿Dónde la famosa hacienda? ¿Dónde las tazas de flores que adornaban el patio? ¿Dónde la vajilla de plata?... ¿Dónde la independencia y libertad que Nariño, Gutiérrez, Lozano, Rivas y otros de los próceres del año de 10 se propusieron legar para los pueblos de Cundinamarca?...

Todos los que se asomaban a la casa de Corito sentían la desgracia que aflige a los pueblos mal gobernados.

Tal vez el gobierno se utilizó en aquellos momentos del terror que produjo en los conservadores el saqueo; tal vez para tener sometidos a los ricos se ha valido de estos inicuos medios; pero no deja de ser triste la suerte de una República que tiene que ocurrir al saqueo como el único medio de gobernar.

El señor Ardila se fue con tres o cuatro compañeros más, a unirse a los tres jefes que se habían puesto en armas en la provincia de Mariquita y derrotado en Garrapata, se quiso volver al páramo de Sumapaz, por el camino de la parroquia de Dolores, pero fue conocido y preso y conducido a Bogotá con grillos, en compañía de sus dos hijos. Después de muchos meses de prisión lo desterró el gobierno a Venezuela, de donde volvió a su hacienda al cabo de diez meses.

Después del pronunciamiento del 17 de abril, se hallaba tranquilo en su casa el hacendado de Corito. Había enviado un criado o sirviente de su casa a un mandado a la población de Facatativá, que está a una milla de distancia; poco después trajeron la noticia de que el señor comandante Góngora lo había cogido de recluta. El señor Ardila le mando un recado muy político al comandante, con otro sirviente, hermano del primero, diciéndole que el señor general Melo le había mandado a ofrecer toda clase de garantías, con tal que no hostilizase al gobierno provisorio; que esto lo sabía muy bien el coronel Vargas, por cuyo conducto le había hecho la oferta, sin haberla solicitado.

El comandante Góngora contestó al recado, que él no había ido a Facatativá a respetar garantías, sino a coger reclutas y ganado.

Se molestó el señor Ardila y acto continuo mandó invitar a algunos hacendados vecinos para que lo acompañasen y con cinco personas más de su casa, salió a buscar a los expropiadores; pero éstos, o tuvieron la noticia por medio de algún partidario suyo, o vieron de lejos el grupo de hombres montados y en el acto se encaminaron a Bogotá, con la prisa que se requería para huír del valiente Ardila.

En el pueblo de Serrezuela se encontró el héroe de Corito con tres de los hacendados del mismo distrito parroquial y allí se habló con mucho calor de la miserable situación del país, de las devastaciones que hacían por los campos los revolucionarios, que tenían a bien conmover la República cada cinco o seis años, por falta de buena fe en los hombres que rigen los destinos públicos.

De Serrezuela pasó Ardila al sitio de Cuatro Esquinas a coger al dueño del establecimiento, que era partidario de los melistas, pero no lo halló, y se encaminó a la población de Funza con el objeto de apresar al jefe político del cantón, para enseñarle a cumplir con las garantías ofrecidas por el gobierno, según dijo.

A poco trecho se encontró con don Fernando Rodríguez, a quien se tardó en conocer, porque iba disfrazado, y después de saludarse, el señor Rodríguez le dijo:

—A casa de usted iba, señor coronel, por tener el gusto de verlo y a que me dijese qué hay de negocios políticos.

—Yo tendría mucho gusto de recibirle la visita, pero no puede ser en este momento porque tengo que ir a Funza a coger al jefe político para mandarlo a La Mesa con una escolta, porque sabrá que se está formando en ese lugar una columna de constitucionales, bajo las órdenes del señor general París; ¿quiere usted acompañarme?

—Vamos, don José María.

Picaron todos juntos hacia la parroquia de Funza, y en el camino hablaron don Fernando y José María sobre la situación.

—¿Qué éxito tendrá el gobierno del general Melo, o de los liberales que lo han fomentado? Le preguntó don Fernando al experimentado Ardila.

—Que tendrá que caer, sin remedio.

—Muy difícil me parece. Los melistas van a poner once mil bayonetas y cuentan con todas las haciendas y los almacenes de los ricos, porque no les cuesta sino expropiarlos; los ricos ayudan, aunque no están por la dictadura, por el miedo al saqueo; los pobres se dejan encerrar como corderos para servir de soldados; el carácter de los habitantes de este desgraciado país es como el de las bestias de carga, que ceden al que toma una zurriaga en la mano, aunque más digan que los granadinos conocen muy bien sus derechos.

—¿También está usted aterrado?

—Nó, don José María: yo tengo el valor suficiente para combatir contra los defensores de la dictadura; lo he jurado desde que un tal capitán Amaya Pérez me quitó el Huracán, el morito de galápago de mamá y el bayo de Margarita, y unas 60 reses y cuando lo amenacé, el salteador me dijo que una golondrina no hacía verano, lo que me indignó y he jurado venganza a los salteadores de las haciendas: en cuanto a mi sangre no vacilo en derramarla; lo que me da miedo son las probabilidades del triunfo.

—Esas están en nuestro favor, contestó con suma dignidad el coronel; el general Herrera levanta una división en el Norte; en La Mesa se le agregan gólgotas y conservadores al señor general París; el general Viana y el señor Arboleda han de venir por el lado de Guaduas y nosotros levantaremos dos o tres guerrillas de a cincuenta

hombres alrededor de la Sabana y que se tengan de la gurupera.

—¿No será muy poca cosa dos guerrillas, señor don José María?

—Usted debe saber que una guerrilla de cuarenta hombres representa por cuatrocientos de tropa de línea, o más, porque una columna de cuatrocientos hombres no puede batirla, a tiempo que esta misma columna puede ser disminuída por escaramuzas parciales.

El oficio de una partida de guerrilla es hostilizar las divisiones enemigas, quitándoles los recursos y las comunicaciones; y cansarlos, fatigarlos y entretenerlos de todas maneras; atraer las columnas o divisones enemigas a los páramos y montes, para que se les deserte la gente y se les dificulten las marchas y los acuartelamientos; y si se dividen y se presentan algunas probabilidades de triunfo, se les ataca, pero nunca se les admite batalla donde los enemigos lo tengan a bien. Es más conveniente que las guerrillas sepan correr que dar batallas. Los movimientos ocultos y rápidos de las guerrillas son más temibles que las victorias: el espionaje es el alma de una guerrilla. La guerrilla que cuenta con espías y muchos compadres es invencible; pero se necesita de mucho sigilo: la guerrilla es un grupo de amigos que no están sujetos a la ordenanza militar, ni sus jefes son nombrados por los trámites de la milicia, sino por el unánime consentimiento de la partida. Un general o coronel de ejército no tiene más valimiento en una partida que el que sepa grangearse por sus méritos para con sus camaradas. Le es más conveniente a una partida admitir avisos que órdenes superiores, salvo en casos muy generales. La ligereza y la invisibilidad de la partida de guerrilla compen-

san las ventajas del número. He oído decir que las guerrillas de España, del tiempo de la invasión de los franceses, fueron muy elogiadas por todo el mundo, porque por ellas se adquirió la libertad de toda la nación. Las nuestras tendrán el mismo objeto y ejercerán un oficio muy importante por ahora, cual es el de atemorizar a los alcaldes y gamonales melistas, para que no extorsionen a los vecinos constitucionales. Para esto nos llevaremos a nuestros cuarteles a los individuos que sean más hostiles al partido y a los vecinos.

Por desgracia tiene la guerrilla que tomar sus recursos violentamente en algunos casos indispensables; ¿pero el gobierno intruso y revolucionario no hace lo mismo? ¿No saquea las haciendas y las estancias? ¿No impone empréstitos forzosos? ¿No amarra a los pobres reclutas? Yo no tendré que hacer lo que hacen Góngora y Rodríguez, porque en El Hato tengo papas y ganado. En fin, lo que nos importa por ahora es ver cómo echamos al suelo la dictadura del general Melo, para que se restablezca la legitimidad, el orden y la religión de nuestros mayores.

Cuando entró a la plaza de Funza el grupo de los nueve constitucionales, no había sino unas dos o tres personas en el corredor de la casa de la jefatura política; el coronel Ardila le intimó la orden de prisión al primer magistrado del cantón y al tiempo de trasladarlo fuera de su despacho, avisó un estanciero que se acercaba una columna de gente armada, por el camino de Bogotá, y que ya venían llegando a Puente-grande.

—Los cogemos, dijo el intrépido Ardila y sacando de la plaza al jefe político, tomó sus medidas para darle una sorpresa a la tropa del gobierno provisorio.

Estas medidas fueron buscar algunos individuos más en su favor, con los cuales completó el número de diez y seis personas bien montadas, cuyas armas no pasaron de dos escopetas y un trabuco, cuatro lanzas y los rejos de enlazar, que jamás les faltan a los sabaneros. Dio órdenes el jefe constitucional para que se ocultase la tropa fuera de la plaza y que tomasen las cuatro entradas así que los veteranos la ocupasen, señalando sus maniobras a cada uno de los cuatro grupos que dejó designados para dar el golpe, entre los cuales quedaba enrolado el joven hacendado de *La Pradera.*

La columna melista constaba de más de cien hombres de infantería, bien armados y municionados, mandados por un capitán veterano. Entraron a la plaza en profunda paz, y cuando hicieron alto en el costado del cabildo, aparecieron por todas las esquinas hombres montados, gritando: ¡viva el gobierno legítimo! y el individuo que hacía de jefe se aproximaba a los veteranos, seguido de tres compañeros más.

El jefe de los provisorios no daba órdenes ningunas a tiempo que el jefe de los invasores gritaba:

¡Salga a hablar conmigo el comandante de la columna!

—¿Es Ardila?, preguntó uno de los soldados veteranos.

—¡Para qué lo quieres, contestó el jefe agresor; ¡es Ardila! ¡Aquí estoy!

Un soldado disparó a este tiempo sobre Ardila, pero con mala puntería seguramente, porque no lo ofendió.

El sabanero exclamó en tono de amenaza:

—¡Como me toquen a uno solo de los míos, los mato a todos ustedes en este momento!

A ese tiempo se aproximaban los grupos de invasores por todas las cuatro esquinas, oyéndose muchas voces que gritaban: ¡viva el coronel Ardila!

En este momento partió un tiro de la columna de los provisorios e hirió a uno de los compañeros de Ardila, cayendo traspasado por los cuadriles.

Los soldados habían perdido la formación retirándose algunos a los corredores de las casas inmediatas; un oficial rastrilló una carabina contra el jefe invasor y como le negase le dio contra el suelo y se retiró, a tiempo que los sabaneros y algunos bogotanos de la columna, que se habían rendido primero, recibían las armas de los que se denegaban a entregarlas.

El jefe y dos oficiales estaban rendidos y se perseguía a los poquísimos que intentaron huír. Un corneta fue hecho prisionero a diez o doce cuadras de la plaza, corriendo en dirección a Bogotá.

En poder del sabanero Ardila quedaron más de cien fusiles, una corneta y una caja de guerra, todas las municiones y el equipo de la columna y cerca de cien prisioneros. Esto sucedió el día 8 de mayo, en la plaza de Funza a la una y media de la tarde.

Hizo formar el señor Ardila a los prisioneros de a dos en fondo y los condujo a Serrezuela, custodiados por los sabaneros y los bogotanos que se habían declarado en favor de los constitucionales. Estos prisioneros fueron muy bien tratados, pero se les puso en la cárcel, porque era el

único edificio público que pudiese servir para el efecto.

De Eogotá mandaron una partida de caballería, luégo que se tuvo noticia de la pérdida de la columna, la que encontró gente desbaratando el puente de una de las alcantarillas, por orden del señor Ardila y disparó algunos tiros en la oscuridad de la noche, logrando herir a un peón sabanero; pero aunque pudieron pasar los provisorios al pueblo de Funza, no se acercaron a Serrezuela, donde estaba la gente de Ardila.

El día 9 fueron conducidos a La Mesa los prisioneros de Funza. Allí estaba formando una columna de constitucionales el señor general Joaquín París y dichos prisioneros se incorporaron en las filas. El capitán se fugó de la prisión y se volvió a Bogotá, en donde se le acusaba de traidor; pero él se defendió de los cargos que se le hacían.

Fernando se había separado de sus compañeros de armas desde la plaza de Funza, y en clase de incógnito se dirigió a *La Pradera,* por la vía de Engativá, por ser un camino más excusado.

Como a eso de las cuatro se desmontó en la choza de Marcelino Cogua, muy seguro de que por allí nadie lo podría conocer.

Allí estaba María, la nieta del sargento, la que le presentó al amo Fernando una taza de mazamorra y unas papas cocidas, lo que no desdeñó éste, sino que, por el contrario, admitió con gusto, porque sus correrías de cazador y su afable carácter hacia los pobres no le permitían despreciar esta clase de convites.

Ñor Marcelino se había retirado a darle de beber al caballo del huésped y procurarle algu-

nas hojas de maíz para que comiera; entretanto la hospitalaria María conversaba con el amo, después que le puso los platos en un banquito, formado de un trozo de palo de cerezo.

—¿Y su madre, dónde está?, le dijo don Fernando a la obsequiosa María.

—¿Mi madre?..., le dijo ella, exhalando un tristísimo suspiro; mi madre está en Ambalema: yo creía que sumerced lo supiera.

—¿Y tu padre?

—¿Mi padre?... Allá en Ambalema.

—¿Y no tienes hermanos?

—Uno, mi amo, y ese también está en Ambalema...

—¿Y qué hacen por allá?

—Descansando de los trabajos de la vida, mi amo, y de las persecuciones del gobierno y de los ricos.

—¿Cómo es eso?...

—Que todos murieron allá de la peste.

—¿Y qué fueron a hacer por allá?

—Nos fuimos todos a buscar la vida, porque aquí nos quedamos en la última miseria con la repartición de las tierras de los indígenas sin tener dónde sembrar habas y turmas y unos palitos de cebada con lo cual nos manteníamos.

—¿Y no les tocó a ustedes algún derecho de tierra?

—Sí, mi amo; pero nos engañó un blanco con treinta pesos, que los gastamos en dos por tres y como el comprador nos arrojó de los ranchitos,

tuvimos que irnos a tierra caliente a trabajar y por allá en un caney se murió primero mi padre, en seguida mi madre y poco después mi hermanito: ¡Dios los tenga en el cielo! Yo me vi en las delgaditas, y así que pude me vine, pidiendo limosna por el camino, donde taita señor, que también está en la miseria, porque la semana que no se puede meter a las zanjas a trabajar con el barretón, no come más que cebada tostada y un cuartillo de chica que le fían en la venta, para todo el día. Y un día de estos nos iremos a dormir a la maleza, porque el dueño de esta tierra que de antes era nuestra, nos va a echar de la choza, porque una pisca que yo tengo ha dado en despuntarle la grama de su potrero. Y ahora la tengo con el pico amarrado.

María se enjugó las lágrimas con el pañuelo que tenía sobre sus hombros y don Fernando no menos enternecido, le dijo.

—Yo no sé, bella María, qué fatal estrella preside la familia ilustre de los Coguas. Si el gobierno español existiera, tú serías propietaria, lo mismo que tu abuelo; pero la República los ha dejado pereciendo. ¿Y qué has ganado tú con la República? ¿y qué ha ganado ñor Marcelino con derramar su sangre en defensa de ella? ¿Quién de esos pocos que le han sacado el jugo a lo que llaman República es el que le bota hoy un pedazo de pan? ¡Pobre María! ¡Huérfana, desheredada y expuesta a todos los horrores de la miseria! ¡Pobres indios, esclavos de los conquistadores y de los libertadores!

Muy tiernos y afectuosos fueron los coloquios que tuvieron lugar entre don Fernando y María pero ya la sonrisa de los labios había ahuyentado las sombras tétricas del dolor, cuando volvió a la choza el libertador de Colombia y del Perú, sa-

cudiendo las raspas de la cebada de la haraposa ruana que lo cubría, sin que debajo de ella tuviese más prendas de vestuario que sus calzoncillos de lienzo muy burdo y su camisa del mismo género, no obstante su aspecto era tan venerable como el de un cacique, a pesar de los rastros de una herida de bala que le había torcido una de las cejas. Al amo Fernandito lo idolatraba y le refería sus campañas de la independencia y las veinte o treinta batallas en que se había encontrado.

—Dígame, ñor Marcelino, le dijo don Fernando al indígena: ¿por qué no cobra usted su sueldo de inválido?

—Porque el gobierno tiene más hambre que yo. Para eso el Perú, mi amo don Fernandito de mi alma. Después que salí herido en el Santuario de Funza, me pusieron en la lista de los inválidos, pero yo tenía que vender la pensión a un hambriento por la mitad de su precio legítimo. Pero así que triunfaron los liberales el año de 31, me quitaron la pensión porque había sido de los defensores de Bolívar, ¿no ve sumerced?, del que les dio la libertad a todos ellos; y cuando he vuelto a cobrar de ahí para adelante, me han salido con que soy liberal, o con que soy conservador, o con que no sirven mis despachos de los ejércitos libertadores de Venezuela, de Nueva Granada y del Perú. Malditas sean las revoluciones del diablo, con perdón de mi amo, don Fernandito, que no sirven sino para que el gobierno se encuentre cada día más miserable y para que los hombres de bien se aniquilen a tiempo que los malvados son los que se ponen las botas.

Por eso yo soy melista, mi amo don Fernando, porque los melistas han hecho su revolución en favor del ejército permanente, de la religión y

del gobierno fuerte, como lo quería el amo Libertador de Colombia.

—Ya lo sabía yo que usted era melista. ¿Y tú?, le preguntó Fernando a María, que escuchaba por la milésima vez los nombres de Ayacucho, de Junín y de Pichincha.

—¿Yo?..., yo no soy melista, porque esos condenados me quitaron en la plaza mis flores y mis frutas de Chile, contestó María.

—María es constitucional y el abuelo melista. Así anda toda la República. Muy bien, María; los dos somos de un mismo partido. Puede suceder que me ayudes, porque en tiempo de revolución no se puede decir, de esta agua no beberé, porque yo sí pienso hacer algo contra los melistas. ¿No sabías que cargaron con mis mejores caballos?

—Sí me dijeron y yo lo he sentido tantísimo... dijo María, con ademanes de verdadero cariño.

—Y dígame, taita Marcelino, volviendo a lo de Junín y Ayacucho, preguntó don Fernando: ¿no tiene usted sus despachos y pasaportes y documentos de altas y bajas, para entablar la solicitud de sus sueldos, luego que pase esta revolución?

—¿Y si son enemigos de Bolívar y de Colombia los que quedan a caballo?

—No le hace. Yo le haré la solicitud y verá.

Entonces bajó ñor Marcelino un bulto que tenía envuelto en un pedazo de chaqueta, del rico paño de Quito y sacó una cartuchera con tapa de lata y forrada en vaqueta y se la entregó a don Fernando para que buscase allí sus documentos.

Don Fernando sacó el primer papel, amarillo y algún tanto desleído en los dobleces y pasando ligeramente los ojos por el principio y el fin, dijo:

—Esta es la condecoración del escudo de vencedores de Junín. Aquí está la del coronel Bustamante.

—¡Ah, qué valiente!...

—Aquí está el ascenso de Juan José Flores a sargento 1º.

—Eso es lo que es bueno, mi amo don Fernando, ¡si sumerced lo conociera!...

—Aquí encuentro una orden firmada N. Urueña.

¡Ah mi coronel Urueña!... ¡Eso sí que era un jefe valiente!... ¡Eso sí era saber sus obligaciones y no como ahora!

—Aquí está firmado Antonio J. de Sucre.

—¡Mi general Sucre!... el que nos mandaba el día de la batalla de Ayacucho! ¡El que acabó con los godos en Quito y en el Perú! Y ya sumerced vio el pago que le dieron los liberales!... Asesinado murió en la montaña de Berruecos, para que no fuera a Quito a sostener a Colombia. ¡Ah cosas las que se ven en este mundo, mi amito don Fernando!

—¡Oh nombres ilustres!, exclamó Fernando. ¡Oh documentos preciosos los que se encierran en este pobre depósito y en esta miserable choza! ¡Oh República miserable, ingrata, desconocida!... el sargento Cogua debería estar disfrutando del sueldo íntegro de su graduación y no vive sino entre las chambas, como las ranas y los guacos, ganando un miserable jornal. ¡Y se titulan los granadinos imitadores de la República modelo!...

Un amigo mío me refirió que había visto en un museo de los Estados Unidos los zapatos de un sargento de la guerra de la independencia, guardados entre unas vidrieras. ¡Oh, qué bien imitamos nosotros a la República modelo!

Se despidió don Fernando con mucho respeto de su camarada Cogua y con sumo cariño de María, dejándoles un peso fuerte en pago de la comida y de la yerba; tomó poco a poco su camino, después de la oración y sin embargo, cuando llegó a *El Olivo* no se habían acostado las gentes.

—¿Qué novedades hay por Funza?, le preguntó don Isidro a su vecino con mucho afán.

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque un negociante que pasó de La Mesa para Zipaquirá, me dijo que se había pronunciado todo el occidente de la Sabana; que Ardila cogió con trescientos sabaneros muy bien armados una columna de restauradores, que constaba de cien hombres y que mató a todos los oficiales... ¿No ha sabido usted algo?

—Yo vengo de esos lados y lo que supe fue que el coronel Ardila, con diez y seis o veinte hombres casi desarmados, cogió una columna de más de cien hombres veteranos en la plaza de Funza, hoy como a la una y media de la tarde.

—¿Es verdad eso?

—Estoy seguro de ello como si lo hubiese visto.

—¿Y qué se hizo ese Ardila?

—Lo ignoro.

—¿Y quién mete a ese Ardila a tomar las armas contra el general Melo?

—No sé, señor; pero tal vez será con el mismo derecho que las tomó el general Melo contra el gobierno legítimo.

—¿Pero Ardila por qué?

—Por defender las haciendas de los expropiadores de chafarote. Ya usted vio cómo me quitaron las vacas de papá, el morito de mamá, el bayo de Margarita y mi caballo Huracán, que era el mejor de cacería que se ha conocido en esta Sabana.

—¿Y cómo se evita que vengan los revolucionarios y carguen con todos los ganados de *La Pradera* y hasta con las puertas y ventanas, como lo hicieron con la hacienda de Corito los gobernantes del año de 51?

—¿Con que el terror es bueno para que nadie defienda lo que es suyo? Y si se levantan tres o cuatro guerrillas con el objeto de defender las haciendas, ¿a dónde van a parar los partidarios del general Melo?

A don Isidro no le gustó nada de lo que dijo su vecino; pero se moderó, porque lo vio muy exaltado y varió de conversación.

A poco rato se fue don Fernando sin decirle a la bella Isabel nada más de lo que le dijo a su amado padre. Todos los afectos de Fernando e Isabel eran comunes, todos sus pensamientos, todos sus planes, menos lo que concernía a la política. Fernando no le dijo nunca a su amada que había sido uno de los actores de la sorpresa de Funza y cuando se lo refirió a Margarita y a doña Mercedes, les encargó que su vecina no lo fuera a saber.

No hay duda que la discrepancia de opiniones es una valla para las simpatías de los amantes.

Todos los que tienen una misma opinión política y religiosa tienen un vínculo más de simpatías, de fraternidad y de cariño.

Cuando llegó Fernando a *La Pradera* estaban todos acostados, pero hizo que se levantasen para que oyeran las noticias.

Tuvieron mucho gusto en oírlas y felicitaron al nuevo constitucional, por su parte tan activa en el glorioso triunfo del coronel Ardila.

—Que espere Fernando una corona de Isabel, dijo Margarita.

—¡Oh, ni pensarlo!, contestó Fernando; y ojalá que allá nunca lo sepan.

Conversaron mucho tiempo reunidos en familia y como a eso de las doce tomaron chocolate y se acostaron.

CAPITULO XV

EL COMBATE DE LA CALERA

El día 19 de mayo le hizo saber Fernando a su familia y muy en secreto a Isabel, que se iba al distrito de Tena por los caminos extraviados de Canoas o de Cincha, a tomar noticias de los constitucionales de La Mesa. Efectivamente, se encontró con la columna de los generales López y París, que se acercaba a la Sabana, en donde se decía que los generales Herrera, Franco y Buitrago se les debían reunir, así como los coroneles Arboleda, Mateo, Viana y el general Diago.

El día 20 salió Fernando hasta la Herrera con las tropas de París. El 21 a la madrugada supo éste que el general Franco había tenido el arrojo de entrar a Zipaquirá con la vanguardia del ejército constitucional, que mandaba el general Herrera y que allí había sido recibido con un fuego graneado y certero; habiendo quedado muerto en la plaza aquel valiente jefe con varios de sus heroicos compañeros y siendo rechazada la columna con una pérdida muy considerable de elementos de guerra.

Supo igualmente que el resto del ejército había sido derrotado en Tíquisa, cerca de Tabio, y que el general Herrera había seguido por el camino que va de Subachoque a Villeta con el general

Buitrago y algunos otros oficiales y jefes y unos pocos individuos de tropa.

Los generales París y López, que habían salido a la sabana en busca de Herrera, y el general Diago y el coronel Viana, que salieron hasta Chimbe, se volvieron a sus primeras posiciones y poco después se retiraron mucho más atrás. El coronel Ardila, de La Mesa, pasó a su hacienda de El Hato, por el camino de Cincha, con once hombres armados.

Fernando se volvió a *La Pradera* y a nadie sino a Carlos le refirió todos los pormenores de su correría.

La derrota de Herrera puso en consternación a todos los constitucionales, dándole muy grande importancia al gobierno provisorio del general Melo.

El 26 de mayo se supo en Bogotá la llegada del coronel Melchor Corena al distrito de Usaquén, dos leguas distante de la capital, acompañado de los jóvenes García Herreros, Valencia y Olarte, que venían desde Cúcuta y se les agregaron en la sabana Fernando y Carlos, en calidad de clérigos sueltos.

Corena había salido de Cúcuta el día 4 de mayo con 15 hombres y en Pamplona se había unido con el comandante Eusebio Mendoza, que tenía otros tantos pero cuando llegó a las inmediaciones de Zipaquirá, ya se habían disuelto las fuerzas de Herrera; a poco recibió noticia del vicepresidente Obaldía, de que la ciudad estaba muy guarnecida y determinó entrar a Bogotá, marchando por el valle de La Calera, para evitar que Melo mandara tropas a Honda.

El 27 colocó el general Mantilla las pocas tropas que había en Bogotá en la plazuela de San Francisco, en varias casas que hizo desocupar.

Corena supo en Usaquén que el comandante José María Barriga iba con 300 hombres en su persecución y se colocó en el alto de La Calera y allí lo rechazó, cogiéndole tres oficiales, 16 soldados y 30 caballos de silla.

Inmediatamente marchó el comandante Dámaso Girón sobre Corena con 800 hombres y al despuntar del día 30 se presentó al frente de sus posiciones; Corena tenía 400 hombres y se fortificó en la casa de la hacienda y en las corralejas de cerca de piedra, dejando por fuera a los señores Olarte y Nemesio Benito, los cuales defendieron por algún tiempo un ángulo de la casa.

La hacienda de La Calera o de Los Aposentos de La Calera, tiene una muy hermosa casa de habitación, que demora a cuatro leguas al noroeste de Bogotá. Está dominada toda la topografía en general por los peñascos que se prolongan de la cordillera oriental, pero a la vez posee la hacienda de que hablamos encantadores valles y primorosas lomas, los cuales están regados por unos tantos arroyos que van a desembocar por diversas partes en el río.

El interior de la casa de la hacienda es como el de casi todas las casas de su mismo género: posee un gran salón de recibo, grandes alcobas y diversos cuartos. Sobre el portón tiene un ancho corredor balaustreado, que domina las corralejas, las cuales tienen, como todas, sus bramaderos de palos muy firmes, en que se da la vuelta con el rejo de enlazar para sujetar los potros y ganado bravío. Las huertas están cercadas de tapias bajas, que dejan ver los árboles que se levantan

de entre los surcos de las hortalizas y flores de los jardines.

Aunque algunos lectores de novelas hayan dicho que las haciendas de Cincha, Canoas, La Calera y otras de la misma naturaleza, tienen el aspecto de los castillos de la Edad Media, cuando los grandes propietarios territoriales tenían que fortificarse, porque la autoridad vacilante siempre con las continuas revoluciones, no los podía sostener, siendo el feudalismo una especie de federación en pequeño, sin embargo, nuestras haciendas de lo que más carecen es de los elementos de defensa militar. Sus cercas de piedra, sus portones de tablas y sus tapias de tierra pisada están expuestas siempre a ser derribadas con la mayor facilidad por los saqueadores oficiales y extraoficiales Ojalá que todas las haciendas tuviesen puentes levadizos y fosos y castillos para la defensa de las propiedades.

«Corena traía novena cucuteños y venezolanos, dice *"El 17 de abril"* y esa fuerza se había agregado la guerrilla del señor Nemesio Benito, en número de cien hombres, treinta o cuarenta jóvenes gólgotas y más de trescientos soldados de los señores Patria, Buitrago y Herrera».

«La línea de circunvalación que se puso a la casa, dice el mismo periódico, se apoyaba por el frente en una cerca de piedra que le servía de parapeto y por los costados en las desigualdades del terreno, que la protegían del fuego enemigo; mas por desgracia no pudo rodearse la casa por la parte de la cordillera».

Como a eso de media noche hizo por abrirse paso un piquete de constitucionales, compuesto de siete hombres, por el lado del noroeste, lo más cerca a la cordillera que le era posible, pero se encontró

con otro de provisorios que le hicieron una descarga y cuando estos comprendieron que avanzaban sus enemigos, fue cuando ya los tuvieron a cuarenta pasos de distancia y entonces les hicieron unos tiros, de uno de los cuales murió un soldado constitucional; éstos no tardaron en contestar, haciendo una descarga y seguramente que con acierto, porque de ahí para adelante no se veían en el puesto sino tres bultos a lo sumo; siguieron avanzando, a tiempo que les hizo fuego un provisorio, dando en tierra con otro constitucional y entonces el soldado que estaba más cerca de éste, disparó sobre el que había herido a su compañero. Avanzó el piquete de los constitucionales con el objeto de abrirse camino y uno de ellos, que tropezó con el herido de los provisorios, lo conoció y dejando caer la carabina de las manos, exclamó:

—¿Qué es ésto, padre mío?

—Que he caído herido.

—¡Y soy yo el que he herido a mi padre!... ¡Esto es horrible!...

—No es una herida de gravedad. ¿Y Fernando, dónde está?

—Ha caído con el penúltimo tiro.

—¡Con el que yo he disparado!... Es menester socorrerlo: allá entre aquellas matas lo ví caer.

Los provisorios habían rodeado a los constitucionales y los estaban desarmando. Fue uno a echarle mano al que hablaba con el provisorio herido y éste exclamó:

—Estos tres soldados son prisioneros míos. Socorran pronto a ese soldado, a quien he herido de un tiro, si es que no está muerto ya.

José María y un sargento de los vencedores buscaron al herido y lo hallaron vivo: era Fernando pero no hablaba y estaba todo empapado en su sangre.

El sargento parecía que estaba del todo sometido a don Isidro, según el manejo que se le advertía con Martín y José María, que eran los prisioneros, porque los otros tres se habían escapado en el conflicto.

—Este joven está sometido, le dijo don Isidro al sargento que lo acompañaba; usted puede retirarse a buscar la columna, que yo respondo de todos. Habló ciertas palabras en secreto con el sargento y desaparcieron los provisorios, llevando las armas de los vencidos.

—Ahora, socorrer a Fernando, dijo don Isidro.

—¿Y la herida de usted, padre mío?

—Creo sea muy poca cosa.

—A ver, contestó Carlos.

Era un pequeño cortado lo que tenía don Isidro metido en un muslo, envuelto en fragmentos de la ruana y de los zamarros, porque las balas se habían acabado entre la gente de Corena y algunos de los soldados cargaban ya sus fusiles con pedacitos de plomo. A eso se debía la dicha de que Carlos no hubiese muerto a su padre.

Se oía cerca el murmullo de una fuente, que corría por entre los matorrales y piedras y Martín sacaba agua en un sombrero mientras que José María trataba de socorrer a su patrón.

La herida de Fernando era muy distinta. Una bala de fusil le había pasado el costado izquierdo, dejándole una herida muy grande al salir. Se le

limpió ésta y se le pusieron los vendajes con las tiras de la camisa de José María.

Fernando tenía la rosca de su rejo de enlazar metida en el brazo izquierdo, porque aun cuando le habían muerto el caballo unos minutos antes él lo había quitado del arzón. Con éste amarró Carlos unos dos palos largos y algunos cortos atravesados, en forma de andas, agregándole ramas y musgo de la orilla del arroyo y le pusieron por encima unos arcos de varitas de tuno y sobre ellos extendieron dos ruanas para trasladar al herido hasta *La Pradera.*

Fernando no hablaba.

Durante la fabricación de la cama portátil, le decía Carlos a su padre la causa de haberse hallado en aquella función de armas, que fue el haber llegado Corena y su amigo Régulo García Herreros a la hacienda, en donde se hallaba herrando un poco de ganado con su amigo Fernando y sus dos concertados y haberse llenado de entusiasmo por la causa de la Constitución.

Yo me hallé en la función de armas que se acaba de terminar, porque llegó a casa un comandante muy amigo mío y me fui con él a hablarle a Girón sobre la defensa de los bienes de mi hacienda; y en estos momentos se comenzó la pelea y la opinión y la falta de juicio... todo esto contribuyó para que yo tomase las armas.

—Y si yo lo hubiera muerto a usted por defender la Constitución del 21 de mayo, ¿cómo hubiera podido soportar la vida?

—¡Hijo mío!, exclamó don Isidro; si Fernando muere por mis manos, y no le hubiera podido sobrevivir; ¡y esto por atacar la Constitución que ustedes defienden!

—Y para lo que sirven las constituciones de nuestro país, que se mudan, así como los gamonales que las fabrican, mudan de camisa.

—¡Yo juro aquí sobre las rocas de La Calera no atacar ni defender más constituciones en esta tierra!

Colocaron a Fernando en las andas y encargó don Isidro la prontitud para que llegasen a *La Pradera* antes de amanecer, para que nadie lo viese y que si esto no era posible, posasen en una choza de confianza y él se fue a La Calera.

Ya habían ocupado las casas los vencedores. Los gritos resonaban a lo lejos en las peñas y los valles: ¡Viva la religión! ¡Viva el ejército permanente! He aquí los nombres que resonaban de montaña en montaña y de valle en valle. Sin embargo, don Isidro en aquellos momentos de gloria no se entregaba al entusiasmo de sus compañeros; su corazón estaba enlutado con el recuerdo de su singular encuentro; las heridas de Fernando, las protestas de su hijo, la imagen misma de las andas, eran motivo más que suficiente para estar poseído de una verdadera tristeza.

Don Isidro no esperaba en el patio de La Calera sino que le firmase uno de los jefes un pedacito de papel que había él escrito con lápiz y cuyo contenido decía:

«Quedan a cargo del señor Isidro Sánchez los cuatro individuos que él mismo hizo prisioneros.

«La Calera, mayo 30 de 1854, a las doce de la noche».

Pero otro horrible espectáculo vino a acabar de herir el espíritu de don Isidro. La tropa del gobierno provisorio allanó la casa y despedazó y

arrebató cuanto había en clase de adornos, muebles y demás enseres.

La capilla también fue violada y despojada por el partido que en su programa había ofrecido la defensa de la religión católica, apostólica, romana y celebrar un concordato con el Papa.

Don Isidro era hacendado y debió comprender el riesgo que corría la hacienda de *El Olivo*. Se estremeció de espanto y ratificó su juramento de no seguir peleando contra la Constitución del 21 de mayo, bastándole para esto la imagen de La Calera desmantelada por la metralla y despojada por la mano de la victoria; acordose el hacendado de los dueños de esta hacienda y lloró.

En el acto que don Isidro adquirió la firma que deseaba se fue para *El Olivo*.

Dejémoslo descender por la cordillera, con su corazón saturado de amargura. Por ese mismo camino y por sendas extraviadas, llevan al desgraciado Fernando, conducido por los esforzados vaqueros Martín y José María. Dejémoslos a todos caminar en silencio, pensando en su llegada al seno de una familia sensible, tierna y llena de afectos; dejemos estos cuadros de horrible melancolía, para asistir al teatro de los aplausos, de los encomios al valor y de todos los regocijos que son anexos al triunfo de las armas.

Cuando el sol del día 30 alumbró sobre La Calera, encontró a la tropa comiéndose una ración muy bien merecida. Los camaradas, separados, en grupos, disfrutaban de los deliciosos bocados que bien pueden no volver a probar en toda su vida, porque la suerte de la guerra es tan varia y tan desatrosa y cada soldado triunfante se puede tener como un hombre que acaba de ser indultado por la muerte y más cuando los triunfos

se adquieren por una de tantas casualidades que suceden en la guerra.

Las voluntarias, mucho más entusiastas que los vencedores, ostentaban con porfía una vislumbre de las gracias femeniles, en medio del desaliño de la campaña y parecía que prodigaban sus caricias con impertinencia, al ofrecer sus regalos a sus protegidos, que descansaban tendidos en el suelo, llenos de tizne de la pólvora y fatigados con la lucha de todo un día.

Allí estaban los jefes dando algunas órdenes para perseguir a los dispersos y escribiendo el parte del a batalla a la luz del sol del 31; oyéndose, no ya los alegres gritos de los rodeos y de la siega, sino las terminantes órdenes de la milicia; no ya el mandato de los dueños de tierras, porque ellos habían tenido que salir huyendo, sino tan sólo el de los jefes de la columna; ni tampoco resonaban los cantos de la pacífica estanciera sino las voces del clarín guerrero.

Poco después marchó toda la columna para Bogotá, llevando algunos prisioneros; cien hombres marcharon al oriente con el destino de perseguir a Corena y los pocos que habían salido en derrota hacia aquellos lados.

Un hacendado entró a la casa de Aposentos con varios amigos para sacar los cadáveres y darles sepultura y no pudieron menos que llenarse de suma tristeza, al contemplar los palos de las corralejas y de las caballerizas convertidos en cenizas y los bramaderos o estantillos más corpulentos, que por causalidad habían quedado en pie, agujereados por las balas; los balcones y las puertas despedazados. El comisionado caminaba por entre las charcas de sangre, dejando los muertos en los corredores y el patio y subió a

las piezas altas. Todas las fincas de la casa habían desaparecido y los trastos de mayor magnitud estaban despedazados; las paredes horadadas por los balazos y despojadas de todos sus adornos: sangre, ceniza, cadáveres, silencio, soledad y espanto era lo que presentaba la casa de La Calera.

El comisionado se sobrecogió de espanto y no pudo seguir en sus observaciones por unos tantos minutos, cuando se asomó a uno de los balcones y no vio alma viviente en todos los contornos ni sintió ruido de niguna clase. Volvió a pasear las piezas de la casa y en un cuarto de los más retirados vio un cuadro muy antiguo, que no había excitado seguramente la ambición de los soldados; se acercó y conoció por las facciones de la pintura, que era algún retrato de uno de los abuelos de los Tovares y prorrumpió en un soliloquio, muy disculpable en tan dolorosa situación:

—O tú, que has presenciado lo que acaba de pasar en la hacienda de Aposentos, decidme: ¿así saqueaban y desmantelaban las haciendas en los tiempos de la colonia? ¿Así se despedazaban los granadinos por alcanzar los destinos? ¿Era delito en tus tiempos tener honor, bienes y religión? Venturoso propietario, ruego al cielo porque los granadinos entren en juicio antes de que venga una nación extraña a conquistarlos por caridad.

El comisionado siguió paseando los patios interiores y las huertas, sin hallar más vivientes que algunos pajaritos, tan familiarizados con la gente, que habían vuelto a visitar sus nidos tan luego como cesó el ruido de las armas y comenzado a ensayar sus melodiosos cantos. En seguida se asomó al oratorio y con sorpresa vio arrodillado delante de una cruz de palo que había quedado en el demolido altar, a un venerable anciano,

cuyo traje y figura no conocía y dejándolo sumido en sus arrobamientos religiosos, se salió de pronto.

Queriendo saber quién sería el anciano, le dijo a uno de los peones que fuese a verlo; a poco volvió con la noticia de que no lo había conocido ni lo había sentido ni siquiera respirar y que había salido corriendo, lleno de susto, porque le parecía que aquel era un espíritu de la otra vida.

Al tiempo de partir volvió el comisionado a la capilla de la hacienda a buscar al desconocido pero ya no lo halló y en su lugar vio un letrero en la pared, escrito con carbón, en que decía: *¡He buscado a mi hijo entre los cadáveres y entre las pencas, pero en vano!...*

A Corena lo siguió una partida de caballería bien montada y lo alcanzó en la hacienda de Chaleche; allí les hizo frente con 18 oficiales y 21 individuos de tropa, que era el resto de toda la columna, pues que todos los demás se habían dispersado.

El oficial provisorio llamado Camilo Rodríguez, acometió con mucho valor, tirándole una lanzada al mismo jefe Corena; pero éste le hizo el quite con la ruana y logró escapar. Entonces le disparó un soldado a Rodríguez y lo mató. Corena y los suyos se entregaron por una especie de capitulación, celebrada con el señor Lino García, que era comandante del ejército provisorio, pero el coronel Castro no pasó por las capitulaciones y mandó los presos a Bogotá y de allí los remitieron a Facatativá. Clemencia Celis, que no había abandonado a Corena en los días del combate y la retirada, se escapó de allí para reaparecer más tarde en las filas del ejército constitucional del norte.

CAPITULO XVI

EL GUANDO

Fernando era conducido en la mitad de la noche por sus bravos compañeros de armas en dirección a la hacienda de *La Pradera.* No se advertía otro ruido que los silenciosos pasos de los conductores, el chirrido del guando y uno que otro quejido muy leve por cierto para la gravedad del mal que debiera sentir un cuerpo atravesado por una bala. La luna favorecía el triste convoy para no tropezar en los barrancos y las malezas de un camion extraviado, transitado solamente por los cazadores y los carboneros.

De repente se oyeron las lastimeras voces de los dos fieles compañeros de Fernando, que andaban buscándolo; esto es, de Amante y Aquiles, los mejores perros de cacería de su tropa, los cuales se habían escapado de *La Pradera,* como ya lo habían hecho otras veces en día sábado, guiados por sus instintos de la cacería. Sus tristes aullidos llegaron al corazón de Fernando y con acento difícil y entrecortado les dijo a sus conductores, al sentir que los perros tocaban el guando:

—Déjenlos que me saluden...

Bajaron al suelo la carga los virtuosos conductores y al besar materialmente los perros el ros-

tro de Fernando, parecía que lloraban, dando tristes lamentos, que hasta le parecieron peligrosos a Carlos, que iba de director, por tener la pena de ir en derrota.

Volvió a pronunciar Fernando algunas palabras más, diciendo:

—Tengo mucha sed.

—¿Qué hacemos?, dijo el compasivo Carlos. No hay por aquí cerca ni una fuente ni una choza miserable.

—Yo sé donde hay agua, dijo José María. Deme sumerced la funda de su sombrero.

Voló el concertado a la maleza y a los cuatro minutos volvió con una cantidad de agua más que suficiente para apagar la sed del enfermo.

—¿Qué fuente hay por aquí cerca, le dijo Carlos, o de qué medios te has valido para conseguir agua tan repentinamente?

—¿Con que sumerced no cae en cuenta?

—¡Nó, hombre! Yo ahora no caigo en la cuenta de nada.

—Es agua de los *quiches*; ¿no sabe sumerced que los *quiches* tienen agua en todos los tiempos, aunque sea en el verano más recio?

—Yo lo sé, pero por ahora no me acordaba. ¿Es tan poco lo que nos ha pasado? ¡Ah... la vida de mi padre!...

Después que bebió Fernando del agua providencial de los *quiches*, continó el grupo su viaje, siempre bajando hacia la Sabana. Carlos iba adelante, en seguida Martín y José María llevando el guando y Amante y Aquiles cerraban la mar-

cha. El cuadro en el día hubiera sido melancólico, aun a los ojos de un vencedor, pero iluminado por la escasa luz de la luna, que se ocultaba detrás de las elevadas montañas de Subachoque, completaba la escena desgarradora para los tres seres que la presenciaban y que oían los quejidos del importante personaje que la presidía. Y ¿quién pudiera asegurar que no estuviesen dominados del mismo sentimiento de dolor los dos fieles animales que marchaban cabizbajos y que en sus aullidos habían dejado comprender alguna cosa que parecía sentimiento?

Fernando, que había perdido gran parte de su sangre y sus tres compañeros que no habían comido nada desde el día anterior, todos necesitaban de algún alimento; por fortuna se vio con el último reflejo de la luna, una choza que se confundía con las piedras y los retorcidos gajos de un salvio negro; y sabiendo José María que en ella moraban Marcelina y su hija Venancia, pobres carboneras, que se sostenían únicamente de vender en Bogotá carbón y varitas del monte y que eran de confianza en su concepto, le propuso a su amo Carlos que llegasen allí en busca de algunos auxilios. El sigilo era indispensable, por el temor de que fuese a saber el gobierno que los jóvenes hacendados se habían hallado en la defensa de La Calera.

La carbonera abrió la puerta de la choza, luégo que llegaron el herido y sus compañeros. Se introdujo el guando a la salita y Carlos se dirigió a Marcelina en los términos siguientes:

Traigo un enfermo de mucho cuidado. Es menester darle algún alimento. ¿Tiene usted pan, o chocolate, o algo que nos dé?

—Nada, mi amito, porque no me alcanzó la plata de los dos tercios de carbón sino para la sal y el maíz y un cuartillo de *espesos* y dos velas de a cuartillo.

—¿Huevos no tiene usted?

—Los tres que ponen las gallinas van con el día; pero se puede matar una y hacer por lo pronto una mazamorra de piste.

—¡Eso dilata mucho! ¿Qué hacemos, ñuá Marcelina?

—¡Ya caigo en cuenta!, dijo Marcelina. Les dejo la vela para que la enciendan y me voy a traerles de la vecindad pan, chocolate, dulce y vino, si es que lo necesitan. No hay sino una cuadra de distancia.

—¡Pero cuidado!...

—Eso corre de mi cuenta, dijo la carbonera y volaba, poniéndose su sombrero y su mantilla.

Carlos salió a lavarse la cabeza y la cara, porque tenía manchas de sangre y para esto se quitó la ruana de bayetón verde y se agachó a sacar agua con sus propias manos, de un arroyo que pasaba por el patio. A ese tiempo oyó una voz, que le dijo con acento dulce y conmovido por la sorpresa:

—¡Hermano!...

—¡Isabel!... contestó Carlos, levantando la cara y recibiendo a su hermana en los brazos.

—¿Qué hace usted por aquí? ¿Qué sangre es esa que tiene en la ropa?... ¿Dónde está Fernando?... ¿Qué es esto, mi querido Carlos?... ¿De dónde viene usted?...

—Yo estaba herrando un poco de ganado en una hacienda inmediata: Fernando está aporreado por un toro.

—Quiero verlo en el momento. Es el enfermo que Marcelina le dijo a la tía muy en secreto que estaba en su choza, porque allá fue a despertarla para que le diese pan y chocolate y la curiosidad, o más bien el corazón, me ha hecho venir a verlo. ¿Es Fernando? Yo quiero verlo.

—¡Imposible!... Se agravaría con la sorpresa. Déjelo para mañana, Isabel; por ahora lo que importa es darle una taza de sagú y a los concertados y a mí que se nos dé chocolate, pues de ayer para acá nada hemos comido.

La tía Choma llegó y también se quedó asombrada del encuentro. Se trató en el acto del sagú. Por fortuna que el carbón estaba de sobra.

En una especie de ramadita, que se formaba de una gran piedra saliente y de una cubierta empajada con rama y hojas de frailejón, quedaba la cocina y allí soplaban la candela la estanciera con su sombrero de trenza y la ilustre Isabel con sus lindos y delicados labios, como las flores que a esas horas de la noche expiden el aroma de sus pétalos.

Carlos se informó al mismo tiempo de la causa para hallarse Isabel en aquella estancia.

—Ayer, le dijo la tía Choma, se supo que en La Calera estaban atrincherados los soldados de Corena y sus atrevidos jefes y que los atacaban los regeneradores con dobles fuerzas. Mi hermano Isidro se llenó de espanto por los resultados. Se dice que tiene Corena unos negros venezolanos tan intrépidos para la pelea como para el saqueo de los almacenes y casas. Los provisorios también

expropian ganados y lo que encuentran al paso. Se encontró con el coronel Girón y lo comprometió a que lo fuese a acompañar y entonces mi hermano dispuso que nos trasladásemos a la casa de ñor Juan Antonio, que está metida dentro de estos escondrijos, propias madrigueras de los venados y los conejos. Están juntas las familias, menos don Gaspar, que se quedó en *La Pradera*. Hemos oído los tiros de la acción hasta entrada la noche. No sabemos si triunfaría Corena. Marcelina tocó en la ventanita del cuartico del corredor en donde estábamos durmiendo con Isabel, para que le prestásemos recursos a un enfermo que había llegado a su casita. El deseo de servir al enfermo y de saber algo de la batalla, nos animó a salir a las dos, pero la familia no sabe nada. Yo sospecho que usted y Fernando...

Al decir esto latió el gozque de la casa y en el acto estuvo ésta rodeada por cuatro soldados de infantería y fue registrada por un oficial y otros cuatro soldados, que se apoderaron de la puerta y la salita. El oficial reconoció la gente de la casa y puso preso en un cuartico del corredor a Carlos y los dos concertados, bajo la inspección de un soldado, dejando quieto al enfermo con centinela de vista.

Isabel temblaba de susto y advertido esto por el oficial, le dijo:

—No tema usted, hermosa señorita. Yo buscaba este oficial y estos dos soldados, de que tenía noticias por las señas de un oficial herido que venían conduciendo. Es un valiente que ha peleado como un héroe en la defensa de La Calera y será tratado como lo exigen las leyes de la guerra y de la humanidad, sus compañeros serán tratados únicamente como prisioneros y nada

más. Yo soy veterano y mis compañeros lo mismo y de los veteranos es de los que menos se debe temer, porque conocemos muy bien las vicisitudes de la fortuna. Yo he sido prisionero y sé lo mucho que se sufre y quién quita que mañana lo vuelva a ser. La suerte de la guerra es como la del juego, mi señora, y en las guerras civiles se ve con frecuencia mandar un cuerpo a un oficial que un mes antes era enemigo. Usted no tema, mi señora, de los veteranos del ejército permanente, tema de las tropas improvisadas, que no conocen ni la disciplina ni la ordenanza.

—¿Nos permite usted entrar para darle al enfermo una taza de sagú?

—Solamente permitiré que entre la señorita y nadie más.

Isabel entró hasta donde estaba el guando, mientras que la tía Choma les daba algún alimento a los tres prisioneros del cuartico. Levantó la cubierta del guando y vio a Fernando con los ojos entreabiertos, blanco como una estatua de yeso y le dijo:

—Tome usted un poquito de sagú.

Fernando no contestó ni hizo amago de moverse y la bella Isabel repitió sus instancias.

—Fernando, tome algún alimento, porque usted está muy débil, ¿o quiere más bien un agua refrescante?...

—¿Quién es?, contestó el enfermo, volviendo los ojos hacia la persona que lo interpelaba.

—Soy yo, Fernando, le contestó la afligida señorita.

—¿Isabel?..., ¿prisionera?...

—No, Fernando. Usted y yo estamos en casa de Marcelina. Yo estoy libre: aquí cerca está la familia.

—¿Corena se ha salvado?

—Sí.

—¿Usted sabe si tengo la bala adentro?

—Ha salido.

—¿Usted sabe quién es el oficial... que me acaba de hacer prisionero?...

—Es un veterano muy caritativo y modesto... Tome el alimento... se lo suplico yo.

Fernando trató de enderezar la cabeza y para esto apoyó un brazo sobre los hombros de Isabel. Era muy aflictivo este cuadro, presenciado nada más que por el centinela, que lo veía al través de la escasa luz de la vela y por la sensible señorita, que tenía el plato y acercaba poco a poco las cucharadas a la boca del enfermo, sin poder detener las lágrimas que de sus ojos se desprendían.

Al retirarse Isabel se fijó en los palos, helechos y musgos de que se componía la cama del paciente, todo teñido con su sangre, aceleró sus pasos y apenas alcanzó a darle el plato con la taza a su tía, que estaba en la puerta, cuando cayó desmayada en el pequeño corredor. La tía, las estancieras y el oficial, la levantaron del polvo y en el conflicto el veterano se atrevió a indicar algunos remedios para que volviera en sí.

A este tiempo se oyó la voz de un centinela, que dijo con calma, por fuera de la casita:

—¿Quién vive?

—¡Gobierno provisorio!, le contestó una voz por el lado de los cerros.

—¿Qué gente?

—Adjuntos a la división.

—¡Adelante!

Sonó el tropel de los caballos en la esquina de la casita y asomándose el capitán, lo saludó una voz que se hizo conocer de todos, menos de Fernando y de Isabel, que no estaban en sus cabales sentidos: era la voz de don Isidro, que venía de *La Calera*, en compañía de otro sujeto, trayendo un rifle sobre la cabeza de la silla y sable a la cintura, lo mismo que su compañero.

—¿Qué deja usted de bueno?, le preguntó el oficial. ¿Se ha rendido Corena?

—Se fue con muy poca gente. ¿Y usted qué ha hecho, señor capitán?

—He cogido dos oficiales constitucionales, dos soldados y dos perros pintados. Aquí los tengo con la correspondiente custodia; uno de los oficiales está de no poderse mover; lo compadezco, porque yo también he sido prisionero y herido; el que no tiene nada es un pollo de buena cuenta, valiente como pocos. Es el de la ruana verde, que salía ayer a los balcones con doce o diez y seis soldados, nos hacía fuego y se ocultaba. Yo lo observé muy despacio: usted le bajó el sombrero con su famoso rifle; esa bala le quemaría los cabellos; recuerde que ahora un año me insultó por boca de una perillana llamada la Radical.

—¿Y qué más hay por aquí?

—Un drama amoroso, que nunca falta. Una belleza ha salido de estas breñas y peñascos en

la oscuridad de la noche y dado con el amante. ¡Qué linda es la señorita! ¡Y cómo la compadezco! Isabel se llama y está desmayada...

—¿Dónde?, exclamó don Isidro. ¿Quién es?... ¿De dónde ha salido?...

Se dirigió don Isidro a un grupo de mujeres, que se alumbraban con un pequeño cabo de vela cerca del fogón, en la ramadita que hacía de cocina en la estancia y vio con sorpresa que su hija yacía desmayada en brazos de la tía Choma y sostenida por Venancia y Marcelina. Sus ímpetus al comprender el terrible desenlace de la escena, fueron los de gritar y declamar, pero se contuvo por el miramiento del oficial provisorio y no trató sino de ver que se le prodigasen a su hija todos los remedios posibles.

Pronto se vio en la heroína de *El Olivo* un síntoma favorable y don Isidro, para no añadir una nueva sorpresa, se retiró de esta escena de dolor. ¡Oh!, qué teatro para tánta hermosura, para tánta riqueza, para tánta nombradía; un fogón compuesto de tres piedras, una piedra de moler, una ramada, cuya única pared era una roca y cuyo techo estaba empajado con hojas y ramas del páramo en cuya temperatura se hallaba.

Don Isidro le dijo al oficial:

Capitán: los prisioneros son de mi cuenta y ellos están comprometidos conmigo por su palabra de honor. Tengo esta orden firmada por un jefe.

El capitán se acercó a la luz más inmediata y leyó:

«Dos prisioneros oficiales y dos soldados, que el señor Isidro Sánchez ha cogido, quedan a su cargo».

—Donde manda capitán no manda marinero, dijo el capitán, y en el acto retiró los centinelas.

—Ahora que siga el guando, dijo don Isidro; que se vaya Martín pronto y me traiga un médico cirujano. Son las cinco de la mañana e interesa que lleguemos a la hacienda antes de que aclare completamente el día.

Todas estas órdenes se ejecutaron en el momento.

El oficial le dijo a don Isidro:

—Usted hubiera sido un magnífico militar y qué valiente, ¡caramba! Usted les ha echado mucha bala a los defensores de la maldita Constitución del 21 de mayo.

Don Isidro varió pronto de conversación y se unió a su hija y hermana con el mayor disimulo que le era posible. ¡Pobre padre! ¡Pobre hija! ¡Pobre tía! ¡Pobres corazones traspasados de tántas penas! ¡Malditas revoluciones de América, que así tiranizan a las gentes más apacibles de los campos!

Don Isidro sabía que la choza de Marcelina estaba cerca de la estancia de Juan Antonio, así fue que pronto se reunieron con toda la familia y allí se hizo curar la herida del muslo, diciendo que era una punzada de una estaca del monte; luégo les informó de lo que había ocurrido en la jornada de *La Calera.*

El oficial mandó hacer silencio, no volviéndose a oír ni el más leve ruido; cuando amaneció, don Isidro ordenó al oficial que dispusiese de un toro pequeño, que estaba con un hatajo de ganado que había pernoctado cerca de la choza de Marcelina y que tenía una O por marca en la pierna del lado de montar y las orejas rajadas.

El oficial expropió unas papas de un surco de la huertecita y las pagó, que de lo contrario no habría sido expropiación sino robo, porque expropiar es quitar una cosa para los usos públicos del gobierno, con previa indemnización.

La familia de don Isidro pasó las horas de la mañana en el corredor de la casa de ñor Juan Antonio. El triunfo del gobierno regenerador sobre los constitucionales, los rayos luminosos del sol, que se extendían sobre los pueblos y haciendas de la Sabana, el canto de las mirlas, cucaracheros, bababuyes y copetones nada de esto alegraba los corazones de la gente de *El Olivo*. La inquietud, la tristeza, la contradicción de los sentimientos apasionados se conocía en todos los rostros. Isabel estaba desgreñada, macilenta, ojerosa y de sus labios no salían sino profundos y tristes suspiros. Nadie era capaz de hacer un comentario de lo que se veía y de lo que se adivinaba, porque todo era horrible.

En esta situación estaban las familias cuando llegó ñor Juan Antonio y les dijo a las señoras:

—Hoy sí que les traigo una tan grande así... y les hizo la muestra con los brazos como de una botija muy grande.

—¿Qué ha sucedido?, le dijo doña Mercedes.

—Que la china *Lugencia* ya sentó plaza de voluntaria.

—¿Cómo así?, exclamó doña Mercedes. Eso no lo creo aunque usted me lo jure.

—Vaya sumerced y la verá sentada en medio de dos voluntarias, ayudando a limpiar las papas para el almuerzo.

Voló doña Mercedes a cerciorarse de la noticia y vio en efecto a Fulgencia muy agachada, limpiando papas a toda prisa. Quiso acercarse la señora y el centinela le dijo:

—¡Atrás!...

—Es que yo le quiero hablar a esa estanciera y quiero que usted me diga por qué la tienen ahí.

—¡Atrás!... repitió el soldado y añadió: El centinela no puede conversar con nadie. ¡Atrás!... ¡Atrás!...

Doña Mercedes se dirigió al oficial y le dijo:

—Vea, señor capitán: no permita usted que los soldados se lleven esa pobre muchacha. ¿No le da lástima, señor capitán?

—Tiene que seguir, no hay remedio.

—¿No le da lástima de verla tan joven y tan buena moza, y no considera que hasta puede pervertirse?

—¡Oh!, desde luego, dijo el capitán con seriedad; pero yo quisiera que usted se pusiese en mi lugar.

—Yo la soltaría en el momento.

—No, señora; la chica tiene que seguir al cuartel.

—¡Téngale lástima, señor capitán. Vea usted qué males los que produce esta revolución!

—Quéjese usted a los gólgotas que la motivaron.

—¡Pero esa joven!...

—Es esto, mi señora. Se le ha cogido entre una de sus famosas trenzas un papelito que decía:

«La ciudad no corresponde al movimiento. No van más pertrechos porque no se han podido conseguir entre los soldados».

Ella dice que al salir de Bogotá le dio el papelito una señora a quien no conoce. Yo sé que aplicándole un baño de rosas ella confiesa.

—¿Y usted, liberal como es, permitiría que martirizasen en su campamento a esa infeliz joven?... ¿No es usted enemigo de la inquisición?

—Pero no obstante esto, entrará prisionera a Bogotá.

—¿Y qué adelanta usted con llevar uncida a su carro triunfal esta nueva Zenobia?

—La Zenobia marchará prisionera por más que usted proteste.

La matrona de *La Pradera* se volvió desconsolada a juntarse con la familia. Ella sabía los riesgos que corría la nueva Zenobia con el tormento de los azotes y llamó a José María, le dio dinero y le dijo:

—Ve cómo puedes sacar a tu novia del poder de los tiranos.

Las familias unidas siguieron a las siete a ocupar sus respectivas haciendas. Ya se habían terminado las operaciones militares de Corena.

José María se presentó ante el capitán Velásquez, alegre y resuelto y le dijo:

—Mi capitán, yo quiero que me apunte en la primera compañía que usted manda.

—Bueno, chico; ahí vienen unos fusiles y dos vestuarios que cogimos al enemigo: ármese usted y siga con nosotros.

En el acto estuvo José María hecho un completo veterano, listo para marchar en medio de sus camaradas.

Cuando llegó Fernando a *La Pradera* supo con grandísima pena que don Gaspar no estaba en la casa. Se hizo la curación lo mejor que se pudo y se esperaba con ansia la llegada del médico. Se tomaron todas las precauciones para que no se supiese en las haciendas la verdadera enfermedad de Fernando; Isabel estaba inconsolable en *El Olivo;* ambas familias se hallaban como de luto; Carlos no hablaba; don Isidro daba órdenes trocadas en la hacienda y parecía que estaba delirando.

CAPITULO XVIII

EXPLICACIONES

Nadie daba razón del camino que hubiese tomado don Gaspar: fácil es concebir la angustia de doña Mercedes en un día en que tan inauditas peripecias habían sucedido, tales como el desgraciado combate que había tenido lugar a tres o cuatro leguas de distancia y de tan fatales resultados.

A las nueve llegó Margarita con el resto de la familia, caminando a pie desde la estancia de La Cabrera, a donde se habían trasladado con la familia de *El Olivo,* temiendo las excursiones de las tropas beligerantes de Corena y Girón.

Se resolvió que no entrase al cuarto de Fernando sino doña Mercedes y Margarita; pero hubo dos compañeros y amigos que no quisieron someterse a las órdenes, ni aun por el temor de los malos tratamientos, Amante y Aquiles, que se metieron debajo de la cama, para no salir sino muy raras veces a los contornos de la casa.

Hasta entrada la tarde no llegó Martín llevando el médico, que fue reconocido por Margarita por medio del anteojo. Pero la presencia de este sacerdote de la humanidad, buscado y conducido con las diligencias más exquisitas, produjo una lamentable confusión, imposible de describirse.

Don Canuto no pudo hallar en Bogotá ningún médico que fuese a *La Pradera,* en aquellos calamitosos momentos de expediciones y combates, sino al joven Euclides Zambrano, practicante de cirugía, que tenía ya muy buena fama, aunque no era doctor.

Al saludar a las señoras, notó el oficioso cirujano la clase de angustia en que se hallaban; así fue que dejándolo sentado en la sala, se salieron para el comedor a consultar lo que debía hacerse.

Allí estaba doña Josefa, que había ido a ofrecer sus servicios de buena vecina, como lo hacía siempre que había afanes de cualquiera clase.

—¿Qué hacemos en este caso?, preguntaba doña Mercedes. ¿Introducimos a don Euclides?

—¿Y por qué no?, decía la matrona de *El Olivo.*

—Porque un rival no puede inspirar la confianza que cualquiera otro para el enfermo.

—¿Rival?... ¿Qué es lo que usted dice?

—Serán muchachadas, mi señora, serán boberas, pero Fernando no quiere a Zambrano.

—Yo no sabía que mi hija estuviese dando motivos... y extraño que hasta ahora no se me diga una cosa de semejante naturaleza.

—No es eso, mi señora; Isabel es incapaz de dar motivos para que se juzgue mal de su discreción y buen juicio; pero tiene toda la hermosura suficiente para atraerse pretendientes. ¿No es verdad que Zambrano se desvive por ella? ¿No se nos metió aquí en los rodeos? ¿No visita las haciendas cada ocho días con el pretexto de la cacería con escopeta?

—Por acompañar al doctor Cataplasma, que está prendado de Margarita.

—¿De mi hija?...

—De ella, mi señora Mercedes.

—¡No faltaba más!... Un decrépito que sostiene la figura a fuerza de remiendos y afeites, como se sostienen algunas casas antiguas, que se blanquean para cubrir sus innumerables grietas. ¿Es decir que Margarita no se merece un hombre que valga medio?.. Esos son juicios temerarios; ¿y si no, cómo es que yo no he visto nada?

—Eso es porque no se ve tan claro lo que pasa en la casa propia como lo que pasa en la ajena.

—¿Sátiras?

—Nó, mi vecina; sino que hemos dejado nuestro objeto principal a un lado.

—Cierto, mi señora Josefa. La cuestión es si Fernando recibirá bien al médico.

—¿Y qué remedio? ¿Le diremos que ya no lo necesitamos? ¿Mandaremos buscar otro médico, que no vendrá sino dentro de seis o siete horas y esto con caballos de remuda? ¿Dejaremos morir a Fernando por un motivo de antipatía o simpatía?...

—¿Y qué hacemos?...

—Es un caso muy apurado. No le quede a usted duda de que Fernando se afecta al verse en la cama y al pensar que a su rival le queda el campo libre para conversar con Isabel. Y una afección de esta naturaleza, en el estado de debilidad en que se encuentra, sería la muerte para él. ¿Usted conoce la enfermedad de los celos? mi señora Josefa.

—¿Pero qué hacemos? El tiempo corre y se nos muere Fernando. ¡Y no estar aquí Gaspar, que es lo que más siento yo! ¡Qué hago en este caso!... ¿No ve usted? Por sostener una dictadura, en tiempos de progreso y de libertad, como dicen, ¡Dios mío!

Margarita entró al comedor a saber por qué se detenía su mamá en introducir al médico donde estaba el enfermo; y comprendiendo algo de lo que pasaba, por algunas palabras que le dejaron entender, les dijo con la viveza que acostumbraba:

—¿Hay que hacer más francés al médico?

—¿Cómo?, niña; le dijo doña Mercedes.

—Poniéndole los anteojos azules de mi papá, dejando muy poca luz en la pieza y diciéndole que hable medio afrancesado.

—¿Y si lo conoce?, dijo doña Josefa.

—No lo crean, contestó Margarita; y que en el caso presente habrá más ilusiones de las necesarias, según el estado de debilidad en que se encuentra el enfermo.

—Es cierto, contestó doña Mercedes; ¿pero cómo hacemos con el cirujano?... ¿Qué le decimos...? ¿No creen ustedes que se moleste...? Porque cuando alguno se cree necesario, entonces es cuando le viene su tiempo.

—Esos serán los de tono, los de campanillas; ¡pero este pobre!... Qué tono se va a dar todavía..., cuando apenas habrá cortado media docena de piernas a los heridos en las acciones de Tocaima y de Zipaquirá. Si les parece, yo lo hago francés o inglés, o lo que ustedes quieran... ¿No lo vieron en *El Olivo* como gallo en corral ajeno?, pero interesa la prontitud, porque ya

lleva Fernando catorce horas de estar herido. ¡Pobre de mi querido hermano!

—Has lo que te parezca, pero pronto, dijo doña Mercedes y se dispuso a secundar el plan en todas sus partes.

Margarita le habló a don Euclides Zambrano con toda franqueza y lo elevó a la investidura de un famoso médico francés; le puso los anteojos y lo acompañaba hasta la puerta, cuando llegó don Gaspar, con la barba teñida de blanco y con un traje muy raro.

Una vez impuesto don Gaspar de las desgraciadas aventuras de su hijo Fernando, se asoció con el doctor Dupuy, que así tuvo Margarita el capricho de llamar a Zambrano y se dio principio a la curación, a merced de una sola vela, que muy escasamente alumbraba.

Fue larga la operación y fuera de doña Mercedes, don Gaspar y Martín, nadie más la presenció.

El corazón de las madres goza a veces de la mayor ternura y también de la mayor fortaleza, según se presenten las felicidades o desgracias de los hijos.

Lo primero que dijo el doctor fue que la herida no era mortal, pero que sí era de gravedad. De manera que se puso toda la atención en el enfermo y su dieta era extremada, quedando por completo privado de comidas sustanciosas, de conversación y de emociones causadas por la presencia de personas muy queridas o muy aborrecidas, o por noticias adversas a su partido.

Después de la curación se habló de los acontecimientos bélicos de los días anteriores. El doctor refirió lo sucedido en Bogotá y doña Mercedes el encuentro con Fernando, recomendando encarecidamente al doctor un absoluto silencio, porque así convenía para escapar de las persecuciones del gobierno provisorio.

Don Gaspar también hizo su relación de lo que le había pasado, hablando en los términos siguientes:

—Viendo que tardaba Fernando en volver y sabiendo que Corena había pasado por la hacienda, en donde se hallaba con motivo de haber ido a apartar un poco de ganado, me fui a buscarlo y entonces supe que se había incorporado en la columna constitucional con mi vecino Carlos. Traté de hablar con él para rogarle que no se metiese en la empresa arriesgada de Corena y sus compañeros; pero los acontecimientos se complicaron de una manera inesperada. Los provisorios sufrieron una derrota que de nada sirvió, porque acudió doble número de gente y se tuvo que atrincherar la tropa en las casas de Aposentos y en las cercas que las rodean. Yo tuve por segura la pérdida de los constitucionales y en mi anhelo por ver a mi hijo para salvarlo, si era posible, me disfracé en una estancia, tomé el aspecto de un anciano demente y seguí a la tropa, a pie, para ejecutar con menos peligros la misión que me ocupaba.

Vi el asalto de la hacienda de *La Calera* continuó diciendo don Gaspar. El número de los defensores era infinitamente menor; pero mientras que tuvieron municiones no pudieron ser estrechados. Por la noche desocuparon la caja

fuerte y los asaltantes se hallaron por la mañana con los muertos únicamente y con el botín, que por cierto no había pertenecido a los constitucionales, por que no era otra cosa que la propiedad de los hacendados.

Recorrí toda la casa y las huertas y nada encontré que me pudiese dar los indicios que yo buscaba. Entré al oratorio y lo hallé despojado de sus adornos; reparé en unos letreros escritos con lápiz que había en una de las paredes, a un lado de la puerta y con asombro conocí la letra de mi hijo, por su forma y sus rasgos. Leí, entre otras palabras, éstas: «*Aquí estuvieron Carlos y Fernando*». ¡Ellos son!, exclamé yo; ¡pero en donde se hallan al presente! Me postré ante el altar despojado de sus decoraciones sagradas y levantando mi corazón a Dios, le pedía con fervor que salvase a mi hijo y a su amigo y no sé cuántos minutos llevaría de estar hincado de rodillas y puesto en cruz, cuando se me acercó un desconocido y al ir a preguntarle por mi hijo, salió corriendo, como asustado.

Yo me salí inmediatamente por un lugar poco visible, temeroso de que me hiciesen algún mal y me hallé a distancia de dos o tres cuadras con los indicios de un combate parcial en una cañada, hacia el noroeste de la casa de *La Calera*.

Me dirigí hacia ese punto y allí encontré el caballo de Fernando, atravesado de un balazo, pero aún no había expirado; alcancé a ver un cadáver entre los arbustos, cerca de un chorro de agua y me quedé frío y casi perdí los sentidos. Hice un esfuerzo para llegar y me hallé con un infeliz que por las facciones y por el traje me pareció fuese cucuteño. Noté que el encuentro de armas había sido muy pasajero, porque los

papeles de los cartuchos eran sumamente pocos; vi sangre en otro lugar, trozos de madera y algunas ramas; advertí, además, que había muchas pisadas y jirones de ropa blanca, indicio seguro de que de allí habían sacado algún herido; y siguiendo el rastro, que partía de ese punto para abajo, encontré una espuela de Fernando, manchada de sangre.

—¡El herido es mi hijo!... exclamé yo, atravesado mi corazón del más profundo dolor.

Seguí los rastros humanos y más abajo hallé en el polvo de la estrecha senda por donde pasan los leñadores de a pie, los rastros de Amante y Aquiles, que habían desaparecido de la casa y ya no me quedó la menor duda. Seguía sin detenerme y como a eso de las tres de la tarde llegué a La Calera y Marcelina me informó de todo lo sucedido. ¡Oh!, ¡y cuántos sucesos en un día y una noche! Mi hijo herido y hecho prisionero por las tropas del gobierno provisorio y rescatado en seguida por mi vecino don Isidro, que acababa de pelear en contra de la Constitución del 21 de mayo...

¡Ojalá que se restablezca mi hijo y no quede baldado! ¡Ojalá que no nos persigan los dictatoriales, por estos comprometimientos! ¡Ojalá que salgamos con bien de la revolución, con la cual han tenido a bien obsequiar a los pueblos los liberales netos!

El doctor Zambrano tomó el mayor interés en la curación del joven Fernando, aunque era su adversario en opiniones políticas y en pretensiones amorosas. Esa noche no tuvo para qué desnudarse y le amaneció sentado en una silla en el mismo cuarto del enfermo.

Este joven no era ya, pues, el arrimado a los rodeos de *El Olivo*, ni el cazador aventurero, era un personaje más atendido que un ministro plenipotenciario: hasta Isabel lo trataba con más amabilidad y cariño. A ésta le estaba prohibido entrar a la pieza del enfermo y no hizo a la familia sino una corta visita, en compañía de Carlos.

Al día siguiente le hizo temprano la curación el doctor a su enfermo y después de almorzar se entretuvo por una hora entera paseando por entre las flores de los huertos; haciéndoles cariños a los perros y contemplando la inmensa sabana con el anteojo; pero como don Gaspar se hubiese ido a la parroquia y las señoras se hubiesen entregado a sus oficios de los quesos y la mantequilla y a su pequeño amasijo, el joven se aburrió por falta de sociedad y le dijo al mayordomo que le ensillase un caballo para dar un paseo por los campos, pero éste le informó que los caballos estaban escondidos para que no se los llevasen los melistas; y como este hombre fuese de pocas palabras cuando había que hacer en la hacienda, no le quiso hacer conversación al bogotano; y no tengamos a mal este anglosajonismo, porque si a este mismo mayordomo se le hubiese antojado conversar en la calle real o en los portales con el doctor Zambrano, es seguro que éste le habría vuelto la espalda.

Así fue que volvió a engolfarse mirando con el anteojo para la casa de *El Olivo* y mientras más la veía más hermosa le parecía, más linda, más pintoresca y no pudo contener sus deseos de ir a verla de más cerca. La llanura era para él un dilatado océano y la hacienda una bellísima isla, donde existía todo lo más valioso del mundo. ¿Qué le podía detener para resolver el problema de las distancias?

Vio el doctor una yegua que habían traído a la casa con una carga de leña y creyó haber encontrado una famosa caballería y habiéndose emperejilado, sin olvidar los guantes ni el látigo de alambres, tomó de cabestro la yegua y la acercó a la piedra en que las señoras se ponían para montar, sin reparar en la enjalma, que era la peor de todas las de *La Pradera* y sin ver que la yegua tenía una mano torcida y estaba sin rabo; no obstante esto, se declaró en caballero caminante, por no decir andante y confiando en que se había de desmontar donde no lo viesen, se lanzó a la llanura con los ojos puestos en *El Olivo* y la mano sobre el corazón.

El doctor conocía la casa del mayordomo de la hacienda y queriendo hacer escala un poco lejos de las casas de *El Olivo,* se acercó allí a desmontarse, a tiempo que la tía Choma, Isabel y Rosalía salían de la sala y quedaron frente a frente, como la aparición de las heroínas de un drama. Dos ideas a cual más terribles se apoderaron del alma y el corazón del doctor: la belleza celestial de la reina de *El Olivo* y los aparejos y la figura de la yegua rosada.

Y a la verdad que la vista del médico, con su buena casaca y magníficos guantes, montado en la yegua más patona y sobre la enjalma más remendada y empuñando la rienda mas tosca y anudada, no era para quedarse muy serias las señoras, aunque estaban llenas de penas por los sucesos pasados.

El doctor se desmontó y dejando la yegua en el patio de la casa del mayordomo, se fue a pie con las señoras hasta la hacienda, en donde fue

muy obsequiado por toda la familia; y cómo no, cuando era el médico de Fernando.

La política y el amor eran las dos ideas predominantes en el doctor Zambrano; sin embargo, don Isidro y Carlos no dijeron una palabra acerca del triunfo de los melistas, como don Euclides lo estaba deseando. Estaban tristes y evitaban toda ingerencia en la política: Carlos había herido a don Isidro y éste a Fernando, motivo por el cual no se hallaban muy contentos de los sucesos pasados... Era menester no ser racionales.

Doña Josefa estuvo muy gustosa con la visita y aun Isabel. Se le mandaron servir las onces y lo llevaron a que paseara las huertas. El médico es un semidiós cuando hay enfermos en la casa.

Don Isidro tenía sus caballos en servicio, porque era del partido reinante y no había riesgo de que se los pudieran expropiar, así fue que le dio uno al doctor para que se volviese a *La Pradera.*

A los pocos días declaró éste que el enfermo estaba fuera de peligro y el contento volvió a renacer en toda la familia. Por consiguiente, a Fernando ya le era concedido tener unos cortos ratos de conversación con doña Mercedes y don Gaspar; extrañó mucho la ausencia de Isabel, pero se le dijo que estaba enferma e imposibilitada por este motivo para venir a verlo.

Doña Mercedes le dijo a don Gaspar que los melistas le habían cogido a Fulgencia un papelito dirigido a Corena, el cual había traído ella por recomendación de una señora de Bogotá.

Conoció don Isidro toda la gravedad del peligro que corría esa pobre muchacha, por un mal entendido entusiasmo, tan común en las señoras de la capital, en los tiempos de revolución, pero no la quiso afligir con inútiles discursos. Por fortuna este negocio quedó terminado con las explicaciones de José María, que se presentó a las once de la noche, dando la plausible noticia de que Fulgencia se había fugado e hizo del modo siguiente su relación:

—Desde que marchó el piquete de la estancia de ñuá Marcelina, yo me hice asistente de mi capitán Velásquez. Al bajar a la Sabana le eché un chambuque a un caballo muy gordo y andón, por encima de una cerca de palos; rompí la cerca, lo saqué y lo ensillé, porque el rango que llevaba ya estaba muy fatigado.

En Usaquén enlacé un marrano, que salía de una huerta y con eso no más hubo para racionar a todos mis compañeros.

En el río del Arzobispo le puse el freno al caballo de un oficial, que no había podido ponérselo ninguno de los soldados, sólo con meterle el dedo gordo entre la boca y el oficial me regaló una peseta.

Al entrar a la alameda hicimos alto y concedió licencia mi capitán para que los soldados mandasen comprar lo que quisiesen: fui yo el elegido para mandadero, en compañía de otro soldado viejo: llevamos pan, chicha, tabacos, panela y algunos bizcochos. El capitán cuidó mucho a Fulgencia, manifestándole mucho cariño y yo le hice señas de que se dejase cuidar: entendí por dónde iban las tablas.

En el puente de San Victorino encontramos a María Cogua, que llevaba una carga de yerba en un caballo patón; el cabo se la embargó, la trató mal y aún le quería quitar el caballo. Hablé con María y le dije que yo le pagaría la yerba por el doble de su valor, que siguiese al cuartel en achaques de cobrarme y que esa noche no se fuese a su casa, para que me ayudase a sacar a Lugencia y que dijese que ésta era su prima hermana.

A las seis llegamos al cuartel y yo fui a la Rosa Blanca a llevarle de refrescar a mi capitán y no me tardé ni medio cuarto de hora.

A las siete estaba María en la puerta del cuartel, esperando el momento en que saliese mi capitán para que me obligase a pagarle la yerba, porque así habíamos convenido y luego que salió le suplicó que no mandase a su prima Lugencia al divorcio, sino que más bien la tuviese presa en su casa; y tanto le suplicó y le lloró, que al fin condescendió el capitán Velásquez; en efecto, a las ocho me mandó a su casa para que le llevase a Lugencia en calidad de presa y mandó un soldado sabanero para que me mostrase la casa.

Yo saqué mi fusil y mi fornitura con dos paquetes: a dos cuadras de distancia le di suficiente campo al soldado para que se desertase y lo auxilié con dos pesos para su camino y yo me fui con Lugencia y María Cogua a una casita, arriba de la alameda vieja de un sabanero Claudio Estévez, amigo mío, que mata corderos en Bogotá.

Al día siguiente se fue María para Engativá, contenta porque me había vendido su yerba por

el doble de lo que valía, pues que yo tenía plata de qué disponer.

A un amigo mío le rogué que se informase en qué potreros estaba la brigada y si las cercas eran muy fuertes y cuánta guardia había; en efecto, me informó de todo, porque era hombre que servía para esas cosas.

A la noche siguiente, como a las once, me fui al potrero, me entré por el lado contrario a donde estaba la guardia, enlacé el morito de mi señora Mercedes y el bayo de mi señora Margarita, que por casualidad allí estaban, los hice saltar el vallado, porque ellos saben mucho de eso y me fui con ellos a la casa del amigo Claudio, hice montar a Lugencia el moro, porque es muy mansito y de montar en pelo, y yo monté en el bayo y nos fuimos por caminos excusados.

Al amanecer llegamos a Los Alcaparros y le entregué su hija a ñuá Petronila, que me lo agradeció como si yo se la hubiera regalado. Aquí está ya, pues, la niña Lugencia, sin que le haya sucedido nada, cuando yo pensaba que ese papelito que le cogieron en las trenzas de su pelo le iba a costar sus buenos azotes y quién sabe qué más desgracias.

—Muy bueno, José María; le agradezco mucho su actividad y sus empeños; estoy muy contenta, pero mucho más de que el papelito no hubiera tenido malos resultados. Ese papelito no me ha dejado dormir dos noches consecutivas: dígale a Fulgencia que cuidado cómo va a decir nada. ¡Pobre la china!, que se ha visto en peligros muy gordos; tome, llévele esta sortija y dígale que venga a verme y que la pienso muchísimo.

Carlos estaba muy triste por la ocurrencia del balazo que le había dado a su padre y por la grave herida de su compañero de campaña. Había hecho el propósito firme de no tòmar armas por ningún partido y a Margarita la estaba tratando con muchas consideraciones y ya sin los ademanes burlescos de que había usado en tiempos pasados. Pasaba una tarde por frente a Los Alcaparros y habiéndolo llamado la madre de Fulgencia, se acercó hasta la puerta de talanqueras y de allí no quiso pasar, por el justo temor a los anteojos probablemente y ñuá Petronila le dijo:

—¿No ve sumerced en las que se ha visto la pobre de la china?

—Por sostener la Constitución del 21 de mayo. Pobre de Fulgencia... y lo que ella sacará de todo eso...

—¿Y sumerced se ha visto también en trabajos, no es verdad? Mucho que lo hemos pensado la pobre de mi hija y yo; ya se ve, la sangre tira... Pobre de mi hija. Es tanto lo que lo quiere a sumerced, que lo ve en sueños, según me lo cuenta y cuando sumerced la mira con menosprecio, llora hasta que se cansa. Y no se puede figurar sumerced lo mucho que aprecia los regalitos que le hace o bien sea porque le tiene cariño o por pagarle los cuidados del gallo que le estuvo cuidando. Y yo cada día le vivo más agradecida a sumerced, porque me quiere a mi hija.

—Es verdad, ñuá Petronila, porque Fulgencia me tiene hechizado. Tengo por ella una clase de cariño que no es común.

—Con razón, mi amito. Sumerced debe querer a mi hija y mi hija debe quererlo a sumerced, por una razón muy poderosa.

—¿Cómo?...

—Es un secretico, mi amo Carlos, que solamente yo lo sé y que si lo quiere saber sumerced, es menester que me haga un juramento de no decírselo a nadie, porque sólo Lugencia lo sabe.

—¿Qué secreto?... Bien, lo juro...

—Pero hágame sumerced la señal de la cruz.

—Me bastaría mi palabra de caballero; pero lo hago gustoso... Lo juro por la señal de la cruz.

—Es que Lugencia es hermanita de su merced.

—¿La china?...

—Sí, mi amo; y sobre esto no me pregunte más, porque son unas cosas que sólo el padre de la confesión las puede saber.

Se estremeció Carlos de la sorpresa y al movimiento que hizo picó con las espuelas su caballo, el cual dio un salto de que hubiera caído cualquiera otro que no hubiera sido un hacendado, pero reducido el caballo a la obediencia, se volvió a acercar el jinete a la puerta y muy pronto se fue.

—Es extraña la clase de sensación que me ha causado la explicación de usted... pero yo creo que es cierto lo que usted me dice; y siento que usted no me lo hubiera dicho desde que le puse

a cuidar el gallo que se llevó el zorro... en fin, me voy, porque tengo mucho que hacer.

Carlos siguió visitando a Fulgencia a mañana y tarde.

A los cuatro días se volvió el doctor a la ciudad y mandó tres días después a un practicante para que le acabase de hacer algunas curaciones al enfermo.

A los veinte días ya pudo salir Fernando por la casa y se corría la noticia de que se había salvado de un espantoso tifo. Al mes montó en un caballo muy manso y fue a *El Olivo,* en donde tuvo con doña Josefa y la bella Isabel la conferencia siguiente:

—Mucho me alegro, dijo Isabel, de que usted haya recuperado su salud.

—Sí, dijo doña Josefa; el doctor tomó tanto esmero, que no se quitó un momento de la cabecera las dos noches primeras.

—Sin embargo, yo no quisiera deberle tantos favores, repuso Fernando. Mi rival ha tenido el campo libre para sus obsequios, mientras que yo, enfermo, he tenido que estar obediente a todo lo que éste ha querido; hasta prohibió que usted fuera a verme. Después que me he repuesto algún tanto y que supe quién era el que me había recetado, quisiera que no me hubiesen curado, si es que en Bogotá no encontraron otro médico o practicante que don Euclides.

—¿Con que al fin supo que él era el que lo había recetado?

—Por mi desgracia, señora, y estoy sentido con todos.

—¿Conmigo también?, dijo Isabel.

—No sé qué decir... Era menester que usted estuviera en mi corazón.

—Celillos, dijo doña Pepa.

—Rabio con la suerte, que todo lo dispone así...

—En lo general tiene razón Fernando, dijo doña Josefa; un caso muy reciente hemos tenido en Fulgencia, que fue arrebatada por el capitán Velásquez, teniendo que salvarla José María a costa de su libertad, si no le hubiesen salido bien sus artimañas. Pero en cuanto a mi hija nada de nuevo ha habido, a pesar de los sucesos pasados. Con Carlos y conmigo ha ido a *La Pradera* y en dos veces que vino aquí don Euclides, no ha pronunciado palabras que no hubieran podido ser proferidas delante de usted, Fernando.

—Por una mirada de don Euclides... Una sonrisa de Isabel... A tiempo de estar postrado yo en el lecho del dolor, atravesado por la bala de un partidario de la dictadura...

—Déjese de eso, Fernando, dijo doña Josefa; usted conoce a Isabel, usted sabe que lo ama y usted sabe que ella no se excede nunca de los límites de la modestia.

—Señora... No me haga usted hablar...

—Hable, Fernando, hable usted, porque su silencio me ofendería, dijo doña Josefa con resolución.

—Sé que don Euclides ha dejado una carta para Isabel.

—Es la verdad; yo he sido la primera que la ha leído. Aquí la tiene usted, puede imponerse de su contenido.

Recibió Fernando un papel escrito con lápiz y leyó:

La Pradera, junio de 1854

«Señorita Isabel:

«Me retiro de usted, contento por haber prestado un pequeño servicio al caballero Fernando y a su apreciable familia; pero triste por ausentarme del lado de usted... Porque la presencia del objeto amado es el templo sagrado del amor y yo no dejaré de adorar a la deidad de *El Olivo* mientras que exista...».

—¿Qué más?, exclamó Fernando: Amor, y amor eterno... Y luego quieren ustedes...

—Pero acabe, dijo doña Josefa, y verá usted cómo se desengaña. Por otra parte, él puede quererla; pero Isabel, que no ha concebido más amor que por su compañero de la infancia y que no es una coqueta, ¿podrá hacerle caso a otro que no sea su prometido?

—Pero oír... Y oír por cuatro días...

—Lea, Fernando, no sea temerario, lea la carta y verá.

Con suma repugnancia volvió a tomarla Fernando para leer todo su contenido.

«Cualquiera habría extrañado que yo, amándola como la amo, hubiese hablado con usted únicamente de asuntos pasajeros, como lo hubiera podido hacer con las otras señoras y debo hacer una explicación formal de mi conducta al separarme de *La Pradera* y *El Olivo*.

«Mi buena suerte me ha constituido en rival del joven Fernando y no era un acto caballeroso que yo tratase de ganarme un puesto mejor en el noble corazón de usted, estando él postrado en una cama; lo que es más aún, estando bajo mis órdenes; yo habría dejado de ser un caballero dirigiéndole a usted la más pequeña palabra de amor; hubiera sido un aleve y este no es mi carácter.

«Tiempo más apropiado me concederá la suerte para manifestar a usted todo lo que la amo... Adiós, mi adorada Isabel...

Adiós... N».

Enmudeció Fernando, y no volvió a hablar sobre este asunto en los días subsiguientes.

Este siguió reponiéndose y pocos días después ya gozaba de completa salud. Las cuestiones políticas eran debatidas con más ardor entre las familias de las dos haciendas. Don Isidro, Isabel, Rosalía y la criada bogotana eran melistas; en *La Pradera* todos eran decididos sostenedores de la Constitución del 21 de mayo o lo que es lo mismo, constitucionales; Carlos era el que no hablaba una sola palabra de política y su genio había variado desde el combate de *La Calera*.

Margarita estaba muy admirada de ver la mudanza de Carlos. Era muy respetuoso con ella y ya no le contestaba sus buenas razones con la eterna locución de la chanza.

Un día que la visitaba le dirigió estas palabras:

—Margarita: yo he variado de genio completamente: ya no me gustan los gallos, ni la cacería ni mucho menos la política. He conocido varios errores de que yo adolecía, entre ellos, no dedicarme a merecer, como debía, toda la estimación de usted, siendo así que no he dejado un momento de amarla. Me arrepiento del tiempo que he gastado inútilmente en otras diversiones y le pido perdón a usted de las faltas que haya cometido en su presencia; y más cuando conozco lo que usted me ha querido.

—¿Qué si lo he querido a usted?, dijo Margarita, como adolorida por un recuero terrible; ¡oh, lo he amado a usted con un amor infinito, con amor desgraciado, porque usted...!

—No me haga cargos, Margarita; yo vengo resuelto a pedir a usted la mano de esposa.

Se ruborizó Margarita, enmudeció por algunos instantes y al fin dijo estas señaladas palabras:

—Nada puedo decirle sin hablar antes con mamá. Por otra parte, usted debe pensarlo...

—Lo tengo muy pensado, hermosa Margarita y deseo que esto se haga al día siguiente en que se termine esta maldita revolución.

Carlos dio en visitar con más frecuencia a Margarita sin que se le oyese nunca ni la más remota palabra sobre la política de la Nueva Granada.

Fernando, por su parte, estaba cada día más entusiasta. El no sabía hasta este tiempo que su herida la había recibido de manos de don Isidro.

* * *

Algunos meses después de los sucesos que dejo narrados, las casas de *La Pradera* y *El Olivo* presentaban un aspecto de alegría y de fiesta, que dejaba conocer claramente que las dos familias tenían entre manos un asunto de sumo interés. Ya la revolución había concluído y Carlos cumplía la promesa que había hecho a Margarita, a la par que Fernando cumplía los votos de su corazón con Isabel.

Tal vez los cuadros que he escrito no merezcan el título de novela que les he dado. He descrito con la mayor fidelidad que me ha sido posible la vida de las haciendas. Mi lenguaje es sencillo como el asunto de que trataba. Si he sido fiel en el relato lo dirán los que habiendo vivido esa vida conocen todos sus secretos, goces y estiman los encantos de que está rodeada.

INDICE

Página

El señor Eugenio Díaz 7
Las dos haciendas 13
Las dos familias 21
El domingo 35
La trilla 51
Cacería de buitres 67
Los estudios 85
Las vueltas que da el mundo 103
Los rodeos 115
El toro Colorado 131
La siega 147
El anteojo 161
La Revolución. El gobierno provisorio 179
La situación 193
Fernando y el coronel Ardila 211
El combate de La Calera 231
El guando 243
Explicaciones 259

Se terminó la impresión de esta obra, en los Talleres Gráficos del Banco Popular, en Bogotá, el día 25 de agosto de 1972.

OBRAS DE PROXIMA APARICION

Historia de la Revolución del 17 de Abril de 1854
Venancio Ortiz

El Dorado (2 tomos)
Liborio Zerda

Conversaciones con mis Hijos
Francisco de Paula Borda

Museo de Cuadros de Costumbres, Variedades y Viajes (3 tomos)
Biblioteca de "El Mosaico" - 1866

Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada
Lucas Fernández de Piedrahita

Artículos de Costumbres
Ricardo Silva

Derecho Público Interno
José María Samper

Summa de Geografía - 1519
Martín Fernández de Enciso

Croniquillas de mi Ciudad
Luis María Mora

Las Culturas Andinas de Colombia
Jacinto Jijón y Caamaño

Geografía Física y Política de los Estados Unidos de Colombia
Felipe Pérez

Literatura Colombiana
J. M. Vergara y Vergara

Noticias Historiales sobre el Reino de la Nueva Granada
Fray Pedro Simón